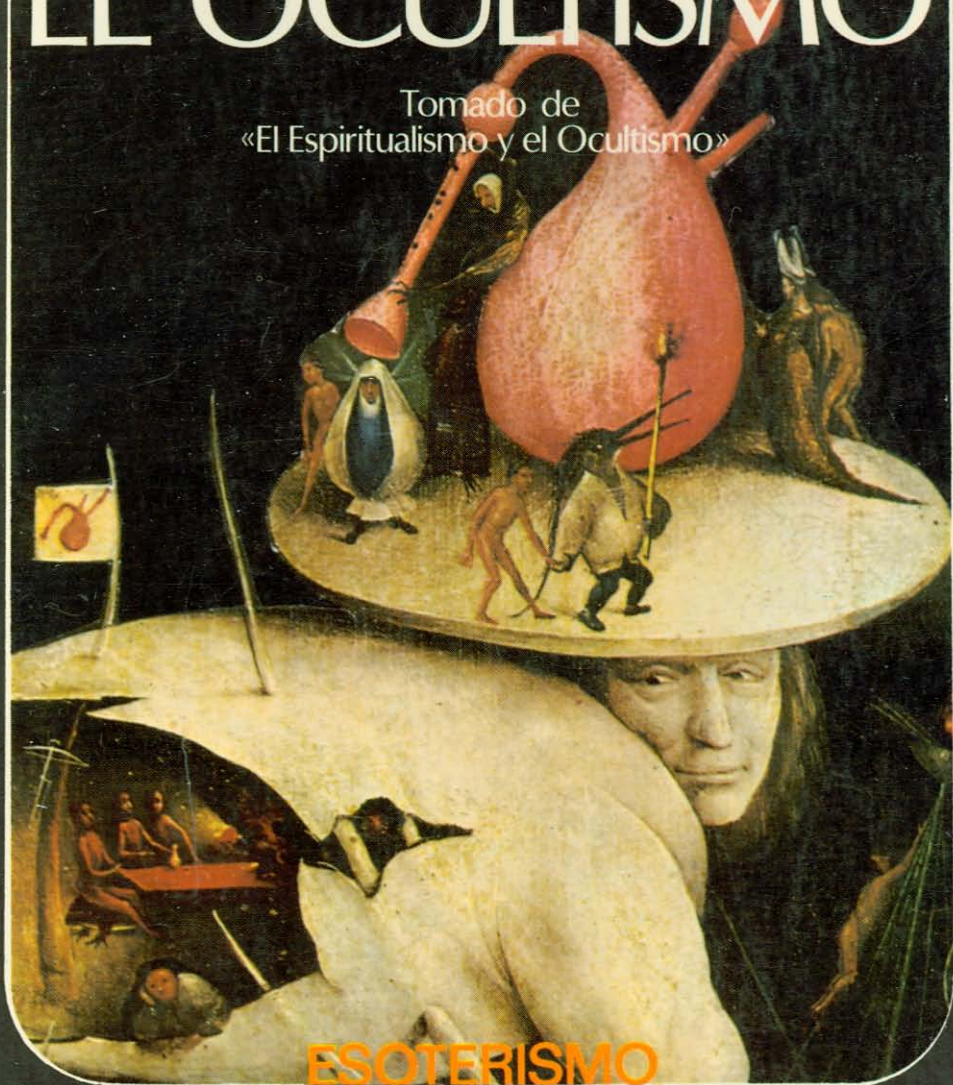


LATABLA DE ESMERALDA

PAPUS

EL OCULTISMO

Tomado de
«El Espiritualismo y el Ocultismo»



ESOTERISMO

EDAF

PAPUS

(Dr. Gérard Encausse)

EL OCULTISMO

Tomado de

«El Espiritualismo y el Ocultismo»

Precedido de

ESTUDIO Y RETRATO DE PAPUS

por Anatole France

LA TABLA DE ESMERALDA

Titulo del original francés:
L'OCCULTISME

Traducción de:
JAVIER TRONCOSO

- © Mondial by Editions Robert Laffont, S. A., 1975.
- © Para la lengua española, EDAF, Ediciones-Distribuciones, S. A.
Jorge Juan, 30. Madrid, 1981

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiadora, grabadoras sonoras, etcétera, sin el permiso escrito del Editor.

I.S.B.N.: 84-7166-631-6
Depósito Legal: M. 36.510-1985

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Talleres Gráficos Peñalara - Ctra. Villaviciosa a Pinto, Km. 15,180

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Estudio y retrato de Papus, por Anatole France</i>	9
<i>Introducción</i>	17
I. PSICOLOGÍA.....	21
II. LÓGICA.....	45
III. METAFÍSICA.....	65
IV. TEODICEA.....	99
V. MORAL.....	115
VI. LA SINARQUÍA.....	135
<i>Conclusión</i>	171

ESTUDIO Y RETRATO DE PAPUS

Por Anatole France

Es un mago. Se llama Papus. Por encima de su fama y de sus obras, le imaginaba viejo y poblado de canas, su cabeza cubierta por el aterciopelado y negro sombrero del doctor Fausto, y

los años,
colgando como una larga barba de sus vetustas sienes.

En una palabra, un Mathieu Laensberg o un Tomás Nostradamus. Empero, esta imagen se encuentra muy lejos de la realidad. Le he visto. Es muy joven, la mirada viva, la tez lozana, sus mejillas redondeadas, su barba fina. Semeja mucho más un estudiante de medicina que un mago. También ha terminado recientemente y con éxito sus estudios de médico. Nuestro hechicero es un fisiólogo. Me ha regalado con un ejemplar de su *Tratado elemental de Magia*, que he leído con curiosidad y sobre el cual me complacería hacer un breve comentario. M. Berthelot, quien se dedica a la química, ha publicado textos griegos de antiguos alquimistas, y no nos convendría mostrarnos tan desdeñosos como él. Es bien sabido que, para el sentir de nuestro joven ocultista, la magia es la ciencia de las ciencias o, en una palabra, la *Ciencia*. No se denominaría a sí mismo Papus si dijese otra cosa. El nos enseña en su Tratado que la *Ciencia* es antigua, hasta remontarse a la fabulosa antigüedad de Egipto y Caldea, y que su secreto se guardaba en los templos. Sobre este punto, Papus procede a darnos sencillas afirmaciones, dejándonos la pesada carga de verificarlas, puesto que él mismo no lo hace.

Papus nos menciona a Dutens y a Fabre d'Olivet; pero Dutens, que ha muerto en Londres en 1812, y D'Olivet, que le sobrevive una quincena de años, eran escritores durante una época donde no se conocía del Oriente más que por los amables relatos de Herodoto y Diodoro. Aún no se había llegado a descifrar los jeroglíficos, ni las escrituras cuneiformes. Fabre d'Olivet cree ciertamente haber encontrado la clave de los primeros, pero hoy en día sabemos que su clave no resultaba válida y que su egiptología era tan imaginaria como sus obras. El era fundamentalmente poeta y autor de teatro. Por su parte, Dutens tenía más de erudito que de crítico, y ambos son, en resumen, autoridades dudosas en estos temas.

Es verdad que Papus nos da también como referencia la obra reciente de Saint-Yves d'Alveydre sobre la *Misión de los judíos*. No he conocido a M. d'Alveydre ni su obra, pero sería una gran coincidencia encontrar en ella la prueba de todo lo que Papus afirma saber: que los antiguos conocían las leyes de la gravitación, el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, el telescopio, el microscopio, la refracción de la luz, el isocronismo en las vibraciones del péndulo, las armas de fuego, la tracción por vapor, el pararrayos, el telégrafo eléctrico, la fotografía y la circulación de la sangre. Todo esto es difícil de creer. Sin discutir de la fotografía ni del resto, dado que Papus es médico, le he rogado se informase de cómo en Alejandría se enseñaba que las arterias estaban llenas de aire. Por otra parte, la geografía de Estrabón y el sistema de Tolomeo nos precisan los límites de los conocimientos científicos antiguos.

A lo cual Papus me responde:

—Hablo de la *Ciencia*, no de las ciencias, y la CIENCIA ha estado siempre oculta, en lo oculto y ocultando, *Scientia Occulta, Occultati Occultans*. Tolomeo y Estrabón eran sabios, no magos.

—Si es que vuestra ciencia ha existido alguna vez, oh Papus, cosa de la cual tengo mil razones para dudar, ¿cómo ha podido conservarse?

—No se conservan más que trozos de informes y vagos vestigios de monumentos.

—¿Cómo, pues, ha llegado a conocerla?

—Nosotros la restauramos con base en los restos dispersos, en la misma forma en que Cuvier ha restaurado el *dinothérium*.

—¿Cuáles son tales restos?

—La tabla de Porfirio y, en general, los textos herméticos.

—Son apócrifos.

—Más bien son antiguos.

—Mediocrementemente antiguos, mas no mediocrementemente apócrifos.

—Tan apócrifos como usted quiera. Admiro en verdad el desdén de la ciencia moderna por lo apócrifo.

—Tiene usted razón, Papus. Pero los textos de que habla son de un pasado reciente, no van más allá del neoplatonismo o de la gnóstica.

—La gnóstica era parte de la *Ciencia*. De lo poco que nos ha llegado de los escritos gnósticos, hemos sacado preciosos descubrimientos. De otro lado, la tradición no se ha roto por completo, puesto que muchos eslabones se conservan en las sociedades secretas. Me considero muy afortunado al lograr interpretar algunos signos y prácticas, conservados hasta nuestros días por los rosa-cruces y los francmasones, signos cuyo sentido oculto se había perdido incluso para los mismos iniciados.

En este corto diálogo, he dejado la última palabra a mi interlocutor, por elemental cortesía, pues he de declarar que no ha logrado convencerme.

Pienso que el ocultismo, tal como lo concibe Papus, es muy moderno, y que sólo hacia finales del último siglo [XVIII] ha tomado la forma y los caracteres que presenta hoy en día. Esta es, sin

duda, una opinión extrema, pero la de Papus es aún más extrema. Es una ley universal que los contrarios se atraigan y nazca de ello un tercer término que en ciencia oculta se denomina el ternario; por ejemplo:

Hombre, mujer, niño.
Sólido, fluido, gaseoso.

Un cuarto término reúne al ternario en la unidad:

Hombre	}	Familia		Sólido	}	Cuerpo.
Mujer				Fluido		
Niño				Gaseoso		

No puedo evitar el encontrar en vuestro ternario cierta semejanza con un anciano seco y anguloso, al que he conocido estando en los bancos del colegio, ese maestro Férulus que no poseía sino tres cabellos y tres dientes, de agudo pico y cráneo puntiagudo como un huevo, sinuoso y retorcido, que por verdadero nombre respondía al de Silogismo. ¡Dios me perdone!, ¡y también Hermes y Zoroastro! Pero me da que el silogismo y el ternario se parecen como dos hermanos y se les puede considerar como salidos a la vez de la rodilla de Santo Tomás de Aquino.

De ahí que la magia sea de un gran sincretismo. La escolástica encuentra en ella sus métodos de razonamiento; Hegel su tesis de la identidad de la idea y el ser; Kant su imperativo categórico; Schopenhauer su teoría de la voluntad, pero reconstruida y orientada hacia un completo optimismo. No hablaré de Platón, dado que la magia es una especie de neoplatonismo que se apoya en la doctrina de la realidad de las ideas casi hasta sostener que una idea puede pasearse por las calles bastón en mano y fumando un cigarrillo, o llegar durante la noche, mientras usted duerme, tomar delicadamente su corazón y reemplazarlo por una esponja. Nuestro Papus, por su parte, es platonista como lo sería Apuleyo, es decir, con bastantes exageraciones. Y puesto que hablamos de

Apuleyo, he tenido más de una vez la sensación de conversar con este africano místico y sensual. Pues bien, luego de una conversación con Papus, me he visto exclamar involuntariamente: «¡Es Apuleyo!»

Los mismos contrastes de fuerte salud y constitución espiritualista; el mismo ardor en la palabra (Apuleyo fue un gran orador en su época); la misma imaginación iluminada, la posición científica un poco pedante quizá, y el extraño misticismo, en fin, el mismo personaje. Por poco que se crea en la reencarnación, será fácil persuadirnos de que Apuleyo y Papus son un solo ser, y más aún si consideramos que Apuleyo ha escrito en un latín africanizado, con aroma y condimento, de un gusto aún más mordaz que el estilo, muy adecuado por otra parte, del *Tratado elemental de Ciencia oculta*, escrito por Papus.

Esta obra nos muestra cómo la magia está fundamentada en la analogía, o sea en el estudio de las correspondencias que vinculan hechos y cosas distintas. Aquí no veo inconveniente, ya que es éste el procedimiento instintivo y natural de los poetas, que son, sin duda alguna, los primeros filósofos del mundo, cuando no son los últimos entre los humanos. Por lo demás, todos los caminos de la mente unen la verdad y el error.

Todo es analogía, dicen los magos; la ley que gobierna los mundos rige la vida del insecto. El hombre es un pequeño mundo dentro del mundo, un microcosmos en un macrocosmos.

Esto nos remite a la idea de Hegel, según la cual las leyes del pensamiento son las leyes del mundo, y también, si así queremos verlo, a la doctrina de nuestro Renouvier, que subordina el universo a la ley moral.

Ciertamente, hay algo de kantismo y bastante de hegelianismo en la filosofía de lo oculto. M. Vera, que amaba tanto la metafísica, ha llegado a admitir la siguiente proposición de Papus: «Los

opuestos no son sino la concepción, en grados diferentes, de una sola cosa».

Sin pretender entrar en una exposición metódica de la ciencia mágica, diremos que ésta conduce a la divinización de la voluntad. «La Potencia que activa el mundo es la voluntad», dice el mago. Esta Potencia gobierna sobre la naturaleza física y moral y crea el alma inmortal. Tocamos aquí el punto más original de la doctrina. El alma, se afirma, no es congénita al ser humano. Ella es un resultado, es el producto de la voluntad bien dirigida, el efecto del cual nosotros mismos somos la causa. La vida ha sido dada al hombre para que éste la transforme en una fuerza más perfecta aún: el alma.

Víctor Hugo acostumbraba decir que el alma es facultativa al hombre y que ésta es inmortal sólo cuando se la forma y ama.

En una de sus parábolas: «Un poeta, decía, luego de escribir dos versos, se levanta de su mesa de trabajo. En su ausencia, uno de los versos dice al otro: “Me siento inmortal”, y el otro responde: “Pues yo, temo que no duraré mucho”. El poeta, al regresar a su gabinete, tacha el verso que había dudado de su gloriosa eternidad.» Esta fábula conlleva en sí algo de magia pura. Louis Lucas ha dicho expresamente: «El alma es una creación original que nos pertenece en propiedad».

De ahí la importancia del querer. «De ahí el uso de ciertos objetos, de ciertos signos, para fijar la voluntad en las operaciones mágicas.»

Estas operaciones, ¿tendrían por objeto producir fenómenos contrarios al orden de la naturaleza? ¡No, por supuesto! No salimos de lo natural nunca y la idea misma del milagro es absurda. Pero el mago, como el Próspero de Shakespeare, tiene el poder de gobierno sobre la naturaleza. Es un físico trascendental, en tanto que opera sobre el mundo invisible que reproduce nuestro mundo visible. Es bueno saber que el mundo invisible está poblado de

espíritus elementales, de larvas e ideas o formas de pensamiento que se conducen como seres reales. Estos elementales están sujetos a la voluntad del mago. ¡Qué lástima no ser mago! Debe resultar muy divertido. Aunque no lo es tanto como quisiéramos. La mayor parte de los seres poseen una voluntad débil o estéril. El *Karma* pesa sobre ellos. Este karma es una pesada carga que proviene de la acumulación de nuestras acciones en el pasado. Tenemos un karma abarrotado de los crímenes y errores de nuestras vidas anteriores. Una falta que cometimos en una caverna prehistórica o en la choza de cañas de una ciudad lacustre, nos pesa y nos oprime aun hoy día. Es el karma. No seremos magos sino en una existencia futura, si es que llegamos a serlo alguna vez. Empero, algo de vosotros se convertirá lamentablemente en larva o en vampiro, y no he visto que la magia enseñe la doctrina de la redención final de los seres.

Si hemos, pues, hablado de magia e interrogado a Papus, ha sido por satisfacer una perversa y natural curiosidad. También porque un cierto conocimiento de las ciencias ocultas nos permite comprender mejor un gran número de obras literarias de nuestro tiempo. La magia ocupa un amplio espacio en la imaginación de nuestros poetas y novelistas. El vértigo de lo invisible les embarga, la idea de lo desconocido les obsesiona, y hemos vuelto a los tiempos de Apuleyo y de Phlégon de Tralles. M. Gilbert-Augustin Thierry, a quien los lectores de nuestros diarios aprecian por sus altas cualidades, ha creado, tomando la idea del mundo mágico, dramas de una poesía nueva y de poderoso interés, y seguramente ha sentido la tentación de sacar de lo espantoso y lo misterioso una moral y una filosofía nuevas.

La biblioteca mágica se acrecienta día a día. Al *Palimpsesto* y la *Trenza rubia*, de M. G. A. Thierry, se juntan las *Historias increíbles* y los *Manuscritos para la hoguera*, de Jules Lermina; *La Horla*, de Guy de Maupassant; *Un Signo*, de Léon Hennique; las

obras de dos deliciosos poetas, Stanislas de Guaita y Henry Jouny, y, en fin, las obras del «zar» Joséphin Péladan.

¿Qué otra cosa podríamos decir, sino que el espíritu del hombre sigue atormentado siempre por la gran curiosidad, que el abismo le fascina y él se complace en permanecer suspenso, con una sensación de peligro fascinante sobre el borde nebuloso de lo incognoscible? *

Anatole FRANCE.

* Unos años más tarde, Anatole France nos brindaría de su propia cosecha una prueba en el sentido de que las brumas misteriosas de lo desconocido también llamaron poderosamente su atención. En efecto, es evidente al leer un artículo comentado por Myriam Harry en la revista *Candide* (1932), bajo el título de «Recordando a Anatole France.—El suave retrato», que el escéptico France, que afirmaba no estar convencido de las demostraciones de Papus en 1890, cambiaría luego su parecer con el objeto de evocar y apaciguar el alma de Mme. de Caillavet (de la que hablaría veinte años más tarde, con ocasión del fallecimiento de ésta en enero de 1910).

«... Ya en la mansión (la Béchellerie), entramos a la antigua sala de billar...», describe Myriam Harry al final de su artículo.

»Mlle. Laprevotte me señala una mesa redonda:

—»Aquí fue donde nos reunimos para evocar al espíritu de Madame.

—»O sea, ¿que Anatole France cambió de opinión?

—»Sí, después de la guerra. ¡Oh! Usted no podría imaginar hasta qué punto nos sentíamos abatidos, desamparados y abandonados de todo el mundo. El señor France, sin amigos, sin libros, ni cosa alguna para distraer su pesar, acusado de toda clase de fechorías, llegó a considerar seriamente —se lo aseguro— el suicidio. Y, naturalmente, yo moriría a su lado. Por esos días, el fantasma de Mme. de Caillavet, quien le había abandonado en Versalles, había vuelto para atormentarlo, y era presa de terribles pesadillas. Ella se le aparecía ya no dominante y voluntariosa como lo era en vida, sino sumisa, y en actitud de súplica se arrodillaba delante de él y tomaba su cabeza entre sus manos... Entretanto, yo permanecía al fondo de la habitación, mientras ella nos miraba con rostro altivo y nos decía como quejándose: “¿Por qué me habéis hecho esto? ¿Yo no he sido merecedora de ello!...” El señor France se despertaba cubierto de sudor y muy exaltado; pero también yo, a fuerza de oír repetidamente el relato de su pesadilla, terminé por tener la misma visión en mis sueños. ¡Era horrible! No hubiera deseado dormirme ni me atrevía a hacerlo...

»... Un día, Anatole France interrogó al respecto a un librero de Tours que venía de cuando en cuando para conversar con él. Este sabía bastante sobre espiritismo y había conocido anteriormente a Huysmans y al doctor Encausse. El fue quien nos aconsejó evocar al espíritu de Mme. de Caillavet con objeto de apaciguarlo. Hicimos, pues, la sesión junto con él; Madame nos respondió, y aunque al principio se lamentaba, poco a poco fue recobrando la calma y terminó diciéndonos que ya no sufriría más y que perdonaba al señor France. Desde entonces, las pesadillas cesaron.»

En los *Carnets intimes* de Anatole France, publicados en 1946 por Léon Carias, se encuentra la siguiente reflexión, fechada el sábado 27 de agosto de 1910: «¿He llegado, pues, a creer que los muertos poseen su propia forma de vida y ejercen sobre nosotros una influencia muy fuerte? ¿Es posible que, siendo como soy, ligero y ávido de distracciones, haya llegado a pensar en ella con esta continuidad?»

INTRODUCCION

A primera vista, parecería que hace falta el coraje de los desesperados para insistir en hablar de filosofía espiritualista en nuestra época de ciencia positiva, y en momentos en que la psicofisiología pretende abarcar en su campo experimental todo o casi todo lo que hasta aquí era patrimonio de la filosofía clásica.

Lo que nos da valor es que nosotros mismos hemos pasado por esta etapa de positivismo materialista y hemos salido de allí, como pensamos que saldrán todos aquellos que encontraron en la ciencia misma las respuestas a las primeras objeciones elevadas por los científicos contra la vaga metafísica y las afirmaciones sin prueba que constituían la filosofía espiritualista clásica de Cousin y sus seguidores.

El camino que nos ha conducido a nuestras actuales concepciones sobre el Hombre, el Universo y Dios está muy lejos de ser novedoso, puesto que se enlaza con ideas propugnadas desde épocas como el 2600 a. de J. C. en los templos de Egipto, que constituyeron más tarde el platonismo y, en buena parte, el neoplatonismo.

Así, frente a las dificultades que encuentra el positivismo materialista para dar explicación a hechos de la actualidad como la intuición, la telepatía, los sueños proféticos y las transformaciones de la materia bajo la influencia de cierta energía salida del hombre y llamada fuerza psíquica, ante estas dificultades los investigadores de buena fe no han conseguido otra cosa que las

injurias, negaciones o alusiones a coincidencias y alucinaciones, que esconden un despecho mal disimulado.

Muchos de estos buscadores han mirado entonces hacia la antigua filosofía de los patriarcas, de los egipcios que iniciaron a Moisés, de los gnósticos y los iluminados cristianos, de los alquimistas y los rosa-cruces, que jamás ha variado en sus enseñanzas a través de los siglos y hoy por hoy explica con facilidad los hechos del espiritismo y la hipnosis profunda, tal como explicaba, durante la XVIII Dinastía egipcia, las correspondencias del *Kha* y del *Khou*, del cuerpo físico y el cuerpo luminoso, en su acción sobre el *Baï*, sobre la mente inteligente. Esta filosofía es conocida actualmente bajo la denominación de ocultismo, y es su forma de encarar el espiritualismo lo que nos ocuparemos en resumir lo mejor posible en las páginas siguientes.

Mas hay algo que nos preocupa: es un tratado, o mejor dicho, una exposición filosófica lo que nos proponemos elaborar, siendo en realidad muy poca cosa en filosofía, cosa que los críticos avezados no han tardado mucho en recordarnos.

Los estudios de medicina, tal como se conciben actualmente, prepararán especialistas clínicos, anatomistas superficiales, algunos fisiólogos, pero no filósofos en el sentido elevado de la palabra.

No hablaremos aquí del liceo, que obligaba a sus bachilleres en ciernes a pasar por algunos meses de historia de la filosofía, coloreados de metafísica infantil. Como todo lo que hace el liceo, es preciso rehacerlo más tarde si queremos sacar un verdadero provecho.

Quedan los estudios teológicos, los seminarios y los altos estudios laicos de La Sorbona y del Colegio de Francia, los alumnos de Santo Tomás y los de Renan.

Es entre ellos y los fisiólogos que se libra el combate del pensamiento contemporáneo. Por nuestra parte, no tenemos inten-

ción de tomar partido de un lado o del otro en forma exclusiva.

Frente a tantos creadores de sistemas filosóficos, que comienzan su obra con la demolición sistemática de los sistemas de sus predecesores, afirmando que por fin ellos aportan la verdad total, hasta que sufren la misma suerte de aquéllos, queremos declarar ante todo que no hemos creado nada original y que nuestro papel consiste en resumir, adaptándola a nuestra época, una muy antigua filosofía.

Si nuestra débil pluma llega alguna vez a traicionar la Sabiduría que le ha sido encargado traducir, rogaremos a los investigadores acudir a las fuentes originales y no atribuir dichos errores más que a nuestra ignorancia y falta de elocuencia. Es tan sólo esta garantía lo que puede permitirnos acometer hasta el fin una tarea que parece sobrepasar nuestras fuerzas.

Si las páginas siguientes llevan a algunos a un más profundo acercamiento a los maestros de los que no somos más que un oscuro discípulo, si los investigadores serios se percatan de que el ocultismo es algo más que esa maraña de ideas vagas y oscuras, bajo la cual sus adversarios persiguen atacarle, si, en fin, logramos presentar la unidad que esta filosofía inspira, a través de los centros iniciáticos, de autores como Spinoza, Goethe, Leibniz y tantos otros, como producto de una síntesis entre la Ciencia y la Creencia, entonces nuestro modesto ensayo habrá cumplido con creces su cometido.

Capítulo Primero

PSICOLOGIA

*La filosofía de los ocultistas
frente al materialismo y la teología*

Características del ocultismo en filosofía

La psicología del ocultismo

*El cuerpo astral señala el paso
del espíritu (yo) al cuerpo (no-yo)*

La constitución del ser humano en tres principios

*Análisis de los principios
y adaptación psicológica y anatómica*

*Constitución del ser humano
y análisis de otros principios*

El cuerpo físico

El cuerpo astral

El ser psíquico

El espíritu consciente

La filosofía espiritualista, según los clásicos, se ha caracterizado siempre por un extremo desprecio del hecho anatómico y de la ley fisiológica.

Bajo pretexto de que el espíritu es modelador único de la materia y se limita a dictarle sus leyes sin someterse a ellas, un axioma, una base silogística o no, se ha llegado a considerar mejor prueba que cualquier experiencia. De ahí las sutilezas de la escolástica, las trabas llevadas a todos los sistemas filosóficos por la teología, y la comprobada dificultad para el espíritu humano en sobrepasar sus linderos y recuperar su libertad a pesar de todos los obstáculos creados, desde el siglo XV, por la incompreensión del *Ars Magna* de Raimundo Lulio, que había regido las mentes durante más de tres siglos, cosa aceptable para un sistema filosófico dotado de un instrumento mecánico del razonamiento.

Al romper con la base experimental que tenían los hermetistas y los alquimistas, los teólogos ahogan el espíritu humano bajo el diluvio de una metafísica tan hueca como pretenciosa, que hoy sería difícil hallar, excepto en los seminarios, donde cumple la función de distanciar los cerebros de los futuros sacerdotes de la observación real de las leyes de la naturaleza.

Si Descartes ha sido más un falso pitagórico que un iniciado al intentar reducir la filosofía al estudio de los hechos, exaltando el método derivado de la experiencia en lugar del axioma metafísico, al menos intentó salvar al cerebro llevándolo fuera del camino

teológico. Las obras del abate de Villars, y sobre todo sus disertaciones enunciadas por el conde de Gabalis, muestran la desconfianza con que los rosa-cruces de la época contemplaron la revolución filosófica intentada por Descartes.

Conviene entonces, ante todo, no confundir el espiritualismo de los ocultistas contemporáneos con las ideas puramente metafísicas. Los ocultistas pueden, investidos del hábito de los místicos, hacer afirmaciones que parecerían locas o demasiado hipotéticas a los contemporáneos, las cuales estarían apoyadas por el estudio de un hecho, y sus deducciones serían elaboradas por el método analógico. Así, ¿qué sería más extraño para un astrónomo que escuchar la afirmación de que los astros son seres organizados, con inteligencia y con facultades fisiológicas? Esta es, sin embargo, una afirmación de los ocultistas, extraída, por analogía, de la atenta observación de hechos astronómicos y meteorológicos.

Con todo, si no podemos colocar la filosofía ocultista en la sección del idealismo puro, por sus tendencias primordiales a deducir lo invisible de lo visible, tampoco debemos vincularla al realismo ni al positivismo, en razón de sus vuelos puramente místicos.

Luego de haber seguido a Spencer hasta el extremo donde un cristal separa lo cognoscible de lo incognoscible, el ocultista rompe el cristal y, gracias a su método analógico, se lanza atrevidamente desde el dominio de lo desconocido a los sentidos físicos del hombre ordinario.

Es así como, para la crítica, se hace difícil asignar un lugar al ocultismo en filosofía. Es evidentemente un platonismo, puesto que Platón personifica la doctrina esotérica de Egipto en Occidente, y es en Platón que se han inspirado, sobre todo los filósofos cristianos iniciales, gnósticos y afines, los alquimistas y ciertos cabalistas cristianos. Pero el platonismo de los ocultistas se adapta a la ciencia positiva y al carácter de cada época con tal flexibili-

dad que la crítica se muestra vacilante. Es la misma filosofía general con su característica de la búsqueda de la trinidad en el hombre, en la naturaleza y en Dios, con su rechazo hacia el materialismo y el panteísmo que vemos aparecer en el *Libro de los Muertos* en Egipto, en las enseñanzas de Sócrates divinizadas por Platón, en las cartas de San Pablo, el evangelio de San Juan, los escritos de los gnósticos y los comentarios de Maimónides y los cabalistas judíos y cristianos. Es esta filosofía la que volvemos a encontrar coloreada por el hermetismo en los alquimistas y adaptada a la astrología por Agripa, a la fisiología humana y natural por Paracelso, y a la química por Louis Lucas en 1860.

Cuando el espiritismo puro, de tendencia exclusivamente idealista, se encuentre vencido por el experimentalismo, será entonces a la filosofía oculta donde acudirán los investigadores independientes.

Por el contrario, cuando el positivismo experimental, de tendencia exclusivamente materialista, se tope de pronto con hechos como la telepatía, apariciones susceptibles de ser fotografiadas, la sugestión mental y la psicometría, tras una primera etapa de negación absoluta, de rechazo violento, bajo la invocación de locura, de alucinación, de fraude y tontería humana, no tendrá más remedio que rendirse a la evidencia. Son hechos que nos tocarán cada vez más de cerca, a medida que los instrumentos de registro mecánico se vayan perfeccionando y reemplacen la fragilidad de los sentidos humanos, y su impacto será violento para el experimentador, que no hallará lugar seguro al persistir contra la verdad. Será entonces también cuando los buscadores independientes acudirán a la filosofía oculta.

A menudo se ha escrito que el ocultismo florece en períodos de conflicto político o filosófico.

En efecto, es debido al ocultismo que los filósofos paganos advienen al cristianismo naciente en Alejandría; es el ocultismo lo

que ocupa Roma cuando la invasión de los bárbaros, al igual que Bizancio cuando el temporal musulmán, y más aún, es el ocultismo a través de Raimundo Lulio el que reorienta la Universidad naciente hacia la filosofía clásica, para llegar, más cerca de nosotros, a Mesmer, Cagliostro, Martínez de Pasqually, y Louis Claude de Saint Martin, donde lo oculto informa los espíritus durante la Revolución francesa, e inspira la filosofía de las sociedades secretas iluminadas en todos los tiempos.

Carrera singular la que prosigue esta tradición ocultista a lo largo de las edades, que permanece de pie en medio de invasiones, revoluciones y catástrofes, y cuando el hilo del pensamiento humano parece romperse, viene a ensamblar vigorosamente la cadena, vitalizando de nuevo a su antigua enemiga: la filosofía.

En efecto, es cosa cierta que ni la filosofía ni la teología han sido precisamente favorables hacia los ocultistas.

Este «sistema» que renace cuando se le creía enterrado bajo un silogismo triunfante, esta «mística» que atrae por su extraño encanto a espíritus de la talla de Spinoza, Newton, Goethe y Augusto Comte al final de su vida (cuando sus discípulos le declaran «loco»), sin contar los maestros del juego como Cazotte y Saint-Martin, este místico que permanece incólume a la crítica, y a pesar de estar relegado desdeñosamente a la antecámara de la filosofía ordinaria, no estuvo hecho para ganar las ardientes simpatías de la Universidad.

Por su parte, la teología siempre ha mostrado desconfianza hacia estos singulares filósofos que mezclan la oración con experimentos químicos y que convierten a los incrédulos mediante apariciones o curaciones milagrosas. Para el teólogo hay en ello algo diabólico, y se dedica por tanto a desacreditarlo mediante ingeniosas calumnias, cuando no llega a quemar al ocultista en nombre de la santa Inquisición. Se le considera panteísta, como alguien que niega la Personalidad divina y la confunde con la

Naturaleza plena y otras simplezas absolutamente falsas. No hay mayores defensores de la Unidad de la Personalidad divina fuera de la Naturaleza y fuera del Hombre que los ocultistas. Pero en lugar de relegar la divinidad a una esfera metafísica, ellos buscan sentirla viva y activa en la creación y en la naturaleza, sin confundir nunca su personalidad con sus virtudes externas.

La filosofía ocultista no es, pues, ni materialista, ni panteísta, ni puramente mística. Es más espiritualista, en tanto que intenta demostrar la preponderancia del espíritu sobre la materia, en todos los planos, pero sin negar la importancia de ambos. Tal es su carácter general, y su método va a enfatizarlo y apoyarlo.

Con mayor precisión que las teorías generales, el método en el ocultismo nos permite reconocer a sus adeptos sin posibilidad de confusión y en las más diversas épocas.

Un filósofo vinculado por la vía iniciática o por el estudio al ocultismo, se reconoce en las siguientes características:

1.^a Admite entre el yo y el no-yo, entre el espíritu y el cuerpo, la existencia de uno o de varios principios intermediarios.

En general, la Trinidad domina sobre todas las divisiones secundarias, y veremos que proclama la existencia de tres personas en Dios (o de tres modalidades divinas), de tres principios en el hombre, de tres planos en la naturaleza, sintetizados en una unidad total que les encierra a todos. De ahí el nombre de Tri-Unidad dado a esta doctrina.

2.^a En sus razonamientos, emplea un método que caracteriza por sí solo al ocultismo, como es el de la analogía. Este método determina la existencia de correspondencias analógicas, que cumplen una función dentro de esta filosofía.

3.^a Da una particular importancia en todos sus estudios al plano o mundo invisible y a sus relaciones con el plano físico o visible. De ahí la tolerancia absoluta hacia todas las formas religiosas.

Intermediario o intermediarios entre el espíritu y el cuerpo, método analógico, estudio del mundo invisible, serán característicos temas de todo escritor que haya estudiado en los centros ocultistas. Hay quienes se detienen en uno de estos estudios: son los discípulos que adaptan el ocultismo a una ciencia, a un arte, a una época determinada. Otros ostentan sin restricción las tres formas de estudio de lo oculto: son los maestros y los clásicos. Cada filósofo está en libertad de adaptar sus enseñanzas generales a los casos personales. De la originalidad y la libertad conferidas a cada escritor surgen las diversas escuelas y un campo muy extenso para los que vendrán.

Veamos ahora algunos detalles en el estudio de cada una de las características del ocultismo.

El paso del ser al objeto, del yo al no-yo, o de lo subjetivo a lo objetivo, del espíritu al cuerpo, etc., a través de un intermediario, se conoce en filosofía, o al menos en su adaptación al hombre, bajo el nombre de teoría del mediador plástico. Para refutar esta opinión, los tratados clásicos dicen: «Admitir un intermediario es rehusar la dificultad en lugar de resolverla», y asunto concluido.

El trabajo de los ocultistas contemporáneos se ha encaminado a considerar este problema en busca de una solución fisiológica, para demostrar que sería erróneo dejar a un lado este asunto, y que el intermediario entre el espíritu inmortal y el cuerpo físico tenía no sólo una existencia propia, sino también órganos y facultades absolutamente peculiares. Es en la fisiología donde los ocultistas contemporáneos buscan resolver este problema de la constitución del hombre, de lo cual nace uno de los estudios más apasionantes de la psicología, y el terreno que han escogido parece ser sólido, ya que ha podido resistir los ataques de los teólogos y de los médicos materialistas.

En efecto, los teólogos enseñan que el hombre se compone sólo de dos principios: el espíritu inmortal y el cuerpo; pero se en-

cuentran en apuros para explicar multitud de hechos fisiológicos sin los cuales el espíritu no tendría nada que hacer, o para responder a las preguntas de los materialistas, que demandan dónde va el espíritu durante un desdoblamiento, una fiebre tifoidea, un estado de relajación o de locura.

Por su parte, los materialistas, mediante un ingenioso juego de manos, otorgan las facultades de la médula al cerebro y pretenden transformar al ser humano en un ente mecánico; pero también se encuentran en dificultades para explicar el flujo de los impulsos nerviosos a través de neuronas que no están comunicadas entre sí, o para aceptar los fenómenos de telepatía, visión a distancia, sueños proféticos u otros semejantes. No presentan hipótesis sobre todo ello tan divertidas como las de los teólogos, atribuyendo a las neuronas facultades de alargamiento imposibles de constatar, y por lo mismo, clasifican todo hecho que les inquieta bajo el rubro de alucinación o de vagas coincidencias. También viene a cuento el afán encarnizado de los teólogos por refutar, mediante silogismos o razonamientos metafísicos, la existencia de un intermediario comprobado por hechos fisiológicos, admitido por San Pablo (*Corpus, Anima et Spiritus*), por San Dionisio el Areopagita, y por Santo Tomás. Se entiende así el énfasis de los materialistas en negar todo cuanto pudiera demostrar la existencia de otros planos distintos al físico y de otros estados de existencia humana fuera de lo psíquico.

Resumamos este importante punto, según los ocultistas: ¹

Desde el punto de vista psicológico, lo primero y más importante que se nos presenta para resolver es el problema de las correspondencias entre el principio espiritual y el material, o de las formas de unión del alma con el cuerpo. Esto nos remonta a la definición de la constitución del hombre, tal como la entienden

¹ Tomado de *Science des Mages y Qu'est-ce que l'Occultisme?*

los ocultistas, sobre lo cual no ha variado jamás su enseñanza, puesto que los egipcios de la XV dinastía describían las propiedades y los caracteres del «Ka» o doble luminoso, exactamente como Paracelso describe el cuerpo astral en el siglo XVI de nuestra era y como Eliphas Lévi estudia el «doble fluídico» en 1863. Para los ocultistas, el hombre está constituido por tres principios, matizados en una unidad general. Estos principios son: 1.º, el cuerpo físico, considerado como el producto y el soporte de diversos elementos; 2.º, el cuerpo astral, de doble polaridad, como puente de unión entre lo inferior, físico, y lo superior, espiritual; 3.º, el espíritu inmortal. De estos varios componentes, uno es particularmente interesante a los ocultistas: el cuerpo astral; los otros dos han sido objeto de cuidadoso estudio por parte de los anatomistas y fisiologistas el primero, y de los psicólogos y filósofos el último. Esta constitución del hombre en tres principios es tan característica del ocultismo tradicional, que basta por sí sola para conocer a sus representantes en todas las épocas, y nos permite distinguir, dentro del mismo ocultismo, las escuelas propiamente tradicionales de los plagios o las torpes compilaciones realizadas en todo tiempo bajo la advocación de lo oculto. En cuanto se refiere al ser humano, la enseñanza puede resumirse en las siguientes proposiciones:

1.ª El hombre está constituido por tres principios, sintetizados en una Unidad, o doctrina de la Tri-Unidad.

2.ª El hombre es análogo (pero no semejante) al Universo, o doctrina del Microcosmos o pequeño mundo (el Hombre) y del Macrocosmos o Gran mundo (el Universo).

3.ª Hay una estricta correspondencia entre cada elemento en el hombre y sus análogos en el universo. Esta es la doctrina de las correspondencias en que se basa la magia y de la que hablaremos a propósito de su práctica.

De todo esto, lo que nos interesa por ahora es el cuerpo astral, este mediador plástico que los filósofos clásicos han condenado a menudo sin molestarse en estudiarlo atentamente y que surge en todas las épocas, bajo nombres distintos pero con idénticos caracteres, en la obra de los ocultistas. Conocer bien el cuerpo astral es poseer la más importante de las claves en la doctrina que nos ocupa. Detengámonos un momento en los razonamientos aportados por los ocultistas en apoyo de sus afirmaciones. El manejo de la analogía nos facilitará el uso de comparaciones, no para demostrar sino para aclarar algunos puntos.

Comenzaremos por proponer una comparación destinada a aportar alguna luz sobre el tema.

El hombre puede compararse a un coche de caballos, donde el vehículo represente el cuerpo físico, el caballo el cuerpo astral y el cochero el espíritu. Esta imagen nos permite comprender bien la función o rol de cada principio. El vehículo es inerte por él mismo, y se adapta bastante bien al concepto ocultista del cuerpo físico. El cochero sujeta la dirección por medio de las riendas, sin participar directamente en la tracción. Es el papel del espíritu. En fin, el caballo, unido mediante unas varas al vehículo y por las riendas al cochero, mueve todo el sistema, sin ocuparse de la dirección.

Esta imagen nos deja entrever bastante bien el carácter del cuerpo astral, verdadero caballo del organismo, motor pero no conductor, y sobre todo nos permite apreciar, al responder esta comparación a una entidad real, que existe verdaderamente en nosotros un principio motriz, distinto del principio directriz. Es a la fisiología y a la anatomía donde se dirigirán los ocultistas contemporáneos para probar las afirmaciones de sus antecesores a este respecto.

Existe en nuestro organismo un sistema nervioso, regido casi exclusivamente por el nervio gran simpático, que opera con órga-

nos de una constitución particular (fibras lisas). Este sistema mueve todo en el organismo, desde la más fina de las arterias hasta el intestino durante el sueño. En estado de vigilia, los músculos de fibras estriadas van a unir su acción a la del cerebro, sede de la mente, y así el cochero del organismo viene a mostrarnos cómo su papel es bien distinto al del caballo, representado por el gran simpático, apoyado por sus plexos y sus múltiples nervios vasomotores. Cuando dormimos, las funciones cerebrales cesan y, por sí solo, el sistema de la vida orgánica prosigue su acción: se digiere el alimento, se fabrican sustancias como el quilo y la linfa, la sangre circula y distribuye por doquier la fuerza y la materia, y aun preserva al organismo y lo defiende, aportando leucocitos al lugar atacado y restaurando pequeñas heridas producto de una imprudencia o de accidentes. Es entonces cuando percibimos la acción de este principio que Paracelso denomina el «obrero escondido», y su dominio se aparta claramente de la acción de la mente, que sin duda tiene cosas para hacer distintas a presidir los procesos de quilificación o excreción. Tales son las enseñanzas de los ocultistas en cuanto a la relación entre el cuerpo astral y el físico. Veamos lo que ellos dicen sobre sus relaciones con la mente.

El cuerpo astral, como un administrador en el ser humano, preside la elaboración de todas las fuerzas orgánicas. Entre ellas, nos interesa una, desde el punto de vista de las funciones cerebrales: la fuerza nerviosa. Esta fuerza, que fluye por los nervios, ha sido estudiada considerando su velocidad, siendo completamente diferenciada de la electricidad y de otras fuerzas físicas. Como todos los productos orgánicos, se extrae de la sangre, como evidencian los problemas causados en el cerebro por la anemia o el exceso de riego, y aun en el caso de ésta, el cuerpo astral participa en su elaboración. La fuerza nerviosa obra mano a mano con la mente, como la electricidad lo hace con el telegrafista. El cerebro físico representaría el telégrafo. Los ocultistas refutan los argumentos

de los materialistas, afirmando que estos últimos confunden al telegrafista y la fuerza nerviosa o mente con su único medio de comunicación, o sea el organismo. Incorporemos la electricidad al telegrafista y este último parecerá no existir debido a esta relación, puesto que por sí sola la fuerza es incapaz de enviar ningún mensaje. Así vemos cómo, en el sueño normal o provocado, en las enfermedades graves, en los desvanecimientos, ocurre un desplazamiento de la fuerza nerviosa o cesa su producción habitual, y al carecer de este indispensable medio de acción la mente es tan incapaz de manifestar su presencia como el empleado de enviar un mensaje sin que haya electricidad.

Hemos escogido ejemplos tomados de las ciencias contemporáneas para exponer en forma clara la doctrina del ocultismo, evitando los deslices que acarrearía el abuso de los antiguos términos técnicos, y que no harían más que embrollar nuestro propósito. Vemos ahora que este mediador plástico es algo distinto a una pura concepción filosófica y que su idea corresponde más bien a una realidad fisiológica. Prosigamos nuestro análisis del cuerpo astral. Es ahora cuando haremos referencia a algunos experimentadores que, en los últimos años, han pretendido enterarse, en una forma positiva, de las posibilidades de comprobación que presentan estos antiguos y siempre idénticos conocimientos.

Los ocultistas pretenden, en efecto, que el sistema nervioso en el organismo humano no es más que el apoyo temporal del principio que constituye el mediador plástico, y que este principio es luminoso, cuando se le percibe independientemente de los órganos materiales, lo cual equivale a decir que tal principio puede resplandecer alrededor del cuerpo en que está normalmente encerrado. Esta «salida del cuerpo astral», según la expresión técnica, puede ser incompleta; es decir, parcial o total. En el primer caso, asistimos a ciertos fenómenos estudiados por los magnetizadores y los espiritistas, de los cuales hablaremos al tratar de la práctica.

En el segundo caso, el desdoblamiento del individuo puede ser constatado a distancia por muchos testimonios, como en el caso de varios santos del cristianismo, y es así cómo los ocultistas explican la mayoría de los casos denominados «telepáticos» y los fenómenos espiritistas de materializaciones, en la mayor parte experiencias serias y no debidas a un fraude.

.....

El cuerpo astral reúne entonces distintas funciones para la interpretación del ocultista: 1.^a, la de unir, por una polarización doble, el cuerpo físico a la mente; 2.^a, la de actuar como un obrero escondido, que realiza las funciones de la vida vegetativa para la conservación del cuerpo material, el cual mantiene y repara sin cesar, reparando la continua muerte de las células físicas y su funcionalidad armónica, haciendo frente a la enfermedad y a las imprudencias; 3.^a, este cuerpo puede resplandecer alrededor del individuo formando una suerte de atmósfera invisible llamada «aura astral», y todo él puede exteriorizarse totalmente. Es gracias a estas diversas propiedades del cuerpo astral que los ocultistas pueden darnos cuenta de visiones y acciones a distancia, de los presentimientos, del éxtasis profético, de los ensueños, de la locura y de otros fenómenos clasificados por los filósofos dentro de una psicología especial, o en el capítulo de las coincidencias o las alucinaciones.

Nos vemos forzados a insistir sobre el aspecto fisiológico en la demostración de la existencia del cuerpo astral. Vamos, pues, a detenernos aún un poco más sobre este importante tema.

En general, todos los órganos que constituyen el ser humano se nos figuran en plena actividad. Todo ello funciona, se manifiesta a nuestra mirada bajo mil aspectos, y no sin gran dificultad

es posible llegar hasta las causas poco numerosas en medio de la multiplicidad de efectos.

Pero al llegar la noche, los miembros se aflojan, los ojos se cierran, el mundo exterior pierde su acción sobre el ser humano, que duerme. Aprovecharemos su sueño para comenzar nuestro estudio.

El hombre duerme y, entretanto, sus arterias vibran, su corazón funciona y su sangre circula. Sus órganos digestivos continúan su trabajo y sus pulmones aspiran y espiran rítmicamente el aire vivificante. Durante su sueño, el que llamamos hombre no es capaz de movimiento, ni de sensación, ni de pensamiento. No puede amar ni odiar, ni ser feliz ni sufrir. Sus miembros reposan inertes. Su rostro está inmóvil; y sin embargo, su organismo funciona como si nada extraño ocurriese.²

Nos vemos entonces obligados a considerar en el hombre: 1.º, una parte mecánica, que continúa su acción igual durante el sueño que en la vigilia; es el organismo propiamente dicho; 2.º, otra parte, de naturaleza intelectual, que aparece sólo en el estado de vigilia; es a esta última que denominamos la conciencia, el espíritu.

El ámbito del organismo parece entonces más delimitado que el del espíritu; pero ¿qué ocurre dentro de este organismo?

Cuanto depende del espíritu —los miembros, el rostro y sus órganos, la voz, la sensibilidad misma—, todo ello reposa en el sueño, como hemos visto. Pero todo ello rodea al ser humano, todo ello es periférico. Es en el interior del tronco, en los tres segmentos que lo constituyen: vientre, pecho y cabeza, donde se generan los fenómenos motores de la marcha automática en la máquina humana.

² El fenómeno del *soñar* surge sin turbar apenas este reposo, y corresponde a la manifestación del principio superior.

Como cualquier mecanismo, el organismo humano tiene sus órganos motrices, una fuerza activante y un centro de mantenimiento y renovación de esta fuerza motriz.

Así, si consideramos una locomotora, para poner un ejemplo concreto, encontraremos órganos de acero accionados por el vapor, cuya renovación se produce mediante una continua liberación de calor.

En forma similar, encontramos en el organismo humano órganos de constitución peculiar (fibras lisas), arterias, venas, órganos digestivos, etc., movidos por la fuerza nerviosa activada por el sistema del gran simpático. Esta fuerza, al igual que la vida particular de cada una de las células que forman los órganos, se sostiene gracias a la corriente sanguínea arterial. Así pues, los órganos, los centros de activación de las distintas fuerzas, la fuerza nerviosa motriz y la que genera el torrente sanguíneo, son los principios esenciales que informan la actividad de la máquina humana.

Pero el hombre despierta, y algo viene entonces a añadirse a las fuerzas precedentes. Los miembros que reposaban se mueven, el rostro se anima y los ojos se abren. El ser humano que se encontraba tendido, se endereza y habla. Una nueva forma de vida comienza, mientras que la vida orgánica prosigue su actividad mecánica.

El principio que acaba de aparecer difiere esencialmente de los precedentes: tiene sus órganos propios de acción en el cuerpo (órganos de fibras estriadas); tiene un sistema nervioso especial. Se sirve del cuerpo como un obrero se serviría de sus instrumentos, como el conductor se sirve de la locomotora; gobierna todos sus centros y todos sus órganos periféricos, aun los que están en reposo. A este principio lo llamaremos la mente consciente.

Si resumimos lo expuesto anteriormente, encontramos tres principios en el hombre: el que sostiene todo es el cuerpo físico; el

que anima y mueve todo está conformado por los dos polos de un mismo principio, el alma; y en fin, el que gobierna la totalidad del ser, la mente, el espíritu.

Cuerpo físico, alma o mediador plástico con doble polaridad, espíritu o mente consciente, tales son los tres principios generadores que constituyen al ser humano.

Si observamos que el mediador físico es doble, podremos afirmar que el hombre está integrado por tres principios orgánicos: el que sostiene, el que anima, el que mueve, o sea, el cuerpo físico, el cuerpo astral y el ser psíquico, sintetizados los dos últimos, reducidos a la unidad de acción por un principio consciente: el que gobierna, la mente.

He aquí un ejemplo de lo que hemos llamado la Trinidad en la Unidad o la Tri-Unidad en ocultismo.

Luego de la fisiología hace falta apelar a la anatomía para comprobar la base positiva que los ocultistas se esfuerzan en otorgar a sus afirmaciones teóricas sobre la constitución del hombre.

El cuerpo humano nos presenta tres grandes centros: el vientre, el pecho y la cabeza, a cada uno de los cuales se asigna un número par de miembros.

En el vientre se asientan y nacen los miembros abdominales (muslos, piernas, pies); en el pecho, los miembros torácicos (brazos, antebrazos, manos); en la cabeza, los miembros cefálicos (maxilar inferior).

Cada uno de estos centros tiene una función fisiológica bien definida: el vientre transforma el alimento proveniente del exterior en humana substancia (quilo), el pecho transforma el quilo en sangre y la cabeza extrae de la sangre la fuerza nerviosa que mueve toda la maquinaria humana. Es más, cada uno de los tres

centros se representa a su vez en los otros dos. Así, el vientre extiende sus vasos quilíferos y linfáticos a todo el organismo, el pecho distribuye la sangre, dinamizada por la respiración hacia los otros centros, y la cabeza pone en movimiento por su gobierno a todos los órganos, sin excepción.

Lo más curioso e interesante para nuestro análisis es que todo el trabajo orgánico de las fábricas abdominal, torácica y cefálica se produce absolutamente fuera de la intervención de la conciencia y de la voluntad del ser humano. Es el hombre-animal quien labora, y el hombre-espíritu cumple funciones y posee órganos bien distintos a los precedentes.

El hombre-animal es accionado por un sistema nervioso especial, el de la vida vegetativa u orgánica, constituido casi exclusivamente por el gran simpático, sus plexos y dependencias. El hace latir nuestro corazón, contrae y dilata todas nuestras arterias y nuestras venas, hace marchar el hígado, el estómago, los intestinos, los pulmones, sin preocuparse de si el hombre-espíritu se encuentra despierto o dormido, puesto que todos estos órganos funcionan igualmente durante nuestro sueño que en la vigilia. También repara las células usadas y las reemplaza; asimila, mediante células embrionarias y glóbulos blancos, los microbios de procedencia externa; cura las heridas superficiales de la piel, y se ocupa finalmente de todo el oficio doméstico en el organismo. El hombre-espíritu nada tiene que ver con todo ello. ¿Quién dirige entonces todo este sistema nervioso especial?

Un sistema orgánico, como hemos visto, no es sino el soporte de alguna cosa: los órganos llevan a cabo la función, pero no la crean, puesto que sus células mueren a medida que van cumpliendo cada función.

Este principio que dirige todo el trabajo del cuerpo físico ha recibido diferentes nombres a través del tiempo, puesto que se le conoce desde la antigüedad más remota. Los egipcios le llamaban

el cuerpo luminoso (*Khá*); los pitagóricos, el carro del alma; los latinos, el principio animador (*Anima*), como San Pablo; los filósofos hermetistas le otorgan el nombre de mediador plástico y de Mercurio universal; Paracelso y su escuela, al igual que los discípulos de L. C. de Saint Martin, el Filósofo desconocido, le han denominado cuerpo astral, puesto que toma su principio de la sustancia interplanetaria o astral.

Cualquiera que sea el nombre que se le dé, es importante comprender lo que este principio incluye en nuestro ser; a saber, sus órganos, su sistema nervioso y sus funciones; y como su existencia es tan cierta para el ocultista como para el fisiólogo, nosotros lo llamaremos *cuerpo astral*.

Es el obrero oculto del ser humano, el motor, el caballo que da impulso al organismo, donde el cuerpo físico es el vehículo y la mente consciente el conductor.

El caballo es más fuerte que el cochero, y él tira del carro; sin embargo, es el conductor, menos fuerte pero más inteligente, quien dirige el caballo y, por tanto, el vehículo.

De igual forma, en el ser humano el hombre-animal es más fuerte que el espíritu, y es el que mueve la máquina humana; sin embargo, es el hombre-espíritu, menos fuerte pero más inteligente, quien dirige en la vida exterior al hombre-animal y, por tanto, la maquinaria humana total.

Para comprender mejor esto, retomemos el estudio del cuerpo físico.

Como ya hemos visto, el cuerpo tiene tres centros: el vientre, el pecho y la cabeza. Pero por cabeza entendemos el cráneo y su contenido; es decir, toda la parte *horizontal* de los centros superiores. Delante del cráneo, y en posición *vertical*, se colocan una serie de órganos que forman el *rostro*. Estos órganos tienen la peculiaridad de que su funcionamiento en general se limita a nuestra

vida de vigilia; o sea, cuando el hombre-espíritu acciona sobre lo externo (lo que los filósofos llaman el no-yo).

Desde el momento en que nos adormecemos, vemos cómo los ojos y la boca se cierran, el oído cesa su función, el olfato se detiene, y sólo la respiración viene a mover levemente la nariz. Los órganos del rostro pertenecen al hombre-espíritu y no al hombre-animal, y cada uno de ellos tiene como función establecer un control sobre cada uno de los centros del hombre-animal.

Así la boca (que ostenta una abertura única, dado que el estómago es simple y no doble), es la puerta de entrada al vientre, y como un portero fiel, al poner en marcha el sentido del gusto tiene el encargo de no dejar entrar sino aquellas cosas que complacen al hombre-espíritu. De igual modo, todo lo que ocurra en el vientre repercutirá sobre la boca y sus anexos (lengua cargada de los distintos humores gástricos, o bien seca y tostada a causa de inflamaciones intestinales, labios que pierden su color por la peritonitis, etc.).

La nariz posee dos aberturas, dado que los órganos pulmonares son dobles; son la puerta de entrada del pecho, y aquí también nos topamos con el fiel guardián que es el olfato, encargado de avisar al hombre-espíritu de los ambientes donde la respiración puede resultar peligrosa para el organismo. Todo lo que ocurre en el pecho revierte sobre la nariz o sus anexos (la faz tirante del cardíaco, los pómulos enrojecidos por la neumonía, etc.).

Las orejas son la puerta de entrada del sistema nervioso cefálico y los ojos se relacionan directamente con el hombre-espíritu. Por reversión, la congestión y la anemia cerebral se observan en su forma externa en las orejas, en tanto que la locura y los problemas psíquicos se reflejan en la pupila y en la mirada.

El hombre-espíritu es, en definitiva, el conductor del organismo: mediante la boca y el gusto, preside la elección de los alimen-

tos que van a ser transformados en el vientre y van a mantener la vida humana.

Por el olfato, preside la elección de los ambientes respirables, y mediante el nervio pneumogástrico, el ritmo respiratorio y, por extensión, la distribución de la vida, el calor y la energía en todo el organismo.

Finalmente, a través del ojo y la mirada gobierna la percepción de las sensaciones externas ya filtradas por el tacto, que van a alimentar sus facultades más elevadas.

Concluiremos este estudio del cuerpo afirmando que el vientre es el cuartel general del cuerpo físico; el pecho, el cuartel general del cuerpo astral, y la cabeza, en fin, sirve de centro, por un lado, a la parte intelectual del cuerpo astral, que aquí llamaremos el ser psíquico, y por otro, al mismo hombre-espíritu.

Vemos cómo los múltiples aspectos bajo los cuales se nos presenta el cuerpo astral entran en concordancia, y bajo distintas ópticas, como las del filósofo, el fisiologista o el anatomista.

La psicología del ocultismo tiende a permanecer dentro del método que se emplea como general, y así observaremos un empleo frecuente de la analogía.

Este particular estudio del cuerpo astral nos remite a la constitución genérica del ser humano en tres principios y al análisis detallado de éstos, que hasta aquí hemos dejado de lado. Nos proponemos ahora completar la adaptación de las teorías ocultistas a la psicología.

Platón llegó a asombrar a los filósofos al proclamar que el hombre tiene tres almas. Ahora bien, si cada uno de los principios está representado en todos los demás (puesto que la naturaleza

nunca separa sus creaciones como trozos aislados), se deduce que no hay razón para que, en el hombre, cada centro no posea su manifestación intelectual, su irradiación espiritual más o menos luminosa, del mismo modo que poseemos sustancias vitales: el quilo, la sangre y la fuerza nerviosa.

La anatomía ya nos indica este hecho al mostrarnos cómo la médula espinal se dilata al nivel de los tres grandes centros, con una posibilidad dilatatoria mayor en la reproducción. Pero cuando esto se nos muestra con mayor claridad es al observar cómo el gran simpático, que constituye el verdadero soporte físico del cuerpo astral, presenta también tres grandes plexos: uno cervical, para el centro cefálico; otro cardíaco, para el pecho, y finalmente uno abdominal (o solar), para el vientre, con un anexo para los órganos reproductores.

Si dejamos el terreno físico para dirigirnos a las observaciones, no de los filósofos sino del común de la gente, constataremos que durante una fuerte aflicción o una gran alegría, o cuando una noticia inesperada nos llega, no es en la cabeza, sino más bien en el pecho, a la altura del corazón, donde parece que recibimos un golpe, por decirlo en lenguaje vulgar. He aquí la reacción común provocada por la inteligencia de este centro.

Cuando a pesar del coraje aportado por el espíritu se produce una reacción física, en el momento de una prueba o en el campo de batalla, no es en la cabeza sino en el centro abdominal donde dicha sensación se percibe, con las consecuencias bien familiares a los pobres soldados. Es preciso, pues, una vez más, atacar las argucias de los filósofos.

Nos vemos así obligados a dar la razón a Platón en su transcripción de la enseñanza secreta de los templos egipcios en cuanto afirma que el cuerpo tiene tres centros, informados por tres principios, y que existen tres géneros de manifestación intelectual de estos tres principios.

Así, el centro físico se manifiesta en el *instinto*, con la *sensación* como mecanismo de reacción y el placer o el dolor como resultantes del movimiento que se produce.

El centro astral se manifiesta en la *intuición*, con el *sentimiento* como mecanismo de reacción y el amor o el odio como resultantes de la emoción obtenida.

El centro psíquico se manifiesta en la *idea*, con la *inteligencia* como mecanismo de reacción y la verdad o el error como resultantes del proceso efectuado.

El mundo de los instintos, como el de las pasiones, como el de los procesos intelectuales, se simbolizan el primero por el vino, el segundo por la mujer, el tercero por el juego, y la voluntad debe estar en capacidad de detener sus impulsos.

Para ello será preciso habitar los órganos que sirven a la mente a sus funciones de reguladores y jefes, procurando no dejar que se adormezcan y caer en la inacción. De ahí la magia de que hablaremos más tarde.

No podríamos dejar el tema de la psicología sin una referencia a las doctrinas ocultistas sobre el principio femenino en los diversos planos y, sobre todo, en el humano. Lo femenino, para el ocultista, es el complemento necesario de todo principio activo. La mujer no es superior ni inferior al hombre, sino complementaria, tanto psicológica como anatómicamente. La mujer representa la materialización, en la humanidad, de la facultad plástica universal, simbolizada por la paloma. Ella desarrolla y perfecciona las formas que el hombre crea. Es por esto que debe procurar el progreso de sus facultades anímicas, al tiempo que el hombre lo hace con sus facultades intelectuales. Buscar una demostración de que la mujer es inferior o superior al hombre sería como pretender afirmar que el polo cinc es superior por ser activo al polo carbón, que permanece pasivo en una pila. Ambos son necesarios para producir la corriente, y si se apartan de su papel específico la co-

riente no se produce. Esta doble polaridad no sólo se manifiesta en los sexos, sino también en cada individuo. El corazón es siempre complementario del cerebro y, por consiguiente, es positivo en la mujer y negativo en el hombre, y por analogía, es preciso ubicar los sentimientos y las facultades anímicas, que los ocultistas asignan al plexo cardiaco en este punto de origen, mientras que el cerebro cumple aquí una función de centro repetidor de tales sentimientos.

Capítulo II

LOGICA

El método y la lógica del ocultismo

La analogía y las tablas analógicas

Constitución del Universo

El macrocosmos o la naturaleza

Ha sido necesario detenernos un poco en el estudio del cuerpo astral, para mejor comprender la constante búsqueda del ocultismo, el cual ha encaminado su esfuerzo a determinar los intermediarios que pueden unir dos principios contrarios en apariencia.

Así, el aceite y el agua se consideran como opuestos e imposibles de mezclarse totalmente, pues apenas se logra una emulsión en la cual las moléculas se yuxtaponen sin mezclarse. Sin embargo, un poco de carbonato de sodio basta para transformar estos dos contrarios en un jabón perfectamente uniforme. Tal es el papel del cuerpo astral en relación al aceite del espíritu y el agua de la materia, de los cuales él conforma un jabón vital (pedimos perdón al lector por lo técnico de esta imagen).

Muy similar es el papel del método característico del ocultismo: la analogía, intermediaria entre la deducción y la inducción, que se apoya alternativamente en cada una de ellas. La analogía está vinculada al ocultismo como método, en la misma forma que la piel se encuentra vinculada al cuerpo.

Pero el empleo de este método requiere una habilidad muy especial, para no caer en los excesos de la imaginación, y un control de todos los pasos para llegar a un resultado serio. Es aquí donde los números pueden prestarnos una valiosa ayuda, pues ha sido un error quitar importancia a los libros de Euclides sobre los

números, para asignársela casi totalmente a sus trabajos sobre geometría.

La mejor manera de mostrar lo que es el método analógico sigue siendo la de usar numerosos ejemplos, analizando luego los resultados obtenidos. Este será el sistema que aquí emplearemos.

La ley general de analogía ha sido definida por Hermes Trismegisto (quien es, para nosotros, el nombre colectivo de la Universidad de Egipto), en *La Tabla de Esmeralda*:

«Lo que está arriba
 es como
 lo que está abajo

Para cumplir el milagro de la Unidad.»

Debemos subrayar que el autor de *La Tabla de Esmeralda* distingue totalmente, desde un comienzo, la analogía de la semejanza, confusión que suele producirse entre los principiantes. Una cosa análoga a otra casi nunca se le parece. La analogía de la constitución del hombre en tres principios: espíritu, alma y cuerpo, y la del conjunto formado por el vehículo, el cochero y el caballo, nos sirve para ayudar a resolver nuestras preguntas, a pesar de que Dios se ha ocupado poco en establecer semejanza entre ambos conjuntos.

También nos dice Trismegisto: «Lo que está arriba es como lo que está abajo», y no «Lo que está arriba es lo que está abajo».

De aquí, nuestra protesta anticipada frente a la acusación, de panteísmo, con que los teólogos han siempre designado a los ocultistas, y que resulta evidentemente injusta.

La primera enseñanza de *La Tabla de Esmeralda* es, pues, la

analogía de los contrarios: arriba y abajo poseen un elemento común, que determina su signo, como nos dirá más adelante el texto hermético.

La segunda enseñanza es el retorno a la unidad de los contrarios, o sea la síntesis, que reúne en sí todas las antítesis anteriores, y forma el principio de la *Ley universal* de Hoene Wronski.

Tal es la primera base teórica. Veamos ahora sus aplicaciones.

En primer lugar, es preferible elevarnos del conocimiento físico a lo desconocido o metafísico, o mejor, de lo visible a lo invisible, para establecer un estudio analógico, lo cual parece muy sencillo; pero en ocultismo lo invisible es tan determinado como lo visible y es posible, por tanto, escoger, buscar la forma dada al cuerpo por el espíritu, de acuerdo con la fórmula astrológica de tal espíritu (lo cual sería proceder de lo invisible a lo visible), o buscar los signos astrológicos del espíritu a partir de la forma corpórea (con lo cual iríamos desde lo visible a lo invisible).

Este último método es el preconizado por L. C. de Saint-Martin, cuando dice: «Es preciso estudiar la naturaleza a partir de la constitución del hombre y no el hombre a partir de la naturaleza». Efectivamente, al tomar la analogía y su ley fundamental, el Hombre, la Naturaleza y Dios resultan análogos (pero no semejantes), y los principios de uno se reproducen en forma analógica en los otros, de lo cual podemos concluir que el hombre es un pequeño mundo, o mejor, un mundo en pequeño (microcosmos), y la naturaleza un gran mundo, o un hombre en grande, mientras que ambos reproducen la ley de la constitución divina: «Dios ha hecho el hombre a su imagen». He aquí la analogía formulada en la Biblia, punto de partida a su vez de todas las analogías entre el creador y la creatura, sin que jamás puedan confundirse el uno con el otro.

Formularemos ahora un problema que hemos tratado de resolver por distintos métodos:

¿Qué relación existe entre el vientre, el pecho y la cabeza, como partes integrantes del organismo humano?

El sabio positivista, al proceder por inducción experimental, estudiará los tejidos, los humores, los grupos de nervios existentes en cada uno de estos centros, y de ahí deducirá una respuesta más o menos completa.

El filósofo, al proceder por deducción pura, comenzará por determinar el lazo jerárquico que une a los tres elementos de su estudio, y así llegará a consideraciones más o menos generales.

Estos métodos son bien conocidos y no hace falta detenernos aquí. Veamos ahora cómo procedería el analogista.

En primer lugar, colocará los tres elementos de estudio de acuerdo a su jerarquía fundamental:

En lo alto:	La cabeza
En el medio:	El pecho
Abajo:	El vientre

Hecho esto, procederá a buscar cuál es la representación de cada uno de tales segmentos en los otros dos, puesto que la analogía requiere de uno o varios términos idénticos en cada una de las partes, que es preciso descubrir. Entonces dirá:

En el vientre debe existir un elemento característico que a su vez esté representado en los otros dos segmentos. Se propone entonces encontrar:

- 1) Un elemento propio del vientre;
- 2) Una representación del vientre en el pecho;
- 3) Una representación del vientre en la cabeza.

Luego hará lo mismo con el segundo y tercer segmentos.

Esto nos lleva a construir un cuadro analógico para nuestro estudio, escribiendo sobre una primera columna vertical:

CABEZA
PECHO
VIENTRE

Y sobre una segunda columna horizontal:

VIENTRE

PECHO

CABEZA

Es una especie de tabla de Pitágoras, donde los elementos del estudio sustituyen a los números, y era éste el aspecto real de la tabla pitagórica, tal como la usaban los iniciados. Tenemos entonces los siguientes cuadros:

CABEZA			
PECHO			
VIENTRE			
	CABEZA	PECHO	VIENTRE

La analogía nos permitirá llenar los espacios vacíos que representan los elementos a descubrir, y esto se hará en forma bastante sencilla. Bastará reunir en cada casilla vacía los dos nombres que se intersectan en ella, en la misma forma que la tabla de Pitágoras lo hace con los números.

La primera columna vertical será entonces:

CABEZA	Cabeza en la cabeza		
PECHO	Cabeza en el pecho		
VIENTRE	Cabeza en el vientre		
	CABEZA	PECHO	VIENTRE

En igual forma, procederemos a llenar las otras columnas:

CABEZA	Cabeza en la cabeza	Pecho en la cabeza	Vientre en la cabeza
PECHO	Cabeza en el pecho	Pecho en el pecho	Vientre en el pecho
VIENTRE	Cabeza en el vientre	Pecho en el vientre	Vientre en el vientre
	CABEZA	PECHO	VIENTRE

Ahora tendremos que recurrir a la fisiología y la anatomía para reemplazar por nombres de órganos las indicaciones fijadas en los cuadros, y así habremos determinado la analogía entre los contrarios; es decir:

La cabeza en el vientre y el vientre en la cabeza;
 La cabeza en el pecho y el pecho en la cabeza;
 El pecho en el vientre y el vientre en el pecho.

Los nombres científicos van a aclarar estas analogías en una forma singular, y nos harán ver el rigor del método de investigación que hemos adaptado a la incertidumbre de la analogía, cuando dicha analogía no ha sido determinada por las intersecciones de varios elementos.

Para completar nuestro informe, recordaremos que el rostro es la unidad que resume los diversos aspectos de la trinidad precedente, y obtendremos entonces el siguiente cuadro, en el cual los términos

<i>Inferior</i>	reemplaza la palabra vientre o abdomen
<i>Medio</i>	— — pecho o tórax
<i>Superior</i>	— — cabeza

y donde el rostro sintetiza el todo.

La cabeza en el vientre o el superior en el inferior es el plexo solar, en tanto que el vientre en la cabeza o el inferior en el superior se constituye por los vasos y ganglios linfáticos de la cabeza.

Encontramos allí analogías entre los ganglios simpáticos y los ganglios linfáticos. Los primeros obran por la fuerza nerviosa y los segundos son movidos por esencias materiales.

Encontramos también otras curiosas analogías que servirán como tema de investigación a los que quieran estudiarlas.

Si hemos dado como ejemplo este cuadro, refiriéndonos al hombre, es para mostrar que el método analógico es aplicable a las ciencias más técnicas, como la fisiología. Podríamos hacer aplicaciones más extensas, pero no serían más demostrativas que la que hemos emprendido.

	<i>Columna del mundo inferior</i> VIENTRE	<i>Columna del mundo medio</i> TORAX	<i>Columna del mundo superior</i> CABEZA	<i>Columna del mundo sintético</i> ROSTRO
ROSTRO	<i>Inferior en el sintético</i> Boca (gusto)	<i>Medio en el sintético</i> Nariz (olfato)	<i>Superior en el sintético</i> Ojos sensibles (vista) Orejas (oído)	CENTRO DEL MUNDO SINTÉTICO Rostro Total
CABEZA	<i>Inferior en el superior</i> Vasos y ganglios linfáticos	<i>Medio en el superior</i> Carótidas y arterias cerebrales	CENTRO DEL MUNDO SUPERIOR Cerebro y anexos	<i>Sintético en el superior</i> Frente Músculos motores de los ojos Miembros cefálicos o maxilar superior Laringe (Cabellos) y barba)
TORAX	<i>Inferior en el medio</i> Canal torácico Vasos linfáticos	CENTRO DEL MUNDO MEDIO Corazón Pulmones	<i>Superior en el medio</i> Plexo cardiaco	<i>Sintético en el medio</i> Miembros torácicos Nervio pneumogástrico Senos
ABDOMEN	CENTRO DEL MUNDO INFERIOR Estómago Intestinos Hígado Bazo (y anexos)	<i>Medio en el inferior,</i> Aorta abdominal Riñones	<i>Superior en el inferior</i> Plexo solar	<i>Sintético en el inferior</i> Miembros abdominales Nervio pneumogástrico Genitales

Veamos ahora una tabla analógica con los tres grandes principios estudiados por Louis-Claude de Saint-Martin: Dios, el Hombre y el Universo:

	DIOS	HOMBRE	UNIVERSO
DIOS	Dios en el mismo Dios	El Hombre en Dios	El Universo en Dios
HOMBRE	Dios en el Hombre	El Hombre en sí mismo	El Universo en el Hombre
UNIVERSO	Dios en el Universo	El Hombre en el Universo	El Universo en sí mismo

Cada una de estas secciones sería objeto de un estudio particular.

Observemos solamente que el ocultismo enseña la unidad de Dios en sí mismo y su personalidad propia, fuera del universo y del hombre.

Así, seguiremos refutando la acusación de panteísmo hecha al ocultismo por los teólogos.

El ocultismo vendrá a estudiar sucesivamente el materialismo, el panteísmo y el deísmo, para realizar su propia síntesis,

determinando el término superior que puede unirlos en un aspecto único.

Hemos aplicado el método del cuadro analógico para comparar la constitución del hombre y sus tres principios a la del conjunto formado por un vehículo, el cochero y el caballo. Se nos ha objetado, no obstante, que esta comparación no sería válida para cualquier otro aparato motor, como por ejemplo una locomotora...

.....

Para responder a esta objeción y a otras del mismo tipo, nos tomaremos la libertad de ofrecer tres cuadros en apariencia inútiles: el coche de caballos, la locomotora y la bicicleta.

Los ocultistas un poco avanzados podrían aplicar estos cuadros a muy importantes analogías y de un orden completamente distinto.

Insistimos sobre la constitución de los cuadros analógicos para evitar a los estudiosos disgustos y sinsabores, dado que el descubrimiento de los términos científicos precisos obedece, por una parte, a su lugar en el cuadro, de acuerdo al cruzamiento de los términos generadores, y por otra, al ser analógicos con respecto a sus contrarios, van a requerir investigaciones profundas y personales, dejando poco espacio a la invención meramente imaginativa.

Al haber rellenado los cuadros de distintos principios, podremos pasar a un ejercicio aún más interesante, que consistirá en establecer las correspondencias entre principios diversos con todos sus análogos en los demás cuadros.

Así, podemos relacionar de la siguiente forma todos los cuadros de tres términos que hemos visto hasta aquí.

<i>Vehículo</i>	COCHERO	CABALLO	COCHE
COCHERO	El cochero mismo <i>Cabeza</i> <i>Tórax</i> <i>Ventre</i>	Unión del caballo y el cochero <i>Freno</i> <i>Rienda</i> <i>Cabeza en el caballo</i>	Unión del coche y el cochero <i>Asiento del cochero o cabeza del vehículo</i>
CABALLO	Unión del cochero y el caballo <i>Riendas</i> <i>Guías</i> <i>Brazos y manos del cochero</i>	El caballo mismo <i>Patas</i> <i>Cuerpo</i> <i>Cabeza</i>	Unión del coche y el caballo <i>Varas</i> <i>Sitio del caballo</i> <i>Cuerpo del vehículo</i>
COCHE	Unión del cochero y el coche <i>Silla</i> <i>Piernas</i> <i>Frenos</i>	Unión del caballo y el coche <i>Varas y</i> <i>Cuerpo del caballo</i>	El coche mismo <i>Chasis</i> <i>Vehículo</i> <i>Suspensión</i> <i>Ruedas</i>

<i>Locomotora</i>	CONDUCTOR	MOTOR	CABINA
CONDUCTOR	El conductor mismo	Unión del motor y el conductor <i>Instrumentos</i> <i>Dirección</i> <i>Frenos</i>	Unión de la cabina y el conductor <i>Lugar del conductor</i>
MOTOR	Unión del conductor y el motor <i>Controles del vapor</i>	El motor mismo <i>Calderas</i> <i>Pistón</i> <i>Bielas</i>	Unión de la cabina y el motor <i>Sitio del motor</i>
CABINA	Unión del conductor y la cabina <i>Tableros</i> <i>Frenos</i>	Unión del motor y la cabina <i>Bielas</i> <i>Mecanismos</i>	La cabina misma <i>Chasis</i> <i>Ruedas</i>

PRINCIPIOS	DIOS	HOMBRE	UNIVERSO
HOMBRE	MENTE	ALMA	CUERPO
CUERPO	CABEZA	TORAX	ABDOMEN

VEHICULO	COCHERO	CABALLO	COCHE
LOCOMOTORA	CONDUCTOR	MOTOR	CABINA
BICICLETA	CICLISTA	PEDALES	BICICLETA

Así, podemos determinar las claves analógicas en cuadros de dos, tres, cuatro, cinco, siete y doce términos, explicados por Agrippa en su *Filosofía oculta*. Cada uno de estos términos podría, por sí solo, dar lugar a un cuadro analógico, y todos los términos colocados en la misma casilla de distintos cuadros resultarán análogos entre sí.

De esta forma, la analogía viene a complementar la deducción y la inducción en todas las obras ocultistas. La gran dificultad en el empleo de este método es, como ya hemos mencionado antes, el peligro de confundir la analogía con la semejanza y de creer que dos cosas análogas tengan que ser forzosamente semejantes. El cerebro y el corazón, por ejemplo, son análogos en ocultismo, y están sin embargo muy lejos de ser semejantes. Aquí tocamos con la doctrina de las correspondencias, de la que ya se ha hecho referencia, al observar que son las cosas que se sitúan en una misma columna de correspondencia las que resultan análogas, y el carácter de dicha analogía será determinado por el sentido general de la columna considerada toda entera.

Así, en la *Anatomía filosófica*, de Malfatti de Montereaggio, el estómago, el corazón y el cerebro juegan el papel de embriones, respectivamente, con relación a cada uno de los tres centros: abdominal, torácico y cefálico, en los cuales están situados. De acuerdo con esta función, estos órganos resultan análogos entre

sí. Pero también podremos establecer su analogía de acuerdo a otros elementos de consideración. En efecto, desde el punto de vista de su función general, estos tres órganos cumplen respectivamente con: el estómago, recibir los alimentos provenientes del medio externo; el corazón, recibir el aire de la atmósfera y bombearlo a la sangre, y el cerebro, recibir las sensaciones y percepciones de los sentidos. Existe, pues, también analogía, si se considera la función de percibir, de captar energía en distintas variantes provenientes del mundo fuera del hombre: los alimentos, el aire y las sensaciones externas. Por este mismo principio, la analogía de dos cosas entre sí viene a determinar también analogías entre los elementos que las constituyen. Aquí apreciamos la considerable versatilidad del método, el cual, a pesar de su aparente simplicidad, es muy difícil de manejar con precisión y sagacidad.

Es, pues, la analogía el método teórico que los ocultistas reservan para sus investigaciones sobre el plano físico y el mundo de las leyes naturales.

En cuanto al mundo de los principios y las causas primordiales, nos permite obtener luces que podríamos llamar de segunda clase. Para penetrar en dicho plano, los ocultistas avanzados en la práctica poseen un método de clarividencia o visión directa sobre el mundo invisible, cultivado con esmero en la antigüedad, en las escuelas iniciáticas, utilizado más tarde por los profetas, extáticos y místicos, y conservado hasta nuestros días por adeptos de escuelas orientales en China y en las hermandades brahmánicas, así como por enviados de los planos superiores. Aquí también el ocultismo, que al principio nos pudo parecer un sencillo sistema filosófico, escapa totalmente al método general, para acudir a prácticas misteriosas, a las cuales debe su nombre, pero también muchas calumnias insidiosas formuladas por los ignorantes y sectarios. Este segundo método ha sido utilizado casi en forma exclu-

siva por los investigadores en lo tocante al estudio del alma y sus transformaciones después de la muerte, y de los distintos seres espirituales que habitan los planos invisibles del Universo. Apolonio de Tiana, Jacob Boehme, Swedenborg, son, junto con Louis Claude de Saint-Martin y su maestro Martínez de Pasqually, quizá los más conocidos entre los filósofos que han empleado este método, lo que ha hecho que algunos les clasifiquen entre los místicos.

La unión o empalme de los dos métodos, la analogía y la clarividencia, ha dado lugar al uso de números y símbolos, tal como los emplean los ocultistas. En efecto, para evitar errores a los que podría conducir el uso de la analogía fuera de contexto, la cábala ha llegado a ser un precioso instrumento de control en la numerología y su concepción simbólica. Cada número responde a una idea y a un signo o jeroglífico característicos, de manera que las leyes de las combinaciones de los números nos verifican la combinación de los símbolos y las ideas. Así, encontraremos en las obras de Pitágoras y Euclides consagradas a los números, que atañen particularmente a este tipo de aplicaciones, interesantes datos al respecto. Plutarco ha resumido algunos de ellos en su *Tratado de Isis y Osiris*. Es allí donde hemos tenido conocimiento de los números triangulares y losángicos admitidos por los ocultistas, lo mismo que los números cuadrados y cúbicos. Existen también varias operaciones aritméticas corrientes, a las cuales viene a añadir el ocultismo algunas combinaciones especiales, como por ejemplo:

1.º La suma teosófica, que consiste, dado un número cualquiera de 1 a 9, en adicionar todos los números a partir de la unidad, hasta llegar al número considerado. Así, si tomamos el número 5, para obtener su suma teosófica sumaremos $1 + 2 + 3 + 4 + 5$, o sea todos los números desde el 1 hasta el número considerado. Esto nos dará 15 como resultado. El número cuatro nos dará 10, y

estos resultados serán la suma teosófica del valor de cada número.

2.º La reducción teosófica, que consiste en reducir los números compuestos de dos o más cifras, hasta convertirlos en números dígitos de una sola cifra, mediante la sucesiva suma de todas las cifras que constituyen el número. Por ejemplo, el 25 se reducirá: $2 + 5 = 7$. El 34224 se reducirá: $3 + 4 + 2 + 2 + 4 = 15$; y luego $1 + 5 = 6$; por cuanto 34224 nos da 6 como reducción teosófica final.

Louis-Claude de Saint-Martin, en su libro sobre los números, nos conduce a relacionar el sentido de aquellos de uso más corriente, con el simbolismo propio de los ocultistas.

Así tendremos:

1. El principio positivo.
2. El principio negativo.
3. El primer término de equilibrio, como resultado de la acción recíproca de los dos principios precedentes.
4. La primera forma material.
5. Acción del principio activo (1), sobre la forma (4), cuyo producto es vida.
6. El equilibrio de las fuerzas. Las dos corrientes, evolutiva e involutiva, en la naturaleza, representadas simbólicamente por el sello de Salomón. (Dos triángulos entrelazados con sus vértices apuntando uno hacia arriba y otro hacia abajo.)
7. Acción de la fuerza equilibrante (3) sobre la forma (4). Primer término perfecto.
8. Equilibrio de las formas. Justicia.
9. Triple ternario, símbolo de los tres planos materiales.
10. Acción del principio activo (1), sobre la nada (0). Primera creación completa, imagen y modelo de todas las demás.

Nos detendremos aquí en cuanto a los ejemplos, que podrían extenderse en forma considerable. Cada número posee, en efecto, al menos tres sentidos, con diversas adaptaciones en distintos planos. Son los cabalistas quienes han investigado a fondo sobre este tema...

Capítulo III

METAFISICA

La metafísica del ocultismo

Origen de las ideas

Paso de lo subjetivo a lo objetivo

El mundo invisible y el plano astral

La magia y las facultades ocultas del ser humano

Los espíritus y las fuerzas ocultas del Universo

1. Origen de las ideas

Papel de los intermediarios

En todos los sistemas filosóficos encontraremos particulares interpretaciones sobre el mundo y su constitución, sobre el hombre y su destino, pero en ninguna parte, fuera de las obras de los adeptos a la filosofía ocultista, encontraremos estudios detallados sobre los intermediarios, los mediadores que hacen posible el paso desde el plano de concepción espiritual al plano material de la creación.

El término plano de existencia, o *plano* sin más, se refiere a un estado y no a un entorno; es por esto que cuando un hombre duerme y en su sueño tiene una visión profética de futuros acontecimientos, la percibe como un ambiente donde sitúa su cuerpo y sus órganos, en el plano físico, y a la vez como una sensación o estado, en el plano astral, donde su alma se impregna en la energía que el místico sabio Bourcart llamaba el «fluido formativo». El plano astral requiere así un estudio particular, por el importante papel que desempeña dentro de la filosofía ocultista.

Si la psicología nos ofreció, al tocar el problema de la unión entre el alma y el cuerpo, la ocasión de precisar las peculiares teorías del ocultismo al respecto, la metafísica nos permitirá entrever aplicaciones concretas de la filosofía oculta a la solución del problema metafísico más importante, como es el paso del ser a

la realidad, o de lo subjetivo a lo objetivo. Al afirmar que esta solución radica en la existencia de un intermediario de doble polaridad, los ocultistas han sido impugnados de salirse de la dificultad en vez de resolverla. Sin embargo, el cuerpo astral es una realidad orgánica y no, como se pretende, una simple concepción filosófica, y es precisamente el plano astral o plano intermediario entre el ser y la realidad física el que da la pauta al ocultista para intentar la solución del problema.

Para hacernos una primera idea sobre el funcionamiento del plano astral, nos remitiremos a una de nuestras aplicaciones científicas de la actualidad, la fotografía, de la cual podemos extraer algunos ejemplos pertinentes. Teóricamente, el paso desde el objeto que se fotografía hasta la prueba o imagen fotográfica de este objeto debería hacerse directamente, sin intermediarios. Un filósofo de la escuela clásica seguramente diría que este intermediario es un invento inútil, y podría citar el ejemplo del pintor o el dibujante que reproducen directamente el objeto sobre tela o papel, sin necesidad de intermediarios. Sin embargo, lo que primero obtiene la técnica de la fotografía es el cliché negativo, donde todo lo impreso aparece a la inversa de la naturaleza física, y es sólo haciéndolo pasar por la exposición a la luz misma que puede producir la inversión del primer resultado, llegando a la prueba positiva, semejante al modelo.

El cliché, que teóricamente podría parecer inútil, juega por el contrario un papel muy importante, en tanto que permite reproducir una serie indefinida de imágenes positivas. En forma similar, el plano astral es para el ocultista el plano de los «clichés» negativos, es decir, de los moldes a partir de los cuales todos los objetos físicos no son más que pruebas, cada una de ellas con un tiraje mayor o menor de ejemplares, realizado por agentes espirituales específicos. El paso de lo subjetivo a lo objetivo se encuentra así justificado.

La doctrina de los intermediarios es, pues, muy importante en ocultismo, y volvemos a encontrarla al tocar el tema del origen de las ideas. El pensamiento es considerado, en la tradición oculta, como una de las fuerzas más poderosas y efectivas en acción sobre el universo. Las ideas son agentes activos de felicidad o desgracia según el carácter de su centro de emisión y según la intensidad de esta emisión. La cuestión de su origen primordial, abordada por toda metafísica, ha sido analizada por L. C. de Saint-Martin, el gran filósofo ocultista, quien nos muestra cómo el germen mismo de las ideas existe en nosotros como algo innato, al igual que la encina existe en forma germinal en cada semilla. La sensación vendrá a potenciar y hacer fructificar algunas de estas ideas en germen, a la manera que el calor y el agua desarrollan el de la encina. A la teoría materialista de las ideas que se derivan exclusivamente de las sensaciones, el ocultismo enfrenta su demostración sobre el punto común de enlace, subrayando el carácter y la forma en que se desarrollan las ideas-germen y su papel de intermediarias entre los distintos planos.

Es muy difícil situar al ocultismo dentro de un sistema metafísico cualquiera, puesto que el ocultismo intenta precisamente cumplir una función de conciliador universal entre todos los sistemas. Así, nos enseña que el dualismo y el materialismo son verdaderos si se restringe su aplicación al plano físico, pero que caeremos en el error al querer extender esta aplicación a otros planos. El panteísmo, por su parte, aparece como el sistema que explica mejor la vida y sus leyes en el plano astral, en tanto que el espiritualismo puro, al acercarse mucho al misticismo, puede por sí solo llegar a explicar las leyes del plan divino en la creación. Sin embargo, el ocultista se abstendrá de contemplar estos planos por separado, o adherirse únicamente a cualquiera de los anteriores sistemas, y buscará la conciliación de los tres, tesis, antítesis y síntesis, en una estrecha y universal unión que él denomina «Matesis».

Al idealizar el materialismo y materializar el misticismo, el ocultista no apunta en forma alguna hacia el sistema panteísta, y si fuera preciso clasificarlo, nos inclinaríamos por crear una nueva casilla y catalogar al ocultismo como un idealismo sincrético o integral.

En la antigüedad, toda ciencia, incluso la de los números, tenía una parte física y otra metafísica. Más tarde, la parte física por sí sola ha sido objeto de investigaciones profundas por parte de la escuela clásica, lo cual ha llevado hacia las maravillosas conquistas de la ciencia experimental y el desdén progresivo hacia las especulaciones metafísicas. Sucesivamente, fue el ocultismo el que se ha hecho cargo y ha conservado el estudio del aspecto metafísico de cada ciencia, a pesar de que hoy algunos de sus adeptos pretendan que la alquimia explique por sí sola la metafísica de la química, al igual que la astrología lo hiciese con la astronomía, y la magia sea una clave para el estudio de las causas reales de aquellas fuerzas donde la física logra constatar sus efectos materiales. Cualquier ocultista iniciado miraría como un vulgar profano a quien afirmara que la alquimia, la astrología y la magia se limitan a ser una forma primitiva de la química, la astronomía o la física actuales.

Como el marco de nuestra exposición no nos permite extendernos más sobre la metafísica de cada ciencia, nos veremos obligados a escoger entre unas cuantas aplicaciones. En historia natural, el ocultismo aporta teorías de gran interés sobre la evolución y organización de las especies e individuos. Así, para el ocultista, es el cuerpo astral el encargado de moldear el cuerpo físico en el útero materno (en el caso de especies superiores), o dentro del huevo, según cada caso. La evolución desde un biotipo hacia otro inmediatamente superior se produce sólo en el plano astral. El modelo del cuerpo de un perro llegaría a ser, por ejemplo, tras múltiples experiencias en una encarnación terrestre (o física en un

planeta diferente a la Tierra), el molde o cuerpo astral de un futuro cuerpo de mono. He aquí la razón por la cual los experimentadores no logran constatar en el plano físico el paso de una especie a otra, mientras que dicho paso se le hace evidente al anatomista, o al estudioso observador del embrión. Es la corriente descendente o involutiva la que regula la espiral de la evolución en todos los planos del universo.¹

Además de los fluidos creadores del arquetipo y conservadores del molde astral, existen agentes particulares que tienen acción sobre dichos fluidos. Comparando de nuevo con la fotografía, los dedos del operador, las células que permiten el movimiento y la vida de estos dedos, equivalen a los agentes mencionados.

Al establecer analogías entre el plano astral y la fotografía resulta curiosa la relación por la cual algunas sustancias químicas obran de igual forma sobre la imagen fotográfica y sobre la imagen cerebral, como son el bromuro de potasio, la morfina (en la placa Mercier), los álcalis, etc. Aquí se encuentra una vía completamente novedosa para la medicina experimental.

Al dar por sentado que todo lo visible es la manifestación y la realización de una idea invisible, el ocultismo enseña cómo existe una jerarquía de seres psíquicos en la naturaleza, similar a la existente en el hombre, a partir de la célula ósea, hasta llegar a la célula nerviosa y pasando por la hemática, una verdadera jerarquía de los elementos representados.

Los seres psíquicos que habitan la región en la cual obran las fuerzas físico-químicas han recibido el nombre de *elementales*, o espíritus de los elementos. Son éstos análogos a los glóbulos sanguíneos y sobre todo a los leucocitos del ser humano. Son los ele-

¹ En *La ciencia de los magos* y en *Magia e hipnosis* encontraremos importantes avances en lo relativo al plano astral y a su estudio en la antigüedad.

mentales quienes mueven y operan en las capas inferiores del plano astral, estando por tanto en inmediata relación con el plano físico. El tema de los elementales, obedientes a la buena o mala voluntad de quien les dirige, irresponsables de sus actos a pesar de ser inteligentes, ha suscitado curiosas polémicas en estos últimos tiempos. Las referencias a los autores de la antigüedad que damos aquí van destinadas a probar que el ocultismo ha reconocido y enseñado desde hace largo tiempo la existencia de las entidades astrales.²

Por lo demás, conviene recordar que, en nuestro plano físico, un animal de notable inteligencia, el perro, juega un papel parecido. El perro de un bandido atacará a un hombre honesto al impulso de su dueño al igual que el de un arrendatario se lanzará sobre el ladrón que intentara entrar en la propiedad arrendada. En ambos casos, el animal ignora si su dueño es un hombre honesto o un bandido y se limita a obedecer a su voz, siendo el amo único responsable. Igual es el papel que juegan los elementos del plano astral.³

El dominio sobre los elementarios podría compararse a la acción de la disciplina militar. Un comandante reúne a su alrededor, mediante la influencia del temor o la abnegación, seres conscientes y responsables, que han querido poner su voluntad al ser-

² Es bien seguro que surgirán muchos adversarios si afirmo que existen criaturas en los cuatro elementos que no son propiamente de los animales ni de los hombres, aunque de ellos tomen la figura, y que piensan, sin poseer un alma racional. Paracelso y Porfirio se refieren claramente a ellas.

¿Podría decirse que estas extraordinarias criaturas son de naturaleza espiritual, pero no de una espiritualidad que excluya totalmente lo material, sino más bien de aquella que sólo tiene como fundamento sustancial una materia sutilísima y casi imperceptible, como el aire? (*Grimorio del siglo XVI.—Petit Albert*, pp. 99 y 123.)

³ Estas criaturas habitan en un lugar cercano a la tierra, o mejor, viven en su interior. Carecerían de maldad si no tuvieran la audacia de irritarse, pero tienen un humor violento e insólito, lo cual hace que con frecuencia maquinen y tiendan calumnias y mentiras de lo más violento y ladino; y de ordinario, cuando salen lo hacen en forma velada, y como tal se dedican a la burla y la violencia, sobre todo en aquellos lugares donde reinan la discordia y la injusticia. (PORFIRIO, siglo III.)

vicio de su jefe, o se han visto obligados a hacerlo. En el segundo caso la acción será sin duda más difícil que en el caso del animal.

Ocurre lo mismo en el astral, puesto que los elementarios no obedecen sino por temor o abnegación, aunque son libres de resistir a la voluntad del nigromante.

Los elementales circulan prácticamente en forma continua por los fluidos del astral. Además de éstos, existen otras entidades, conocidas por todos los videntes. Son éstas inteligencias rectoras, formadas por espíritus humanos que han logrado una considerable evolución. Estos seres, análogos a las células nerviosas de los centros simpáticos en el hombre, han recibido nombres muy diversos desde la remota antigüedad. Aquí nos bastará con indicar su existencia. También encontramos, tomando la enseñanza de la cábala, entidades dotadas de conciencia que habitan el plano astral. Son espíritus de los hombres que han muerto recientemente, y por tanto el alma no ha ascendido aún hasta su total evolución. Estas entidades se adaptan a lo que el espiritismo denomina «espíritus», y a lo que el ocultismo llama «elementarios».⁴

Los elementarios vienen a ser entonces entidades humanas desencarnadas, mientras que los elementales no han pasado aún por el estadio humano. Es muy importante precisar esta distinción.⁵

La teoría de las «imágenes astrales» es una de las más singulares entre las propugnadas por el ocultismo para explicar los más extraños fenómenos. Trataremos de resumirla lo mejor posible.

El ejemplo del artista escultor y la estatua nos deja compren-

⁴ Cuando se tienen razones de peso para creer que son los espíritus de los muertos quienes guardan los tesoros, es lógico que encontremos los cirios votivos en lugar de las candelas comunes. (*Grimorio del siglo XVI.*—*Petit Albert.*)

⁵ La reintegración será universal; renovará la naturaleza y acabará por purificar el principio mismo del mal. En todo caso, para que se cumpla, los seres inferiores necesitan ser asistidos por estos espíritus que habitan la región intermedia entre el cielo y la tierra. Es, pues, preciso entrar en contacto con ellos de forma gradual hasta acceder a los más poderosos. (MARTÍNEZ DE PASQUALLY, siglo XVIII.)

der cómo una de las funciones del plano astral es conservar los tipos o moldes de las formas físicas y reproducirlas al igual que el molde reproduce y conserva las de la estatua. Esta propiedad se basa en el hecho de que el plano astral puede ser considerado como un espejo del mundo divino, que reproduce en negativo las ideas primordiales, origen de las formas físicas en el futuro.

El ocultismo enseña que, al igual que todo objeto o ser material proyecta una sombra sobre el plano físico, en la misma forma todo proyecta un reflejo sobre el plano astral. Cuando una cosa o un ser desaparecen, su reflejo en astral persiste y reproduce la imagen de dicho ser u objeto, igual a la que presentaban en el preciso momento de su desaparición. Cada hombre deja entonces «en astral» un reflejo, una imagen característica. Al morir, el ser humano sufre un cambio de estado que viene a romper la cohesión por la cual se mantenían unidos principios de tendencias y formas muy distintas. El cuerpo físico o envoltura carnal retorna a la tierra, al mundo físico de donde ha salido.

El cuerpo astral y el ser psíquico, iluminados por la memoria, la inteligencia y la voluntad de muchos recuerdos y acciones terrestres, seguirán operando en el plano astral, donde, en las regiones más elevadas, llegarán a constituir un elementario o «espíritu».

Todas las aspiraciones nobles del ser humano liberadas de la memoria de las cosas terrestres, al igual que el sonámbulo se libera de sus recuerdos de vigilia, en una palabra, los ideales que un ser humano llega a crearse durante su vida, se convierten en una entidad dinámica que no tiene nada que ver con el ego actual del individuo, y en esta forma acceden al mundo divino. Este ideal, más o menos elevado, se constituirá en la fuente de futuras existencias, determinando sus características.

Al entrar en contacto con estas «imágenes astrales» es cuando el vidente puede volver a encontrar la historia de pérdidas civiliza-

ciones o de seres ya desaparecidos. Un descubrimiento reciente, la psicometría, ha logrado demostrar cómo estas afirmaciones del ocultismo que pudieran tomarse por pura metafísica corresponden a realidades absolutas.

Vamos a suponer que el reflejo de su imagen persiste en el espejo, luego de su partida, con el color, la expresión y todas las apariencias de realidad, y tendremos una idea aproximada de lo que se puede conocer como «imagen astral de un ser humano».

Los antiguos conocieron perfectamente estos hechos, y llamaron sombra a la imagen astral que evoluciona en las regiones más inferiores del plano astral, y ego a la entidad personal que lo hace en las regiones superiores. En fin, llamaron espíritu propiamente dicho al ideal superior del ser. Los incrédulos y aquellos que piensan que el ocultismo es un invento moderno harían bien en escuchar a Ovidio.⁶

Para el contacto o evocación de un difunto es preciso, pues, tener bien en cuenta si éste se produce con su «imagen astral» o con su verdadero yo. En el primer caso, el ser que evocamos se conducirá como un reflejo proyectado sobre un espejo: podremos verle, incluso podrá hacer algunos gestos, y hasta fotografiarle, pero él no hablará. Tal es el caso del fantasma de Banco en *Macbeth*, visible únicamente por el rey sin que profiera ninguna palabra. (Shakespeare estaba muy al corriente de las enseñanzas del ocultismo.)

En el segundo caso el ser evocado hablará, y varios podrán verle al mismo tiempo. Es el caso del fantasma ideado por el mismo autor para *Hamlet*.

Los fenómenos espiritistas conocidos como «materializacio-

⁶ En el hombre hay que considerar cuatro cosas: el alma, la carne, el espíritu y la sombra; estas cuatro cosas serán colocadas cada una en su lugar; la tierra cubre la carne, la sombra deambula alrededor de la tumba, el alma va a los infiernos y el espíritu se eleva al cielo. (OVIDIO.)

nes» se han presentado en todos los tiempos. Agrippa, en el siglo XVI, formula una teoría completa acerca del ocultismo en su *Filosofía oculta*. Sin embargo, si el siglo XVI pareciera muy cercano, el lector puede consultar con provecho todos los detalles de una evocación de acuerdo al ocultismo en Homero (*Odisea*, Canto XI), donde la imagen astral se denomina εἶδωλον⁷.

En resumen, el plano astral, intermediario entre el plano físico y el mundo divino, encierra:

1.º Las entidades rectoras, que presiden todo aquello que evoluciona en astral. Estas entidades psíquicas están constituidas por los hombres superiores de humanidades anteriores, evolucionados por propia iniciativa (espíritus rectores de la cábala), o bien por seres pertenecientes al plano divino (ángeles y receptores de luz).

2.º Los fluidos especiales, formados de una sustancia análoga a la electricidad, pero dotados de propiedades psíquicas: la luz astral.

3.º En dichos fluidos existen seres diversos susceptibles de obrar bajo la influencia de la voluntad humana: los elementales.

4.º Además de los principios característicos del plano astral, encontramos formas que van a manifestarse en el futuro en el plano físico, las cuales son un reflejo en negativo de las ideas primordiales del mundo divino.

⁷ Veamos, a título de curiosidad, la descripción de una conversación mediante *raps* (choques o golpes secos):

«Ocurrió algunos días después de que Antonieta percibiera algo alrededor de ella que producía ruido, como golpes cortos bajo sus pies, como la punta de un bastón que rebotara sobre un suelo de baldosas o escalones. Propiamente, este ruido parecía provenir de dentro de la tierra; pero el sonido que se producía se estuvo oyendo durante casi cuatro días en la tierra, siempre bajo los pies de la jovencita. Yo lo he oído muchas veces y respondía a mis preguntas dando tantos golpes como se le pedía.» (ADRIEN DE MONTALEMBERT, 1528.)

Sigue una conversación entre el alma de la muerta y las monjas, obtenida completamente por medio de *raps*.

5.º Las «imágenes astrales» de los seres y objetos, como reflejos en negativo del plano físico y base de las «auras astrales».

6.º Los fluidos que emanar de la voluntad humana o del mundo divino y operan en el astral.

7.º Los cuerpos astrales de los seres sobrecargados de materialidad (suicidas), de los seres en vía de evolución (elementarios), y las entidades humanas que viajan en el astral, bien sea para reencarnarse (nacimiento), bien para desencarnarse (muerte). Se pueden encontrar así mismo los cuerpos astrales de los adeptos y brujos en período de experimentación.

8.º Las ideas generadas por individuos o colectividades, y que son puestas en movimiento o no por los elementales, constituyen los clichés astrales individuales o colectivos.

9.º Los egregores, o imágenes astrales con forma específica, mantenidas por las aspiraciones de las colectividades, que son una extensión de la clase anterior.

2. Las auras del ser humano

Plasmación de las ideas en lo invisible

Una serie de curiosas experiencias emprendidas en un comienzo por un sabio norteamericano, de nombre Buchanan, han demostrado que un objeto puede contarnos en parte los hechos a los cuales ha asistido. La ciencia que deriva de esta práctica se llama *psicometría*, lo que significa medir o describir por medio del alma, puesto que su técnica implica colocar el objeto de estudio bajo observación de un ser humano entrenado para esta tarea. El alma ve entonces directamente una serie de imágenes que reproducen los hechos más importantes en los que dicho objeto ha participado.

Veamos un ejemplo para comprenderlo mejor. Un día, en una reunión a la que asistían varios sabios y literatos, he invitado a uno de nuestros amigos, quien ha desarrollado en sí mismo esta facultad de la psicometría, M. Planeg⁸. Uno de los asistentes le dio a examinar un viejo reloj que llevaba consigo. Mi amigo vio: primero, un patio de estilo, donde había gentes de la nobleza y también desafíos de honor; segundo, una escena de la Revolución francesa en la cual una anciana subía al patíbulo para ser guillotizada; tercero, la escena de una operación quirúrgica en un hospital moderno.

La persona que había dado su reloj para el experimento estaba muy sorprendida. Tal reloj había pertenecido a un antepasado suyo, muerto en un duelo bajo Luis XV; luego a una abuela, durante la Revolución, y por último, después de estar un tiempo guardado, él mismo lo había llevado el día de una operación hecha a su esposa.

He citado un hecho personal en psicometría. Como éste, encontramos centenares en los libros especializados. Lo que puede concluirse de tales fenómenos es que cada objeto puede llevar su historia, escrita en forma invisible alrededor de sí.

Lo mismo ocurre con el ser humano. Cada uno de nosotros lleva alrededor una radiación invisible a la mirada corriente, siendo sin embargo perceptible para una persona entrenada. En esta radiación están inscritos, bajo la forma de imagen, los resultados más importantes de nuestros pensamientos y acciones. Según la tradición, esta radiación es denominada *aura*, y hay un aura para cada principio. Tenemos entonces una que corresponde al cuerpo físico propiamente dicho, una del cuerpo astral y, en fin, una radiación o aura del espíritu. Esta última ha sido reconocida por las tradiciones religiosas en las representaciones de

⁸ Seudónimo de Georges Descorniers.

aureolas en la cabeza de los santos y las divinidades para simbolizar el aura espiritual.

Gracias a esta radiación de los principios del ser humano se explican muchos fenómenos, extraños en apariencia, como las repentinas simpatías o antipatías al sobrevenir el primer encuentro con otro, como también las intuiciones y premoniciones atribuidas al inconsciente, etc.

El ocultista entrenado, o sea, aquel que ha desarrollado sus facultades de percepción de lo invisible, puede percibir a primera vista el valor real de un ser humano, no por sus hábitos o su aspecto exterior, sino por la observación de su radiación invisible.

El hombre que se cree bueno, o poderoso, o superior a los demás, aquel que juzga y critica sin cesar a otros, aquel que cree evitar el sufrimiento aislándose, en lugar de compartir el de sus semejantes, todos ellos emanan hacia su atmósfera invisible imágenes desagradables que el vidente, y aun el sonámbulo, podrán distinguir perfectamente.

Por el contrario, las buenas acciones, la certeza de que no se es mejor que los demás, y que las circunstancias podrían llevarnos a cometer los males de que se acusa a otros, las humillaciones libremente consentidas y soportadas sin debilidad, el ejercicio de la verdadera caridad, no sólo física sino también moral, todo ello irradia la atmósfera invisible de bellas imágenes y luminosas representaciones que agradan, llamadas «clichés» en los círculos iniciáticos.

Los objetos, los individuos, las naciones y los astros poseen sus respectivos clichés, buenos o malos, y es a su estudio que se dedicaban las antiguas escuelas de profetas.

La existencia de estas emanaciones invisibles en el ser humano nos lleva a la necesidad de resumir la magia o el ejercicio de las facultades ocultas del hombre. Este resumen es imprescindible,

para evitar las suposiciones y errores a que suele llevar este concepto de «Magia».

Al igual que el ocultismo, la magia exige de sus alumnos aptitudes morales, al lado de los conocimientos intelectuales; obliga también a sus discípulos a un entrenamiento riguroso, basado en el régimen alimenticio y la respiración, destinado a asegurar el control de la voluntad sobre el organismo en todos sus planos. Es sólo al pasar este entrenamiento preliminar cuando el ocultista toma conciencia de las fuerzas latentes encerradas en la naturaleza y en el hombre, y hasta el momento no descubiertas por la ciencia ordinaria, aunque ésta se acerque cada día más hasta que pueda comprender todo el contenido de verdad y error que tiene este concepto de magia. Pero antes de abordar las distintas magias: humana, natural, infernal, divina, nos ocuparemos de este entrenamiento y de sus resultados.

El producto más elevado generado por el organismo humano en su actividad puramente maquinal es la fuerza nerviosa, y toda la actividad del principiante se consagra a obtener dicha fuerza nerviosa, lo más pura y delicada posible en forma que pueda concentrarse, sea en estado depurado o activo, para enviarla a un punto determinado del organismo, del cerebro, o incluso al exterior, ya que esta fuerza puede proyectarse a distancia. Así, la producción de la fuerza nerviosa va ligada directamente al régimen alimenticio y su depuración a la pureza misma de dicho régimen, apoyada por ejercicios controlados de respiración.

El régimen más propicio para obrar eficazmente sobre la fuerza nerviosa es aquel en el cual entra un mínimo de sustancias animales, y en este aspecto el régimen pitagórico es el más favorable. Pero dicho régimen, al igual que el ayuno de muchas religiones modernas, no se practicaba sino durante un cierto tiempo: cuarenta días como máximo, en todo su rigor. En seguida, el estudioso volvía a un régimen mixto atenuado o permanecía como

vegetariano total, de acuerdo a su temperamento, o a sus gustos, o también a las costumbres de su comarca.

Lo principal era evitar la entrada en el organismo de lo que Descartes llamó «los espíritus animales». Por otra parte, los animales se destinaban como alimento de los sacerdotes y eran sacrificados de acuerdo a un rito especial y no asesinados como en nuestros días. Los excitantes estaban totalmente prohibidos, y sólo el incienso, la mirra y algunas plantas que actúan directamente sobre el espíritu podían utilizarse.

Los ejercicios respiratorios tenían como fin aumentar o disminuir a voluntad la cantidad de ácido carbónico en la sangre y se hacían retardando o activando la respiración. Muchas sectas budistas y algunas fraternidades del Islam practican aún los ejercicios respiratorios. Por medio de este entrenamiento, el estudioso entra en contacto más cercano con la naturaleza invisible, el mundo de los sueños se abre ante él, la visión directa y la intuición se desarrollan progresivamente y se afirman los primeros pasos en el camino de los misterios.

Abordemos ahora las diversas magias.

La *magia humana*, o del microcosmos, encierra todas las acciones directas de los seres humanos unos sobre otros y sobre todo la acción del hombre entrenado sobre el hombre no entrenado. Su clave es la utilización del cuerpo astral, y su dirección consciente, que la diferencia inmediatamente de la mediumnidad.

Es aquí donde el entrenamiento progresivo por el régimen alimenticio y la respiración juega un papel primordial. La técnica a seguir consiste en obtener la salida consciente y progresiva del «doble astral» fuera del cuerpo físico. Este desdoblamiento o exteriorización, como dirían los experimentadores modernos, constituye uno de los fenómenos más interesantes de cara al común de las gentes, siendo sin embargo de los menos difundidos, ya que por su naturaleza es una de las verdaderas prácticas de alta cien-

cia. Sólo los principiantes y los ignorantes pueden creer que el desdoblamiento es algo parecido a una práctica de gimnasia psíquica. Este fenómeno, conocido desde la antigüedad, comienza a ser evidente a los experimentadores contemporáneos, aunque muy vinculado aún a hechos como la telepatía, la mediumidad espiritista y la hipnosis profunda. Todos estos hechos se aúnan a la salida no consciente, sino inconsciente, del cuerpo astral, siendo esta última mucho más fácil que la primera.

En este género de experiencias, el sujeto es adormecido por un asistente o bajo cualquier otra influencia, siendo capaz de producir a distancia desplazamientos de objetos sin tocarlos y en buenas condiciones de control. El ocultismo afirma que este fenómeno no se produce por intervención de espíritus, como pretenden la mayor parte de los espiritistas, sino por una acción a distancia del cuerpo astral del médium. Experiencias controladas llevadas a cabo por M. de Rochas y otros en Francia e Inglaterra han venido a confirmar totalmente las afirmaciones tradicionales del ocultismo, demostrando que existe una estrecha relación entre los movimientos de los músculos del médium y las acciones producidas a distancia, sin que sea posible el fraude.

Otro tipo de fenómenos producidos por la salida del cuerpo astral son los relacionados con la visión a distancia, obtenida en forma consciente por San Antonio de Padua, por Swedenborg y, más atrás aún, por Apolonio de Tiana, y también en forma inconsciente por varios sujetos guiados por los magnetizadores de comienzos del siglo XIX. Mediante el procedimiento de la visión directa se pueden controlar las afirmaciones de las distintas revelaciones religiosas sobre el estado y las transformaciones del espíritu después de la muerte física. En este caso, los ocultistas aportan elementos demostrativos distintos a los razonamientos filosóficos. Nos será de utilidad detenernos un poco en este tema.

Nos falta hablar de la *magia invertida*, *magia negra* o *hechice-*

ría. Stanislas de Guaita ha dado una definición bien precisa: la puesta en marcha, por el mal, de las fuerzas ocultas de la naturaleza. Mientras que el mago aúna todos sus esfuerzos para la evolución de las fuerzas naturales, el hechicero emplea todas sus fuerzas en paralizar la libre expansión de las fuerzas evolutivas en beneficio de las fuerzas de la muerte y de la involución. En la mayor parte de los casos, aquel que se cree dotado de un poder maléfico es un pobre ignorante que no posee sino un secreto elemental de magnetismo, y por lo general utiliza este secreto lo mejor posible para aterrorizar a sus vecinos y llenarse de dinero. Una distinción característica de las escuelas ocultistas de iniciación es la prohibición absoluta de pedir o recibir regalos ni dinero para sus necesidades personales en recompensa por servicios en los que haya empleado medios mágicos. Es así que los talismanes, que son normalmente simples canalizadores de fuerzas magnéticas, deben ser fabricados personalmente por aquel que los vaya a utilizar, y jamás serán comprados ni vendidos, bajo pena de expulsión inexorable de las escuelas serias de ocultismo.

El hechicero que entra en franca lucha con las fuerzas divinas del plano invisible es, en la mayoría de los casos, un maniaco poseído por el orgullo o un alienado. Nos engañaríamos si pensáramos que las luces proyectadas principalmente por la ciencia del siglo XIX han hecho desaparecer esta suerte de lucha contra Dios. Una de las obras de Stanislas de Guaita nos brinda una reseña de documentos auténticos sobre el abate B..., quien luego de colgar los hábitos se decía discípulo de Vintras y estableció en Lyon la sede de sus operaciones. Una encuesta realizada sobre la vida anterior de este supuestamente terrible brujo reveló que sobre él habían pesado muchas condenas, tanto eclesiásticas como civiles, que no dejaban ninguna duda sobre el estado mental de este pretendido agente del infierno.

El hechizo o acción a distancia por medio de un objeto que

tenga correspondencias magnéticas con el hechizado, objeto denominado *Volt* (fetiche), ha sido estrechamente relacionado con la hipnosis profunda y la exteriorización de la sensibilidad por M. de Rochas, en una serie de curiosas experiencias. Una de las más características consiste en colocar un trozo de cera previamente sensibilizada lejos del sujeto, y al pinchar la cera con una aguja, el sujeto siente en carne propia el pinchazo, como si se le hubiera aplicado directamente. Una prueba fotográfica tomada en el estado de exteriorización del sujeto presenta relaciones análogas aun a distancia y sin contacto. Estas experiencias y otras del mismo género han sido verificadas por el doctor Luys, y yo mismo lo he visto en el hospital de la Caridad; pero son demasiado escasas para constituir otra cosa que indicaciones de las cuales el futuro se encargará de precisar su verdadero significado.

Los pactos que el brujo firma con su sangre y remite al diablo entran en la categoría de los conjuros, con todas sus consecuencias cerebrales. Así mismo ocurre con la misa negra y otras prácticas de idéntico género, que se vinculan a la goecia, como especialidad de la magia negra.

La magia de las campanas, con sus sencillas fórmulas, no es propiamente hechicería, sino más bien magnetismo místico fundamentado en las antiguas tradiciones cristianas. Así, la fórmula para impedir los daños del fuego: *Fuego de Dios, pierde tu calor, como Judas perdió su color cuando traicionó a Nuestro Señor en el monte de los Olivos*, es un encanto dentro de su naturalidad, como casi todas las fórmulas usadas por la gente del campo, y nada tiene que ver con la goecia. Por el contrario, recitar el Padre Nuestro al revés, para invertir su efecto, es una fórmula de hechicería.

La *teúrgia* sólo obra por medio de la oración y el sacrificio. Es todo lo contrario de la magia, y no hablaremos aquí de ella puesto que ciertos autores la han entendido como la magia divina. El

teúrgo, en efecto, no puede poseer los poderes que acreditan su cualidad sino a través de dones adquiridos, sea por la reencarnación voluntaria o por cualquier otra causa del mismo género. Ante su voz, y sobre todo por el poder de su oración, la enfermedad e incluso la muerte misma se detienen y retroceden, las mentes humanas se modifican y los mismos clichés astrales pueden ser cambiados o alejados. Estos clichés son los que ven formarse los profetas en el plano astral, y toda profecía puede ser destruida por la acción de un teúrgo. Tales poderes nunca se otorgan al orgullo o a la ambición, y para evitar cualquier extravío la ley establece que el teúrgo no tenga ningún poder, por sus instrumentos místicos, sobre los suyos ni sobre él mismo. Así, mientras que el plano psíquico le obedece, sus hijos, en caso de que contraiga matrimonio para afrontar integralmente todas las cargas sociales, o sus seres más próximos en otro caso, siguen siendo rehenes del destino. Conozco personalmente en Francia a un ser humano dotado de tales poderes. He visto, junto con otros colegas médicos, desaparecer el «mal de Pott» en breves minutos, y enderezar huesos como las tibias, esto por citar algunos casos médicos. Las curaciones son aún más fulminantes cuando los padres (al tratarse de niños), o los solicitantes han sufrido bastante, siendo enriquecidos por este sufrimiento, o han prodigado el bien en forma anónima alrededor de ellos. A menudo se prohíbe al teúrgo curar por su mediación a los hijos de millonarios egoístas, en tanto que una pobre vendedora callejera verá a su pequeño salvado instantáneamente de la muerte. El tiempo y la distancia carecen de importancia para la obra del teúrgo y éste puede operar y ver con la misma eficacia de Lyon a París que de una calle a otra vecina. Está vedado nombrar directamente a aquellos que gozan de tales poderes y el silencio es lo que ellos buscan por encima de todo. Por consiguiente, se me comprenderá si me acojo a esta regla, ya que lo importante aquí ha sido diferenciar la

teúrgia de la magia. Para terminar, digamos que la teúrgia ha arrojado brillantes luces sobre el cristianismo, y que el culto de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen es inherente a estas prácticas de alta teúrgia, a pesar de que ellas han sido muy ignoradas y combatidas por la Iglesia, que ha confundido teúrgos y hechiceros bajo la misma miedosa superstición.

Resumamos entonces lo que hemos venido analizando, con algunas referencias históricas.

La ciencia oculta, enseñada en los antiguos templos, se dividía en cuatro secciones:

El estudio y dominio de los seres y fuerzas elementales, o alquimia.

El estudio y dominio de las fuerzas astrales, o magia.

El estudio y dominio de las fuerzas ocultas del ser humano, o psicurgia.

Finalmente, el estudio de las fuerzas divinas y sus relaciones con la teúrgia.

Cada una de estas secciones incluía subdivisiones especializadas.

En nuestros días, algunas mínimas porciones de estas enseñanzas prácticas han sido retomadas y son accionadas por profanos bajo los nombres de magnetismo, hipnotismo, espiritismo, telepsiquia, telepatía, psicometría y hechicería. Vamos a ver ahora las relaciones de estas disciplinas, todas ellas modernas, con las enseñanzas del ocultismo.

El hombre, mediante un entrenamiento especial sobre su respiración, puede acumular en él el dinamismo nervioso.

Por la oración, será capaz de espiritualizar esta fuerza acumu-

lada; por el verbo, podrá concretarla, y por acción de su voluntad, dirigirla fuera de él mismo.⁹

La tensión nerviosa resultante de esta serie de entrenamientos va a producir un estado especial, durante el cual una parte del cuerpo astral se exterioriza y puede obrar a distancia.

Esta acción se vuelve entonces consciente y se asimila al faquirismo de los hindúes o a la magia de los antiguos.

Sin embargo, en la mayor parte de los casos actuales esta acción es semiconsciente (experimento de Horacio Pelletier), o totalmente inconsciente (experimentos con médiums), y bajo esta influencia los objetos pueden ser movidos a distancia y sin contacto.

Tales fenómenos son análogos a los del imán, que obra a distancia y sin contacto, y a veces a través de cuerpos materiales densos, sobre objetos metálicos; pero aquí el imán es reemplazado por un ser humano y el cuerpo astral puede llegar a modificar un campo magnético.

Los modernos fenómenos de magnetismo se producen por acción del cuerpo astral (fluido) de un ser humano sobre el cuerpo astral de otro.

Este poder de acción se describió ya en el siglo XVI por Agripa, en su capítulo sobre la brujería.¹⁰

⁹ El alma purificada por la oración cae sobre los cuerpos a la manera del rayo, disipando las tinieblas que los envuelven y penetrándolos en su intimidad. (PARACELSO, siglo XVI.)

¹⁰ La hechicería obra por medio de lazos o encantamientos, que se originan en la mente del hechicero y entran por los ojos de aquel que es víctima del hechizo hasta su corazón. El sortilegio es un instrumento de la mente.

Como una especie de vapor puro, sutil y reluciente, sale de la sangre misma, engendrado por el calor del corazón, y viaja continuamente a través de la mirada y sus rayos, que son semejantes a ella, llevando consigo dicho fluido. A su vez, este vapor sirve de vehículo a la sangre, como ocurre con los ojos irritados o enrojecidos.

Así, el ojo dilatado o muy abierto, deja caer sus rayos sobre alguno con mucha fuerza de imaginación, y el extremo de estos rayos será como un carro para la mente de quien los envía. Su fuerza hará bajar la mirada al hechizado y, al ser activada por el corazón del que los produce, penetra hasta el interior de la víctima adueñándose de ella como de un territorio que le perteneciera, y así esta mente extraña hiere su corazón y el hechizo se apodera de éste. (AGRIPPA, siglo XVI.)

Es a esta posibilidad de exteriorización del cuerpo astral a la que se refieren las ideas de los antiguos sobre los hechizos y la acción a distancia, confirmadas recientemente por los experimentos de sugestión hipnótica, telepsiquia, y por los últimos trabajos de M. de Rochas (*Initiation*, abril de 1892).

La psicurgia estudia los fenómenos de llamada o evocación de las almas y su acción sobre el microcosmos. Dicha evocación puede realizarse, bien sobre las «imágenes astrales», bien sobre los «elementarios». En el primer caso, el evocador previamente entrenado entra en un sonambulismo semiconsciente, es decir, abre sus ojos al mundo astral con respecto al resto de sus organismos (casi todos los modernos fenómenos de telepatía entran en este caso).

En el segundo caso, el evocador se encuentra aislado eléctricamente por sus vestidos y por el suelo, y psíquicamente por el círculo del mundo astral, que atrae los seres y los medios de evocación mental, potenciado y ayudado por sustancias capaces de aumentar el dinamismo de los seres evocados.¹¹

En este caso, el alma evocada se reviste de fluido astral (se rodea de un pequeño cuerpo etéreo, como dirían los antiguos), que le permite hacerse visible y plasmarse en el mundo material.

La sustancia que constituye estos fluidos que rodean al ser presenta gran analogía con la electricidad, lo cual explica el uso de punzones metálicos durante este tipo de evocaciones.

Hoy, el empirismo más perfeccionado vino a reemplazar estos ritos del ocultismo, basados en un conocimiento profundo del tema.

Las sesiones espiritistas de materializaciones son muy escasas, no pueden producirse por voluntad de los participantes y son más

¹¹ Al salir, esta imagen del alma, que a veces se reviste de un cuerpo etéreo, se cubre de una sombra y aparece velada, encargándose de advertir a sus amigos, de observar los movimientos de sus enemigos, y las pasiones, los recuerdos y sensaciones permanecen en el alma después de haberse separado del cuerpo. (AGRIPPA, siglo XVI.)

frecuentes los casos de entidades astrales que dirigen estos fenómenos, por lo demás verdaderos, por su intervención.

Otro procedimiento de evocación consiste en reemplazar el *Yo* de un sujeto entrenado por la personalidad evocada. Es el caso de las sibilas en la antigüedad, cuyos «furores» corresponden a nuestras modernas manifestaciones de crisis histéricas, y también los médiums que «encarnan» a los seres evocados, bajo estados de sonambulismo logrados mediante una preparación especial.

El ocultismo ha enseñado siempre la posibilidad que tienen las entidades del mundo astral de utilizar a los seres humanos para sus comunicaciones.¹²

La evocación de las «imágenes astrales», cuya existencia ha sido propugnada desde muy antiguo, acaba de ser puesta al día experimentalmente en el mundo profano, por el descubrimiento de la psicometría¹³. Muchas experiencias que hemos podido seguir personalmente en París nos han permitido sacar conclusiones favorables sobre la realidad de los hechos observados en América y Alemania.

En resumen:

Todos estos fenómenos de desplazamiento de objetos sin contacto, apariciones de personas fallecidas, materializaciones y encarnaciones, telepsiquia y telepatía están relacionados con la psicurgia de los antiguos, y se basan en el hecho de que los aparatos

¹² Se dice, por otra parte, que el humor melancólico es tan imperioso, que por su fuego, violencia e impetuosidad hace venir los espíritus celestes a los cuerpos humanos, mediante la presencia, el instinto o la inspiración. De ahí que los antiguos afirmen estos fenómenos, en los cuales los hombres son transportados y dicen muchas cosas admirables.

También se cuenta que el alma, al estar poseída por el humor melancólico, no se detiene ante nada, y al haber roto la brida y las ligaduras de sus miembros corporales, toda ella es transportada por la imaginación, convirtiéndose en morada de los demonios inferiores, de los cuales a menudo aprende las maravillosas técnicas de las artes manuales. Es así como un hombre muy tosco o ignorante puede llegar a ser de pronto un hábil pintor, un famoso arquitecto o un maestro en cualquier otro arte. (AGRIPPA, siglo XVI.)

¹³ Todo un capítulo de *Crocodile*, de Louis-Claude de Saint-Martin, es dedicado a la descripción de imágenes astrales.

generadores de energía usados hasta el presente pueden ser reemplazados por un ser humano que haya sufrido una particular adecuación nerviosa, es decir, por un aparato psíquico, generador de fuerzas hasta ahora desconocidas.

De ahí las dificultades para la experimentación, los fraudes y mentiras, el orgullo peyorativo de los médiums y de ciertas personas. Una vez más insistimos en que no hay nada de sobrenatural en todo esto, sino que más bien se trata de «lo natural», un poco más elevado que lo que solemos percibir.

En algunas aldeas encontramos aún a los «brujos» que pueden producir fenómenos serios. En mayor o menor grado, el brujo ha sabido conservar trozos de antiguas prácticas ocultistas y, ayudado por su voluntad fortalecida en la soledad, opera sobre los fluidos magnéticos y psíquicos con suficiente poder sobre ellos.

El brujo es al ocultista lo que el obrero es al ingeniero. El obrero sabe su oficio de acuerdo a las reglas que ha aprendido en el taller, pero desconoce los razonamientos matemáticos sobre las curvas y ecuaciones que su acción puede producir.

Por su parte, el ingeniero, capaz de establecer las reglas que pueden guiar al obrero, probablemente se vería en un aprieto si él mismo tuviera que hacer el trabajo manual del obrero.

El brujo produce entonces en forma mecánica fenómenos ocultos de los cuales el ocultista conoce la teoría y la razón de ser.¹⁴

El ocultista practicante, cuyos representantes se encuentran principalmente en Africa y en la India, se puede comparar al ingeniero que conoce en la práctica varios oficios y que ha realizado un serio aprendizaje de los mismos.

¹⁴ A este propósito se puede consultar la sabia e importante obra de Stanislas de Guaita *La serpiente del Génesis*, que es sin duda el más bello de los estudios contemporáneos sobre la brujería y la historia del diablo.

Vemos, pues, la vanidad de los que se llaman a sí mismos «magos» o «hierofantes» en nuestros días, siendo incapaces de producir los fenómenos psíquicos más elementales.

Esto nos invita a decir algunas palabras sobre las operaciones prácticas del ocultismo.

Por regla general, el principio rector en toda operación es la voluntad humana; el medio de acción o instrumento a emplear es el fluido astral humano o natural, y la meta deseada es la realización (en general sobre el plano físico) de la operación emprendida.

Las ceremonias, las dificultades expresadas en el ritual, los símbolos, constituyen los procedimientos más elementales de entrenamiento de la voluntad humana.

Las prácticas de higiene física (alimentación, vegetarianismo, ejercicios de gimnasia), anímica (ritmo respiratorio) y psíquica (espiritualización de las sensaciones) van todas encaminadas al entrenamiento del cuerpo astral, y lo mismo las esencias o perfumes.

Por el contrario, el uso de la espada, la copa, el cetro, el círculo y los talismanes, así como los conjuros proferidos con fuerza, van dirigidos en su acción hacia el astral de la naturaleza y hacia los seres que lo habitan.

Para el mago, el problema consiste en obtener en forma consciente, y sin intervención del médium, todos los fenómenos que realizan los espiritistas modernos en sus sesiones de diversos tipos.

Es entonces preciso que una parte del cuerpo astral de operador se proyecte fuera y encuentre apoyo en las sustancias dispuestas de antemano para tal efecto. El operador nunca debe perder la conciencia, ya que dejaría de ser un ocultista practicante para convertirse en un simple médium inconsciente. Estos experimentos de acción directa sobre el astral se consiguen a dia-

rio en la India. El empleo de sujetos magnéticos facilita mucho las operaciones mágicas y ha permitido abolir los antiguos sacrificios, donde el cuerpo astral de la víctima era utilizado para operaciones muy importantes. Esto lo hemos podido constatar de forma personal.

Las agrupaciones de estudios serios son bastante importantes, y es aquí donde salta a la vista el error de aquel que exhorte a sus discípulos al egocentrismo propio de la soledad o el orgullo. Un estudioso del ocultismo que haya trabajado durante un año tan sólo comprenderá muy bien este aspecto y la razón de nuestras exhortaciones, siendo innecesario agregar nada más en este sentido.

En resumen, el ocultismo práctico requiere de una serie de arduos esfuerzos, fundamentados en un conocimiento suficiente y profundo de las fuerzas ocultas de la naturaleza y del hombre, para ocupar la atención de los investigadores conscientes.

A medida que se avanza se hace cada vez más claro que no haya nada en contra de las enseñanzas positivas de nuestras ciencias actuales. Las fuerzas estudiadas son análogas al magnetismo y a la electricidad, agregándoles la inteligencia animal. Los generadores de estas energías son seres vivos, en vez de máquinas o aparatos materiales. De ahí las nuevas propiedades y los nuevos métodos de experimentación, y una vez más diremos que no hay en ello nada sobrenatural, puesto que lo sobrenatural no existe.¹⁵

El hechicero que recoge con cuidado las hierbas del monte, pronunciando al mismo tiempo curiosas palabras y profiriendo gestos raros, no está realmente más alienado que la locomotora que silba y suelta chispas sobre los rieles. La locomotora es una máquina diseñada para obrar como un generador de energía ma-

¹⁵ De esta manera, todo lo que pasa por la mente de un ser humano que ame ardientemente se hará eficaz para el amor, y aquello que piensa motivado por el odio tiene eficacia para destruir. (AGRIPPA, siglo XVI.)

terial. En el momento en que se logre concretar el problema a sus justos límites, los experimentos espiritistas podrán servir de base a una enseñanza verdaderamente científica. Los místicos perderán, es posible, pero la ciencia ganará.

Por lo demás, ya hemos afirmado que todas estas prácticas, tan extrañas y novedosas para nosotros, eran perfectamente conocidas en el pasado lejano. En los misterios, se enseñaba que el hombre ejercitado en las prácticas de psicurgia, al lograr el éxtasis, accedía a la fuente directa de todo conocimiento.¹⁶

Aunque un ser se elevara al plano astral por medio de lo que se denominaba el «furor» (similar al trance hoy en día), dicho ser podía ser capaz de ejercer los poderes del profeta. El don de profecía era también perfeccionado a lo largo de prácticas muy serias y prolongadas. Todo esto ha desaparecido casi en su totalidad para nuestros contemporáneos del mundo occidental.¹⁷

¹⁶ El conocimiento por excelencia tiene lugar en el éxtasis, sin la ayuda de la inteligencia, y es análogo a la visión que experimentamos durante el sueño.

¹⁷ La profecía es un estado de perfección que la providencia no concede a todos los seres humanos, pero que puede llegar a existir en ellos, al igual que ciertas facultades o algunas condiciones naturales pueden potenciar este don, bien sean éstas de tipo físico, moral o intelectual.

Como principal en la jerarquía de estas condiciones, debemos colocar a la imaginación; sólo ella puede llegar a explicarnos las visiones, los sueños proféticos y cuanto puede haber de insólito y chocante para nosotros en los relatos de los profetas.

A la imaginación debemos añadir la razón, la cual debe ser ágil y de tal forma ejercitada que podamos asir las cosas de una sola mirada y pasar de una a otra sin tener conciencia de su rápida marcha.

Existe efectivamente en cada uno de nosotros una cierta facultad de entrever el porvenir mirando el presente, que se convertirá, si nos proponemos ejercitarla, en una verdadera intuición. Al lograr un alto grado de perfección, dicha facultad será elemento básico en la visión profética.

Pero no se trata sólo de ver las cosas distantes con nuestra mente, en la forma que pudiéramos hacerlo con los ojos. Es preciso tener la actitud de transmitir las a otros cuando esto pueda serles de utilidad, y tener aún más el coraje de propagarlas enfrentando a la muerte si fuera necesario; o sea, que el carácter debe ponerse al nivel de la inteligencia.

En fin, la primera condición que un profeta debe reunir es que su temperamento y constitución física no sean obstáculo a esta noble misión del alma, puesto que existe una relación íntima entre ciertas facultades de la mente y ciertos órganos del cuerpo físico, como es notorio en el caso de la imaginación y el cerebro. (MAIMÓNIDES, siglo XII; 2.^a parte, Caps. XXXVI al XXXVIII.)

3. Los espíritus

El hombre posee facultades ocultas, complementadas por las fuerzas ocultas del Universo que hemos estudiado brevemente. Para terminar este capítulo nos queda hablar sobre la clasificación de los «Espíritus».

Podemos considerar terminado lo referente a la magia humana y ahora vamos a hablar de la *magia natural*, verdadera metafísica astral, a la que muchos hermetistas antiguos dedicaron especial atención. La magia natural tiene como fin permitir la acción de la voluntad humana dinamizada sobre las fuerzas vivas de la naturaleza. Su clave es la luz astral, que para la naturaleza equivale a lo que el cuerpo astral para el hombre. El estudio de este tipo de magia se basa en gran parte en la astrología, el septenario de los planetas y el duodenario zodiacal. Todas las operaciones mágicas, en efecto, están subordinadas al estado astrológico del cielo. Establecido éste, el operador buscará influencias sobre las inteligencias o «espíritus» de diverso orden que accionan los distintos planos de la naturaleza. Así pues, para el ocultista avanzado, todo en la naturaleza es obra de espíritus de mayor o menor jerarquía. La clasificación de estos espíritus es muy importante en la magia natural, y por consiguiente vale la pena que nos detengamos a considerar este tema, de gran trascendencia y sin embargo tan poco tratado.

Para el ocultismo, los espíritus comienzan por dividirse en dos grandes secciones:

- 1.^a Aquellos inferiores a la naturaleza humana, llamados por los antiguos «espíritus de los elementos» y por los modernos, desde Paracelso, *elementales*. Estos espíritus son mortales, pero pueden adquirir la inmortalidad elevándose hasta la naturaleza humana.

Es a esta categoría a la que pertenecen los Silfos, o espíritus del aire; las Salamandras, o espíritus del fuego; las Ondinas, o espíritus del agua, y los Gnomos, o espíritus de la tierra, según los antiguos y los rosa-cruces. Los elementales actúan en la naturaleza, como las células embrionarias actúan en el hombre, velando por la construcción, la destrucción o la defensa de las secciones que están bajo su guardia. Louis Michel de Figanières es el autor contemporáneo que mejor ha logrado describirlos, bajo la denominación de «humanimales» y de homúnculos. Estos espíritus, no siendo buenos ni malos por ellos mismos, obran de acuerdo al impulso que se les dé, y son a menudo los que, en algunas sesiones espiritistas, se divierten a expensas de los asistentes o de los médiums, presentándose como Víctor Hugo o Carlomagno si así lo desean.

2.^a Esta sección corresponde a la de espíritus iguales o superiores a la naturaleza humana. Es allí donde se sitúan los espíritus planetarios de la cábala y los espíritus de los muertos, llamados por algunos ocultistas modernos *elementarios*. También están en esta sección los espíritus superiores al hombre, que la Iglesia designa bajo el nombre de ángeles o demonios, y una tercera categoría, conocida tan sólo por los practicantes y designada bajo el nombre de «espíritus astrales». Es a estos últimos a los que Valentín llamó receptores pasivos, recibidores de arcanos, y también arcanos en su *Pistis Sophia*. La Iglesia sólo ha querido ver en ellos demonios, puesto que ha perdido todas las claves del plano astral.

Todos los espíritus de esta segunda sección, si bien poseen una voluntad propia, no acuden, fuera de las evocaciones o conjuros, sino en caso de que lo deseen o sean obligados a hacerlo. No es posible forzarles, con la excepción del conjuro, y si se omite algún detalle del ritual, adquieren poder sobre el imprudente que ha osado llamarlos sin ser digno. La ceremonia mágica tiene enton-

ces gran importancia, por lo que resumiremos sus principales fases.

La preparación a la ceremonia mágica, o mejor, a la experiencia de magia ceremonial, se basa en ayunos más o menos prolongados y en diversas purificaciones físicas y morales. Luego el operador y sus ayudantes (cuyo número debe ser impar) deben investirse de trajes y atuendos especiales en un gabinete de operaciones del color correspondiente al día de la semana en que se efectúa dicha ceremonia. Es aquí donde se trazará el círculo mágico, formado de tres círculos concéntricos que contienen los nombres divinos y los nombres de los ángeles del día y de la hora. Este círculo llegará a ser una verdadera fortaleza para el operador, y mientras permanezca dentro de él estará al abrigo de influencias contrarias. Además del círculo, el operador tiene como medio de defensa una espada y como instrumento de mando una vara mágica, cuya preparación requiere un ritual especial. En algunas ceremonias, más propias de la goecia que de la magia, se utiliza una víctima y también sangre. Una vez dentro del círculo, el operador comienza a invocar en voz alta a los espíritus. Esta llamada toma el nombre de evocación, cuando se pide al espíritu con humildad su presencia, o de conjuración o conjuro, si se le coarta mediante amenazas y palabras mágicas a manifestarse, aun en contra de su deseo. Una vez obtenida la aparición, será indispensable pronunciar la despedida a las influencias que se hallan presentes, y sólo entonces podrá el operador salir impunemente del círculo.

Acabamos de resumir en forma muy general la ceremonia mágica. Se comprenderá que este ritual varía según las circunstancias. Lo que es importante subrayar es que los ocultistas se abstienen enérgicamente de evocar los espíritus demoniacos, y llegan a combatir a los hechiceros que se dedican a tales prácticas. Por lo demás, la magia ceremonial es generalmente protegida en las altas

fraternidades, aunque la teúrgia es, con razón, mejor valorada. Los rituales de magia ceremonial se encuentran por lo general en manuscritos o impresos. La biblioteca nacional de París guarda uno muy bello intitulado *Las Clavículas de Salomón*. La biblioteca del Arsenal tiene principalmente rituales de hechicería. Entre los impresos, el mejor es la adaptación del cuarto libro de Agrippa por Pierre d'Aban. También se han intentado traducciones modernas, pero adolecen de grandes faltas de sentido, por lo cual es mucho mejor acudir a los originales.

Otra variedad importante de la magia ceremonial es la práctica de la gran obra hermética, la cual se opera entre el laboratorio y el oratorio. Los colores de la obra reproducen los misterios de la creación, y los relatos simbólicos de los templos antiguos no eran a menudo sino una adaptación de tales misterios.

Capítulo IV

TEODICEA

El arquetipo y la unidad divina

*El Dios personal y su existencia como
individuo fuera de su creación*

La caída y el origen del mal

La Tri-Unidad

La estética y los símbolos

La Esfinge y los Evangelistas

Para el materialista no hay teodicea fuera de la materia. No ocurre lo mismo para el teólogo. Al no poder refutar las afirmaciones del ocultismo, este último prefiere desnaturalizarlas y calumniar a sus propagadores. Ciertos filósofos, que sólo han consultado sus textos a través de terceros, han seguido a los teólogos y han llegado a considerar a los ocultistas como *panteístas*. Este es un grave error, y esperamos que la exposición que ahora sigue sobre el arquetipo será suficiente para aclararlo por completo.

«El Arqueómetro», de M. de Saint-Yves d'Alveydre

Cuando queremos tener una representación del ser humano, es siempre la imagen de su cuerpo físico la que surge ante todo en nuestra mente, y sin embargo, un poco de reflexión no hace más que albergar y manifestar al verdadero ser, al espíritu que lo gobierna.

Es posible quitar millones de células del cuerpo físico, por ejemplo al cortar uno de los miembros, sin que por ello la unidad de la conciencia sufra el menor daño. El hombre intelectual que hay en nosotros es por sí mismo independiente de los órga-

nos que son tan sólo apoyos y medios para su comunicación.

No es menos cierto, sin embargo, que en nuestro estado actual los órganos físicos nos son muy útiles y a veces indispensables para podernos remontar al plano de acción espiritual y de comprensión. Sin esta base totalmente física, nuestras deducciones tendrían el carácter vago y místico de las especulaciones estrictamente metafísicas.

Pero un análisis superficial sólo puede llevarnos a confundir al hombre intelectual con el hombre orgánico, o a suponer la voluntad como completamente solidaria de la marcha de los órganos.

En forma análoga, al plantearse el tema de Dios, en la mayoría de los casos se llega a uno de los excesos que habremos de señalar a propósito del hombre.

El conjunto de los seres y las cosas existentes alberga y manifiesta la divinidad, como el cuerpo físico del hombre alberga y manifiesta a su espíritu. Pretender considerar a Dios sin apoyarse en todas sus manifestaciones físicas es correr el riesgo de perderse en las nubes de la metafísica, esa región incomprensible para la mayoría de las inteligencias. Será, pues, basándonos en la constitución humana, por un lado, y en la del Universo, por otro, que podremos intentar tener una idea de Dios.

En el hombre hemos visto un ser físico, o más bien orgánico, que funciona en forma maquinal, igual durante la vigilia que en el sueño. Por encima de este ser orgánico hemos considerado otro, el ser intelectual que entra en acción al despertar y se manifiesta casi exclusivamente durante el estado de vigilia.

La parte orgánica del ser humano responde a la idea que nos hemos formado de la Naturaleza. Es la misma fe determinista y regular la que dirige la marcha del hombre orgánico y la del Universo, este último formado por órganos cósmicos en vez de órganos humanos.

El ser intelectual en el hombre se parece, aunque de una manera elemental, a la idea que nos podemos forjar de Dios. Las correspondencias entre el hombre físico y el hombre intelectual nos dan luces sobre las correspondencias entre la Naturaleza y Dios, en igual forma como aquellas que existen entre el ser físico y el espíritu del hombre pueden iluminarnos analógicamente sobre aquellas otras entre el hombre y Dios.

Por consiguiente, ahora podremos afirmar en principio que, si nuestra analogía es válida, Dios se manifiesta a la vez a través de la Humanidad y la Naturaleza, obrando en conjunto sobre estos dos grandes principios cósmicos y gozando, sin embargo, de una existencia propia e independiente.

Pero la Unidad Primera, así concebida, no puede intervenir en la acción de las leyes naturales, así como la Mente consciente humana no interviene, en estado normal, en el funcionamiento del corazón ni en el del hígado.

El hombre es el único creador y el único juez de su destino. Es libre de obrar a su antojo en el radio de acción de su fatalidad, lo mismo que el viajero de un tren o un buque puede moverse como quiera dentro de su cabina o compartimento. Dios no puede entonces ser cómplice de los fallos humanos, como el conductor del tren o el capitán del barco no son responsables de los antojos o caprichos de los viajeros que conducen hacia su destino.

Debemos, pues, a fin de evitar errores en lo sucesivo, distinguir muy bien el hecho de que Dios, tal como nos aparece a primera vista, es el conjunto de todo cuanto existe, al igual que el ser humano es el conjunto de todos los órganos y facultades perceptibles en un primer momento. Pero el verdadero hombre, el Espíritu, es distinto de sus cuerpos físico y astral, y de su ser psíquico, a los cuales comprende y domina. Por lo mismo, el Dios-Unidad es distinto de la Naturaleza y de la Humanidad, a las cuales comprende y domina. Hablando en una forma simplista, la

Naturaleza es el cuerpo de Dios y la Humanidad es la vida de Dios, como en el hombre el cuerpo material es el cuerpo orgánico, y sus cuerpos astral y psíquico constituyen sus principios vitales, siempre en referencia al hombre orgánico, no al hombre-espíritu, quien, como ya hemos dicho, no usa de estos principios sino como un medio de manifestación.¹

Por otra parte, no es menos cierto que el espíritu del hombre está estrechamente relacionado, a través de sus sentidos internos, con la más pequeña parcela de su organismo, y aunque no obre directamente sobre ella, ésta puede manifestarse al espíritu por medio del sufrimiento o del dolor físico. En la misma forma, Dios está presente, mediata o inmediatamente, en todos los rincones de la creación. El está en cada uno de nosotros así como la conciencia humana está presente, actuando como receptora o motora en cada una de nuestras células.

La naturaleza y el hombre obran entonces libremente, completamente influenciados por la acción divina que impulsa al universo hacia el progreso, sin intervenir despóticamente sobre las leyes de la naturaleza o los actos humanos, en forma similar al capitán del barco que dirige el navío hacia el destino previsto sin intervenir en los detalles de la maquinaria motriz (imagen de la naturaleza), ni tampoco en las ocupaciones de los pasajeros. El capitán dirige globalmente todo el sistema y no se ocupa de aquello que sucede en el interior de los camarotes. Sin embargo, su acción se ejercerá, aunque no de forma directa:

¹ En principio, Dios existe en potencia en su unidad inefable. Es la primera persona de la trinidad, el Dios Padre. Luego, El se revela a sí mismo y se crea todo un mundo inteligible, manifestándose como el pensamiento o la razón universal. Es la segunda persona de la Trinidad, el Dios Hijo. Finalmente, El produce y actúa, su voluntad se ejerce y su pensamiento se realiza fuera de El. Es la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu. Al pasar eternamente por estos tres estados, Dios nos brinda la imagen de un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. (Robert FLUDD, *Filos. Mors.*, Secc. I, Lib. II, Cap. IV; siglo XVI.)

- 1.º Sobre la maquinaria, a través del portavoz;
- 2.º Sobre los pasajeros, mediante los reglamentos de a bordo redactados por él mismo ².

En cábala, se llama *Padre* el principio divino que actúa sobre la marcha general del universo (acción rectora); *Hijo*, el principio que obra sobre la humanidad, y *Espíritu Santo* aquel que ejerce su influencia sobre la naturaleza. Estos términos místicos indican, pues, expresiones diversas de la fuerza creadora universal.

El Universo, concebido como un todo animado, está compuesto por tres principios, que son: la naturaleza, el hombre y Dios, o, para usar el lenguaje de los hermetistas, el Macrocosmos, el Microcosmos y el Arquetipo. ³

El hombre se identifica con el microcosmos o pequeño mundo, puesto que contiene analógicamente en su ser las leyes que rigen el universo. ⁴

La naturaleza constituye el punto de apoyo y el centro de manifestación general de los otros principios. Por su parte el hombre, al operar sobre la naturaleza por sus actos, al actuar sobre los otros hombres por medio del verbo, y al elevarse hasta Dios por la oración y el éxtasis, se constituye en el puente que une la creación al Creador. Dios, al abarcar con su acción providencial los dominios donde actúan libremente los otros principios, domina el universo, orientando todos sus elementos hacia la unidad de dirección y de acción.

Dios se manifiesta en el universo por la acción de la Providen-

² El principio del universo es el padre de la tríada inteligible. (PORFIRIO, siglo III.)

³ Hay tres mundos: el mundo arquetipo, el macrocosmos y el microcosmos; es decir, Dios, la Naturaleza y el Hombre. (R. FLUDD, s. XVI.)

⁴ El ser humano forma por sí solo un todo denominado microcosmos, puesto que alberga en sí todos los componentes del universo. Así, la cabeza corresponde al empíreo, el pecho al cielo medio o etéreo y el vientre a la región elemental. (*Idem.*)

cia, que viene a iluminar el sendero humano, pero ésta no puede oponerse activamente a ninguna de las dos fuerzas primordiales.⁵

El hombre se manifiesta en el universo por medio de su voluntad, la cual le permite enfrentarse al destino y ponerlo al servicio de sus ideales. Al usar de su libre albedrío en el mundo exterior, el hombre puede acudir a la providencia para que ilumine su acción, o despreciar esta posibilidad.

La naturaleza se manifiesta en el universo mediante el destino, que viene a perpetuar en forma inmutable, y dentro de un orden estrictamente determinado, los tipos fundamentales que constituyen su base de acción. Los hechos pertenecen a la naturaleza, las leyes al hombre, los principios a Dios.

Dios se limita a crear en principio, y la naturaleza elabora este principio, para llegar a constituir los hechos. El hombre, al hacer uso de sus facultades a través de su voluntad, y al relacionar los hechos con los principios, transforma y perfecciona estos hechos al crear leyes que los regulan.

Pero un hecho, por sencillo que parezca, siempre va a ser la expresión natural de un principio divino emanado de Dios, y el hombre puede por consiguiente establecer el vínculo que une el hecho visible al principio invisible, por medio de la enunciación de una ley (éste es el fundamento del método analógico).

⁵ Es la naturaleza la que preside nuestro nacimiento, la que nos da un padre, una madre, hermanos y hermanas, relaciones de parentesco, una situación en la Tierra, una posición dentro de la sociedad. Todo esto no depende de nosotros, siendo para el vulgo obra del azar. Pero para el filósofo pitagórico todo es consecuencia de un orden anterior estricto e irreversible llamado Fortuna o Necesidad.

Pitágoras enfrentaba a esta naturaleza inexorable otra naturaleza libre, que actuaba sobre cosas determinadas como sobre una materia en bruto, modificándolas y obteniendo a su antojo resultados buenos o malos. Esta segunda naturaleza, denominada Potencia o Voluntad, era la que regulaba la vida del hombre y la que dirigía su conducta, conforme a los elementos que la primera le había proporcionado.

La Necesidad y la Potencia, según Pitágoras, eran dos móviles opuestos en el mundo subllunar, al cual fue relegado el hombre, y tomaban su fuerza de una causa superior que los antiguos llamaron *Némesis*, la ley fundamental, a la que ahora denominamos providencia. (Fabre D'OLIVET.)

Cuando un barco navega por el océano hacia una meta determinada como fin de su viaje, todo lo que contiene el navío ha sido llevado allí antes de salir del puerto y, sin embargo, cada pasajero está en libertad de organizar su camarote a su gusto. Cada uno es libre de subir al puente para mirar hacia el infinito o de bajar al nivel de la línea de flotación. El avance se medirá cada día en relación al conjunto global del buque, pero cada individuo puede moverse a su antojo dentro de un radio de acción asignado al partir.

En este barco encontraremos toda suerte de clases sociales, desde el pobre emigrante que duerme envuelto en un saco, hasta el millonario que ocupa un lujoso camarote, y la velocidad será la misma para todos, ricos o pobres, grandes o pequeños. Todos arriban al mismo tiempo al término del viaje.

Una maquinaria inconsciente, que funciona obedeciendo a rigurosas leyes mecánicas, mueve todo el sistema, mientras que una fuerza ciega (la del vapor), canalizada mediante conductos y órganos metálicos, generada por un agente especial (el calor), anima toda la máquina.

Hay una voluntad rectora sobre el conjunto de la maquinaria y los viajeros, que es la del capitán. Este, indiferente a la acción privada de cada pasajero, la mirada puesta en la meta fijada, la mano en el timón, conduce el inmenso transatlántico hacia su destino, dando órdenes a la tripulación que le obedece. El capitán no gobierna directamente la hélice que mueve el barco, sino que su acción se ejerce indirectamente sobre ella a través del maquinista.

Así, podemos comparar el Universo a un gran navío, en el cual, aquello que denominamos Dios lleva la dirección, la Naturaleza equivale a la maquinaria sintetizada en la hélice, que hace avanzar todo el conjunto funcionando de acuerdo a leyes estrictas, y la Humanidad está representada por los pasajeros.

El progreso existe, es general a todo el sistema, pero cada ser

humano es absolutamente libre dentro del círculo de su fatalidad. Tal es la imagen que nos aclara las enseñanzas del ocultismo sobre este tema.

No podríamos abandonar la teodicea sin hacer referencia a la forma en que el ocultismo resuelve el problema del origen del mal en la Humanidad.

Esta cuestión del mal, de su origen y su fin, de la caída y la reintegración del alma humana, de la distinción de los atributos divinos y de las relaciones entre la Naturaleza y Dios, ha sido efectivamente el objeto casi exclusivo de las investigaciones de los grandes místicos de la escuela ocultista, contando entre los más conocidos a Jacob Boehme, Martínez de Pasqually, Louis Claude de Saint-Martin (el Filósofo desconocido) y, en cuanto a la transcripción de las ideas de Moisés al respecto, Fabre d'Olivet. Trataremos de resumir las opiniones de estos maestros en los párrafos siguientes.

Lo tocante al problema del mal puede resumirse en breves líneas: el origen del mal debe buscarse en el ser humano y no fuera de él. Hoëné Wronsky, en su *Mesianismo*, nos da los principales detalles sobre este punto: la causa del mal es la caída, y el fin del mal será la reintegración del hombre a Dios, sin que el primero pierda su individualidad. Tales son las afirmaciones que abordaremos ahora.

Para los ocultistas, Adán no representa un hombre individual, sino más bien el conjunto de todos los hombres y mujeres diferenciados posteriormente. Este hombre universal ocupaba todo el espacio intra, o mejor interzodiacal, sobre el cual reinaba como soberano. Esto sucedía antes de la caída y el castigo del ángel rebelde, que se convirtió en principio animador de la materia, la cual sólo existía en germen, como el fruto dentro del grano o el embrión en el huevo materno. La imaginación de Adán, a la cual llama Moisés *Aïsha*, incitada por el ángel rebelde, presentó al

espíritu del hombre universal un razonamiento que ha provocado casi todas las caídas, no sólo universales sino también individuales, en todas las épocas. De acuerdo con este razonamiento, aquello que es resistente y visible en forma inmediata y material, es más poderoso que lo que es ideal, invisible y sólo perceptible mediante el espíritu. Adán, seducido por esta idea de su imaginación, llegó a creer que si el príncipe de la materia le suministraba el medio para pasar del estado de germen al estado de realidad, podría reunir en sí la potencia espiritual de Dios a la potencia material entonces desconocida en cuanto a sus efectos, y así llegaría a ser el maestro de su creador.

Una vez concebida, esta idea fue puesta en práctica por la libre voluntad de Adán, y éste vino a dotar a la materia, por su alianza con ella, el principio de existencia que le hacía falta. Al mismo tiempo, iba recubriendo todos sus órganos espirituales por esta materia que pensaba poder gobernar a su arbitrio, cuando en realidad el principio de egoísmo, odio y rebelión que encerraba la esencia material se empeñaba en rebajar hasta su nivel todas las altas aspiraciones de Adán. La Biblia, al ser interpretada exotéricamente, dice al respecto que el ser adámico se recubrió de una piel de animal, haciendo una alegoría simbólica de la historia real de la caída. Fue así como se llevó a cabo, por su libre voluntad, la materialización del hombre universal. La intervención divina se ha limitado a atenuar las consecuencias de esta catástrofe, por la cual, al mismo tiempo que Adán, se había materializado toda la naturaleza que constituía su dominio y que debería participar en su rehabilitación.

Para atenuar el acto de su creatura, el Creador unió el tiempo y el espacio que eran corolarios del plano físico y creó la diferenciación del ser colectivo, con lo cual cada célula de Adán llegó a convertirse en un ser humano individual y *Aisha* pasó a ser el principio de la vida universal y de la forma plástica: Eva. El

hombre se vio entonces obligado a depurar los principios inferiores que se habían incorporado a su ser, mediante el sufrimiento, la resignación frente a las pruebas y el abandono de su voluntad entre las manos de su Creador. Las reencarnaciones llegaron a ser el principal instrumento de recuperación, y puesto que todos los hombres son células de un mismo ser, la salud individual no podrá ser total mientras que no se haya logrado la salud colectiva. Para ayudar a este proceso, el Verbo divino ha venido a participar en la vida carnal con todas sus consecuencias, a fin de dominar a la muerte física y a sus terrores en sus propios dominios. Así vemos cómo los ocultistas son esencialmente cristianos en sus concepciones místicas, y teósofos como Jacob Boehme y Louis-Claude de Saint-Martin son claros ejemplos de esta tendencia.

El hombre debe entonces trabajar no sólo para su propia regeneración o reintegración, como diría M. de Pascualy, sino también ayudar a otros seres de la creación en el mismo proceso. Para conseguir este fin, varios místicos han formado asociaciones, algunas de las cuales perduraron hasta nuestros días.

Esta historia de la caída y la reintegración, sobre la que nos hemos detenido un poco, es bien singular y nos permite abordar la lectura de toda una literatura por lo general inaccesible, tiene un carácter permanente y se reproduce, en sus rasgos generales, en la vida de todo ser humano. La encarnación en el cuerpo físico representa en efecto la primera caída y la resistencia o sumisión del alma a los atractivos pasionales del plano físico hará que se produzca o no la segunda caída.

Sobre estos temas de la teodicea, el ocultismo se identifica en general con las doctrinas cabalísticas. Así, la constitución de Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ha sido objeto de importantes profundizaciones por parte de Guillermo Postel y los cabalistas cristianos, cuyas obras ha recopilado Pistorius. Las pruebas de la existencia de Dios se obtienen, para el ocultista que

ha avanzado un poco, de la visión directa del plano invisible, y para el principiante, de la absoluta adhesión a la palabra del Maestro. Discutir sobre este punto parecería ocioso a los iniciados. Dios es concebido como un ser completamente personal y distinto a su creación, en la que está presente, a la manera que el hombre está presente en su cuerpo, sin perder su unidad.

Por lo mismo, Dios se encuentra en nosotros. Es allí, y no en una región situada más allá de las nubes, donde debemos buscarle y encontrarle.

Las emanaciones divinas, presentes en toda la naturaleza, determinan tres planos fundamentales de acción: el plano de emanación, el de formación y el de materialización. Basta conocer los tres mundos de la cábala para comprender mejor todas estas divisiones.

La *Estética* es quizá aquella parte de la filosofía en la cual la influencia del ocultismo ha sido más considerable. El simbolismo es, en efecto, una de las secciones más trabajadas por la ciencia de lo oculto, y ha guiado no sólo a los pintores y escultores iniciados a las tradiciones secretas, sino también a los poetas e historiadores desde la antigüedad más remota hasta el siglo XVI de nuestra era. Podemos apreciar también como un rasgo característico de los historiadores ocultistas el de interesarse no tanto por la historia de los individuos como por la de los principios encarnados en ellos. Este fue el método usado por los antiguos y continuado por los profetas, quienes escribían a medida que se desarrollaba la ciencia iniciática bajo el nombre genérico de Hermes. Cuando los autores modernos han pretendido aplicar los procedimientos individualistas de hoy a este simbolismo histórico, se han sorprendido al constatar que Hermes era el autor de veinte mil volúmenes, lo cual es demasiado para un solo hombre, pero no para la Universidad central de antiguo Egipto, de la cual Hermes era el nombre colectivo. Lo mismo ocurre con Zoroastro y Buda, hombres que

designan principios encarnados en una serie de seres humanos y no individuos singulares como es la creencia común.

Al darse cuenta de este error, los contemporáneos caerán en la cuenta de que también se han equivocado al negar existencia personal a los individuos que han encarnado un mismo principio en diversas épocas y haber atribuido a colectividades de una misma época las obras de Homero o de Moisés. Para el ocultista, la verdad se encuentra en medio de estas dos teorías extremas, y vale la pena considerar algo más sobre ello. *La Iliada*, *La Eneida*, *El asno de oro*, *La Divina comedia* son historias escritas de acuerdo a las claves del ocultismo y describen los misterios de iniciación psíquica o astral.

Todas las catedrales góticas son también símbolos en piedra, palabras en granito, igual que los templos antiguos y modernos de China y la India.

Para no alargarnos más de la cuenta sobre este punto, daremos un ejemplo bien concreto sobre la aplicación del ocultismo a la estética, que nos ayudará a comprender el resto: escogeremos el símbolo de la Esfinge. Esta, de acuerdo con la tradición oculta, al estar situada a corta distancia de las pirámides, servía de entrada secreta merced a una puerta colocada entre sus patas. Si analizamos el simbolismo de la esfinge desde el punto de vista de su forma, podremos constatar que tuvo su origen en Caldea y estaba compuesta por:

Una cabeza humana, alas de águila, garras de león y cuerpo de toro. ¿Cuál era entonces el significado de este curioso símbolo? Para que su sentido no se perdiera jamás, una historia simbólica, la de Edipo, nos ha comentado la imagen de la piedra. Esta historia decía que el héroe había logrado adivinar el enigma de la Esfinge y que el nombre de su enigma era HOMBRE. En realidad, todos los signos que podrían atribuirse a primera vista a un plano exclusivamente animal son característicos del hombre,

y aquí entran en juego las analogías herméticas para darnos luces sobre el tema.

El toro simboliza el temperamento linfático y la fuerza material que habita en cada uno de nosotros. Es la clave de la psicología abdominal o de los instintos, y su fórmula es: callar.

El león es el símbolo del temperamento sanguíneo y de la energía anímica, del coraje y de la cólera. Es la clave de la psicología torácica, o sea la de las pasiones y los sentimientos. Su fórmula es: osar.

El águila simboliza el temperamento nervioso y la fuerza intelectual irreflexiva; por tanto, el entusiasmo y la imaginación sin freno. Es la clave de la psicología cerebral inferior, de la ciencia de los libros, y su fórmula, bastante elevada a pesar de todo, es: saber.

La cabeza humana es símbolo del temperamento bilioso y de la voluntad reflexiva, de la razón que domina y detiene los impulsos instintivos del toro, anímicos del león y entusiastas del águila, y que orienta el conjunto hacia la unidad de conciencia esclarecida por el espíritu. La fórmula de esta psicología, intelectual pero ante todo espiritual, es: querer, en el sentido de desear con amor.

Los elementos que conforman la esfinge, al ser ordenados de acuerdo a las claves analógicas, partiendo de su forma hasta la idea correspondiente, se resumen así en una fórmula de conducta intelectual y moral: *saber, osar, querer, callar*, fórmula que ha guiado a los iniciados de todas las escuelas desde tiempos muy remotos. La esfinge, puerta de la iniciación, es el verbo petrificado de la ciencia oculta y de su tradición misteriosa, y dado que las leyes del simbolismo son universales, al abrir los Evangelios encontramos, a la cabeza de cada uno de ellos y como símbolo de cada evangelista, una de las cuatro formas de la esfinge. He aquí la razón de que exista una cábala cristiana, con el

Apocalipsis como simbolismo primordial. Así, todas las manifestaciones estéticas utilizadas en el mundo antiguo se hacían traducibles en ideas en forma inmediata, gracias a la interpretación ocultista de su simbología.

Podríamos multiplicar los ejemplos de estas aplicaciones, hoy por hoy poco conocidos, y que, sin embargo, han servido de modelo a los gremios de constructores que han edificado la mayor parte de las catedrales góticas.* Todas las artes han nacido bajo la influencia del ocultismo, y a pesar de que luego esta influencia ha sido descuidada, el camino de inspiración hacia las fuentes vivas ha sido cumplido en gran parte, como nos afirman los adeptos de la ciencia oculta.

Sin embargo, tal «oscurecimiento» no durará mucho tiempo. Uno de los más grandes maestros contemporáneos, el marqués de Saint-Yves d'Alveydre, acaba de reconstruir el *Libro de la Palabra*, el libro de las *Guerras de Judá*, el *Alfabeto de Adán*, que ha sido la guía secreta de todos los antiguos colegios iniciáticos. Gracias al *Arqueómetro*, de Saint-Yves d'Alveydre, ha sido reconstruido el canon de las artes antiguas y se ha conseguido la clave de los «estilos» del futuro, establecida en forma sintética. El artista y el sabio van finalmente a poder expresarse bajo una misma especie: la del Verbo, el Cristo que vibrará libremente en el Universo, y hará que las mentes humanas registren, con la comprensión debida, las revelaciones de la vida divina a la Humanidad.

* Esta carencia era apreciable en la época en que vivió Papus. Hoy tenemos ya importantes estudios sobre el tema de las catedrales góticas y sus símbolos, entre los cuales cabe destacar los realizados por Charpentier, Gimpel, Duby, Vergez, Guinguand y Fulcanelli. (N. del T.)

Capítulo V

MORAL

La reencarnación y la ley moral

*Las fases de la muerte
y sus consecuencias morales*

*Creación del cuerpo espiritual
por el cuerpo físico y del cuerpo astral
por el cuerpo espiritual,
y del nuevo cuerpo físico
por el nuevo cuerpo astral*

La base de la moral difiere mucho según los sistemas filosóficos que rigen una época o un individuo. Desde el temor a los agentes de la autoridad, disfrazado con palabras más o menos rimbombantes por el materialismo, hasta la «ira divina» del clérigo autoritario, existe una amplia gama de afirmaciones e hipótesis destinadas a hacer del hombre un aliado y no un lobo hacia sus semejantes.

Puesto que la moral es un sistema metafísico puro, su influencia sobre el espíritu humano es bastante pobre, y la revelación religiosa, así sea la del negro, le será más importante. Para que el hombre tome conciencia de que cada uno de sus actos es un impulso dentro de un universo donde existe la ley de compensación total (causa y consecuencia), hace falta una demostración mucho más sólida que las afirmaciones de los superiores o las pretensiones de los clérigos. Esta demostración constituyó la base misma de los misterios iniciáticos en el mundo antiguo y aún se lleva a cabo en algunos centros de alta espiritualidad que existen en Europa bajo el modelo teúrgico.

Toda acción provoca una reacción igual y de sentido contrario. El ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión. Tales han sido las leyes que han informado desde siempre la base de la moral ocultista.

Las nociones sobre la existencia, alrededor de cada ser, de una atmósfera invisible donde se graban los pensamientos que llegan a

evolucionar luego en los actos, la certeza de que tendremos que recorrer el camino que hoy hemos despreciado o descuidado, y allí encontraremos los mismos o mayores obstáculos, por la acción del tiempo, que nuestra pereza y dejadez nos ha hecho ignorar en su momento, son cosas muy evidentes que la intuición revela al ocultista en forma experimental.

Cuando la ciencia nos aporte la certidumbre de la existencia de un principio diferente a la materia en el ser humano, este solo hecho será la forma de abrir un fecundo camino a la verdadera moral, dado que, para ésta, la responsabilidad libremente aceptada de un acto es más coercitiva de por sí que los mejores sistemas de leyes y policía existentes. Esta cuestión de la responsabilidad, sobre lo visible y lo invisible por parte de nuestro espíritu, conlleva varios problemas. Veremos, pues, los más importantes de acuerdo al ocultismo. Estos son:

1.º La cuestión de saber dónde viene a encontrarse el plano de reacción con el plano de acción; es decir, dónde comienza el castigo luego del error (purgatorio e infierno).

2.º El estudio de esta reacción y de los elementos que obran sobre ella para atenuarla o precipitarla.

3.º Las consecuencias de este estudio para la vida diaria.

Para el ocultista, la base del problema y de la ley moral se encuentra ligada casi exclusivamente al estudio de las reencarnaciones. La *reencarnación* consiste, desde el punto de vista del espíritu, en regresar una y otra vez sobre el plano físico, sin que para ello existan constantes de tiempo o de lugar. Esto significa que su retorno puede darse diez años o cien después de la muerte física y tener lugar sobre distintos planetas, en muchos sistemas planetarios que albergan vida material. Es importante no confundir la reencarnación, *en la cual los espíritus humanos sólo pueden*

tomar cuerpos humanos, con la metempsícosis, que viene a representar su aspecto alegórico y exotérico y que sólo se aplica a las células materiales del cuerpo físico.

En efecto, después de la muerte las células materiales retornan a la tierra de donde el espíritu las había tomado prestadas para su existencia en una vida humana, y luego cada una de estas células puede integrarse al cuerpo de una planta o un animal que se alimente con esta planta, o con las sustancias minerales de la tierra. En todo caso, estas células no son el mismo ser humano y no es por tanto su espíritu que retorna en forma de árbol o animal, o sustancia mineral, sino su anterior envoltura material, su cuerpo físico que ha perdido su cohesión unitaria en servicio de un principio inmortal.

Hay entonces posibilidad de metempsícosis para las células del cuerpo físico, de transformación evolutiva para el ser astral y de reencarnación para el espíritu. La mayor parte de los errores comunes al respecto nacen de la confusión de estas posibilidades por parte de aquellos que critican al ocultismo sin conocerlo. Veamos algunos:

1.º Muchos filósofos y todos los teólogos católicos tienen miedo y horror de la reencarnación, la cual es para el ocultista una ley viva y conocida por todos los iniciados. Al objeto de evitar discusiones inútiles, podemos tratar de determinar, si se trata de un católico, las circunstancias de la actividad del espíritu entre la muerte y el juicio final, y estas condiciones corresponden, salvo por el lugar asignado, a muchas enseñanzas de los reencarnacionistas. Que el infierno y el purgatorio se den sobre la tierra o en otro lugar es, desde luego, una cuestión de palabras más que de hechos, y el porvenir ya se encargará de poner a todos de acuerdo sobre este punto.

Cualquiera que sea, toda sobrecarga natural y toda involución

deberá ser compensada por medio del sufrimiento y el dolor moral, que son los verdaderos fuegos purificadores del plano invisible. Y toda acción errónea, o sea que retarde la evolución normal del espíritu, provocará una reacción de dolor reparador que puede ser inmediata o no, lo cual no es importante. El recuerdo y revisión de todos los actos anteriores se nos presenta luego de cada muerte física y se borra después de cada nacimiento, para evitar la depresión y el suicidio que llegan a ser posibles por el libre albedrío del hombre en lo relativo a su cuerpo físico.

2.º El presente es otorgado al hombre para que éste pueda preparar su futuro rectificando los defectos del pasado. El hombre es ayudado en este cometido por los seres del plano divino, que tienen el poder de borrar, mediante la dinamización intensa del presente, los clichés erróneos del pasado. De ahí la gran utilidad de la oración y la humildad.

En la mayor parte de los casos, el recuerdo de las vidas anteriores se pierde durante la reencarnación física. Sin embargo, en algunos individuos puede subsistir una vaga intuición anterior sobre las condiciones globales de su existencia en otra vida, o sobre lugares casi siempre vagos que ya eran conocidos, o también personas. Pero esta intuición es imprecisa, puesto que una de las leyes del plano invisible prohíbe, excepto para los individuos elegidos que reencarnan luego de una evolución tan alta que ya no tendrían que hacerlo obligatoriamente, conocer las personalidades que el espíritu individual ha venido representando en este mundo. De ahí la tendencia, por cierto bastante infantil y muy humana, de muchas personas que al no conocer sino muy por encima los elementos de la reencarnación, se consideran a sí mismas antiguos reyes, sabios o guerreros, que han descendido a ser en su vida actual pequeños empleados, maestros o guardias rurales. Por lo general, estas pretensiones sin fundamento vienen

a ser consecuencia de autosugestiones provocadas por una vanidad o un orgullo muy acusados, y no dejan de ser perjudiciales, tanto para la doctrina como para el cerebro de sus protagonistas.

3.º Durante la vida en el cuerpo físico, cada pensamiento, cada sentimiento y cada acto genera, en los otros planos del Universo, cadenas de fuerzas que repercuten sobre la evolución del ser que los ha producido. El cuerpo físico actúa sobre el plano material para generar con cada uno de sus átomos lo que será el futuro receptáculo del espíritu después de la muerte, o sea lo que llamamos el cuerpo espiritual. Pitágoras se refería a este último como el *vehículo del alma*, puesto que constituye su albergue después de la vida física. Este cuerpo espiritual será tanto más activo, en cuanto el espíritu encarnado se prodigue más en forma moral y física hacia los demás. Por el contrario, carecerá de aposento en el otro plano aquel espíritu que sólo haya vivido para su cuerpo, su riqueza o su propio bienestar aquí abajo. *El millonario sin escrúpulos en la Tierra se convierte en un vagabundo en el plano Astral*. Y viceversa, con más frecuencia aún.

El cuerpo espiritual que ha sido generado por el cuerpo físico va a generar a su turno el cuerpo astral de la futura vida y, por consiguiente, será un indicador de la proyección de la existencia actual hacia el porvenir.

Sobra casi decir que las reencarnaciones terminan en el momento en que un ser humano, sin despojarse de su individualidad, llega a reintegrarse en el estado adámico primordial.

Esta moral, tal como la conciben los ocultistas, es de las más rigurosas y elevadas, pues se fundamenta, para la mayor parte de las escuelas, en la sumisión a todas las cargas impuestas, bien sea en función de la condición social de cada ser, o de las pruebas de su vida, cuya aceptación se hará indispensable en tanto que ellas representen la consecuencia de errores anteriores. En efecto, el

ocultismo enseña, como hemos podido ver en los párrafos anteriores, que el espíritu reencarna sucesivamente en muchos cuerpos físicos y que pagamos en una existencia posterior las faltas no reparadas en la vida precedente. Entre una y otra encarnación, el alma rinde cuenta de todas las existencias anteriores y de sus consecuencias desde el punto de vista de su propia evolución. Por el contrario, al comenzar cada descenso sobre el plano físico, el espíritu pierde el recuerdo del pasado, para evitar entre otras cosas el suicidio, que sería casi inevitable para quien tuviera conciencia de lo que le espera por las faltas que debe expiar.

Esta doctrina ha constituido, junto con la de la Unidad divina, uno de los más recónditos misterios de las antiguas iniciaciones, y se transmitía por lo general de manera velada, bajo la forma de una fábula. El agua del río Leteo que bebía el alma al emerger de las corrientes inferiores (*Infera*) es una imagen de este misterio.

El tener grandes riquezas o poder se considera, bajo el enfoque ocultista, como una de las pruebas más peligrosas y difíciles que pueden sobrevenirle al hombre. Si el rico o el poderoso llegan a olvidar que sólo son depositarios de una fuerza vital de la sociedad, centrando y disponiendo exclusivamente para él y para los suyos lo que les ha sido confiado, el castigo será tanto más terrible. Cuando un joven estudioso, aturdido por las aparentes iniquidades del destino, viene a quejarse ante su profesor contra la desgracia persistente que abrumba a tal o cual persona, el maestro podrá evocar durante un instante las imágenes inscritas en la atmósfera invisible que rodea al individuo, y el estudioso, al comprender que esta persona actualmente desgraciada era aquel rico que antaño sólo llegaba a socorrer algunos pobres por vanidad, entenderá la razón de ser de su actual estado y admirará con gratitud a su maestro por ayudarle a ello.

Tanto las enseñanzas morales como el ocultismo han sido siempre esencialmente prácticos. Si se disuade a los alumnos del

suicidio, no es a base de discursos filosóficos sobre la sinrazón de este acto, sino mediante una demostración en la cual se les lleva frente a frente en el plano astral, hasta el espíritu de un suicida, haciéndoles ver los indescriptibles sufrimientos y angustias por las que el desdichado atraviesa en su disolución. De la misma forma se hace con la muerte, estudiando todas sus fases en forma experimental. Por consiguiente, el ocultista, iniciado en un principio a través de los libros, va adquiriendo un conocimiento más integral al participar en este fenómeno y acceder, bien a través de otros o por él mismo, al plano astral en forma experimental. Una moral basada en tales prácticas es ciertamente muy poderosa, en especial cuando las investigaciones personales han permitido al postulante comprender el exacto significado de la mayor parte de las tradiciones religiosas y, sobre todo, de las cristianas. Es curioso constatar que los rosa-cruces iluminados se han presentado siempre como ardientes apologistas del cristianismo, siendo al mismo tiempo muy severos con el clero, al que acusan de haber vendido al César el ideal de Cristo, participando en el disfrute terrenal del poder temporal y del oro. Por su parte, la Iglesia en todas sus épocas ha realizado los mayores esfuerzos para entorpecer el avance del ocultismo, puesto que éste forja hombres y mujeres de tan grande fe e independencia de carácter, que ante ella aparecen como agentes del infierno.

Las reglas de la moral ocultista pueden ser resumidas en algunas sentencias, cuya ampliación y desarrollo podremos ver en las obras de Eliphas Lévi: el ocultista debe saber abstenerse, sufrir, orar, morir y perdonar. Pero lo importante en esta moral no son tanto las reglas, puesto que las encontraremos en cualquier buen moralista, sino el camino práctico de demostración mediante la visión directa. Esta vía exige verdaderos maestros dignos de este nombre, y éstos rehuirán el brillo y la fama mundanos, siendo conocidos sólo por unos pocos. Aquellos que la gente señala

como tales maestros son, en general, los que han sido asignados a las labores de propaganda; éstos son en realidad los realizadores, los hombres de acción, los brazos en los organismos iniciáticos. Algunos han pretendido hacernos creer que no existen tales maestros sino en Oriente: esto es un error. Nuestras reseñas nos permiten afirmar que existen, no en París quizá, pero sí en otras ciudades y aldeas francesas, maestros de diversos grados, que viven alejados del ruido y de la publicidad y que son generalmente ignorados, bajo su verdadera identidad, incluso por sus mismos vecinos.

Tal es el enfoque que aplica el ocultismo a la explicación del destino humano. Vamos a resumirlo en pocas palabras.

¿Qué somos, adónde vamos y de dónde venimos? ¿Tiene algún sentido nuestra vida? ¿Somos libres o estamos fatalmente determinados? ¿Existe una sanción a nuestras acciones buenas o malas? ¿Pueden existir incluso acciones que sean buenas y otras que sean malas?

A lo anterior, el materialismo responde: el ser humano es producto de la evolución material. El conjunto de células que integran nuestro yo desaparece con la muerte y va a constituir otros organismos. Venimos a la vida por azar y retornamos a la nada. Nuestras facultades y nuestros actos dependen exclusivamente de la herencia, del medio ambiente y de nuestros órganos. No somos, pues, responsables en mayor grado que la rueda de un camión que hiere al imprudente o la teja que al caer acaba con la vida de alguien. El bien y el mal son meras palabras, inventadas por nuestro orgullo para satisfacer nuestra vanidad. El agente del orden es así la sanción moral más elevada. El ser humano, concebido de esta manera, está compuesto de un principio vil: el cuerpo material.

El catolicismo nos enseña que estamos compuestos por un cuerpo mortal, despreciable, y por un alma inmortal. El primero

viene de la tierra y a ella regresará; el otro, o sea el alma, viene de Dios y al morir irá al paraíso, a cantar entre los ángeles si ha sido virtuosa, para contemplar allí un Dios antropomorfo, o si, por el contrario, ha sido ruin, irá al infierno por toda la eternidad. Pero si ha sido neutral y ha cometido algunos pecadillos no muy graves, el purgatorio le espera con sus tormentos por unos cuantos miles de años solamente. Lo demás es por el estilo y trata de satisfacer plenamente a cierto tipo de inteligencias. Sin embargo, el anatomista y el fisiologista se preguntan cómo un principio tan puro puede accionar tan bien sobre los intestinos y el recto, o complacerse en la mecánica dulzura de la quilificación.

Entre estos dos extremos, la filosofía llamada espiritualista se ha dedicado a hacer un poco de historia y de crítica. Esto es lo que ella ha sabido hacer mejor.

Por su parte, el ocultismo aporta una serie de hipótesis susceptibles de explicar en una forma racional la constitución humana, tanto al fisiologista como al filósofo.¹

El hecho de la existencia, no como realidad metafísica, sino como entidad fisiológica, de un principio de acción intermediario entre los órganos del cuerpo físico y las facultades intelectuales, permite resolver en una forma más o menos sencilla la mayor parte de los problemas planteados. El materialista tiene perfecta razón en sus afirmaciones, sólo que se limita al análisis del cuerpo físico; el espiritualista también está en la verdad, sólo que se coloca al otro lado de la balanza: el espíritu consciente. El

¹ Finalidad de la vida. Cada cual debe ocuparse de sus intereses y ejercer una profesión honesta, no con el objeto de amasar riquezas, sino para procurarse las cosas necesarias para vivir. La comodidad no en función de las satisfacciones que nos produzca, sino para alejar de nosotros la inquietud y el dolor, para conservar un espíritu libre dentro de un cuerpo sano.

En fin, vale la pena contar con esta doble ventaja: la libertad del espíritu y la salud del cuerpo, a fin de desarrollar la inteligencia y llevarla, por el camino de la ciencia, hacia el conocimiento de Dios. (MAIMÓNIDES, siglo XII.)

ocultista busca no tanto destruir sino unificar los esfuerzos de la filosofía y de la ciencia.²

El fin de la vida, para el ocultista, es que cada cual fabrique por sí mismo su destino futuro, puesto que el hombre es libre dentro de su radio de acción asignado, así como el pasajero del barco lo es dentro de su camarote.

Todo cuanto existe merece nuestro respeto: el cuerpo físico tanto como el espíritu. El misticismo viene a afectar el equilibrio moral casi tanto como el sensualismo. Nosotros mismos creamos la sanción de nuestros actos y somos también nosotros quienes sufriremos las consecuencias de nuestros errores, lo cual puede ocurrir en esta misma vida bajo la forma de pérdidas materiales o de otra índole, o en futuras existencias en las que llegaremos a encarnar.

La doctrina de la reencarnación, bien sea aquí en la tierra o en otro lugar del universo, ha sido expuesta siempre por el ocultismo como clave para la sanción moral de nuestros actos y como explicación de la situación de cada individuo en el conjunto de la sociedad.³

Si no precisamos desde ahora el tema de la muerte tal como nos lo presenta el espiritualismo tradicional, algunos puntos de las enseñanzas ocultistas sobre estas cuestiones seguirán siendo vagos. Esto nos permitirá diferenciar rápidamente el ocultismo del espiritismo, con el cual se le ha confundido más de una vez.

Cada uno de los principios que constituyen el hombre vienen de un plano de acción distinto. El cuerpo físico viene del mundo

² Adquirir la Verdad, por sus facultades inteligibles; la Virtud, por sus facultades anímicas; la Pureza, por sus facultades instintivas. (Fabre D'OLIVET, 1820.)

³ Sobre esta tierra, las almas transitan por muchos cuerpos; pero una vez adquirido un cuerpo humano, no vuelven a descender al de los animales. (PORFIRIO, siglo III.)

material y a él regresa. El cuerpo astral viene del plano astral. El ser psíquico es un resultado de la combinación del cuerpo astral con el espíritu. Es la chispa del yo actual la que constituirá el yo de la vida futura.⁴

Con la muerte, el hombre cambia de estado, no de lugar. Realiza el ideal que se ha forjado en su última existencia, y si ha sido concebido con gran intensidad, este ideal subsiste durante un tiempo mayor.

Luego, la entidad espiritual se reencarna y prosigue así su evolución individual en ascenso y descenso por la escala social. Pero este progreso ocurre inexorablemente, puesto que el sistema entero va evolucionando hacia la reintegración final. Para la generalidad siempre existirá el progreso, aunque aparente lo contrario para el individuo.⁵

Así, la evolución, para ser real, debe ser colectiva. Las colectividades tienen las mismas leyes en cuanto a su existencia, enfermedad y muerte que los seres individuales. El hombre es a la humanidad lo que una célula de nuestro cuerpo es a todo el organismo. Existe, pues, una ciencia de lo social, una anatomía y una fisiología de su naturaleza, en general ignoradas de los políticos contemporáneos, y en su reconstrucción trabaja un importante número de ocultistas.

La sociedad se nos presenta como un ser total, con sus órganos económicos o abdominales, jurídicos o torácicos, y educativos o cefálicos.

La ciencia de la sociedad, de su evolución y su transformación

⁴ El alma del hombre, emanada de Dios, se une por medios convencionales al cuerpo material. Para este efecto, en forma previa a su descenso, y aun durante las primeras aproximaciones, se encuentra revestida de un pequeño cuerpo etéreo denominado vehículo etéreo del alma. Otros lo llaman carro del alma.

Puesto que el alma existe en un medio cálido, se une al espíritu que emana del corazón, y con su ayuda se va fijando en los humores, uniéndose a los miembros y al resto de los órganos tan rápido como le sea posible. (AGRIPPA, siglo XVI.)

⁵ No es el alma la que sufre y muere, es el personaje. (PLOTINO, siglo III.)

normal o patológica es así la verdadera clave de la historia, como una referencia para aquel que quiera aplicar a esta rama del saber humano las enseñanzas del ocultismo.

Pero volvamos al individuo humano.

De los tres elementos que componen el ser humano encarnado, el primero retorna a la tierra como *cadáver* material, donde adopta otras formas diversas en el plano físico del cual ha prestado durante esa vida sus elementos al espíritu. El segundo, el *cuerpo astral*, se descompone en dos partes: una inferior que se deshace en la vida universal y colabora en la descomposición del cadáver, y otra superior que se convierte en lo que Pitágoras denomina «carro del alma», del cual se reviste el espíritu para su evolución astral. Por su parte, el tercero, o sea el *espíritu*, será el único destinado a subsistir en la integridad de su conciencia y, por consiguiente, el que requiere mayor interés en su evolución.

La teoría ocultista al respecto no ha variado desde el antiguo Egipto y sigue siendo aún la misma historia simbólica narrada en el *Libro de la salida a la luz del día (Libro de los muertos)*, pero entendida en su verdadero significado, que nos ha sido revelado por el ocultista del siglo XVIII de nuestra era y también por otros contemporáneos, siempre haciendo uso de la facultad de visión directa para apoyar sus afirmaciones.⁶

Veamos, pues, en detalle el viaje del espíritu, que comienza desde el trance mismo de la agonía. En este instante, el cordón o lazo que une el cuerpo físico y el espíritu se corta, como ocurre en un desvanecimiento, y el cuerpo astral comienza a dividirse en dos partes: una inferior, que permanecerá en el plano físico, y otra superior, que evolucionará hasta el plano astral superior. Esta lucha se manifiesta hacia el exterior usualmente por los síntomas

⁶ Al respecto, puede consultarse la excelente obra de M. Ch. Byse sobre Swedenborg, publicada bajo el título *El profeta del Norte*, París, 1 vol. en 8.º, por la casa Fischbacher.

de la agonía. La parte de astral que acompañará al espíritu será proporcional a las aspiraciones elevadas del ser humano durante su encarnación y al momento de su partida. El espíritu buscará llevar la mayor porción que le sea posible del cuerpo astral. En este intento es ayudado por los «ancestros», término que viene a incluir a todos los seres invisibles que asisten al espíritu en su partida. Así, la muerte terrestre viene a ser un nacimiento astral, y viceversa.

Los ancestros descienden para darle la bienvenida al alma que retorna, en forma análoga a como los padres reciben el niño que nace en la tierra. Antes de seguir adelante, conviene que recordemos que empleamos la expresión *plano* para significar que no hablamos de límites o contornos definidos, puesto que el tiempo y el espacio desaparecen en el plano astral tal como los concebimos aquí abajo. Todo allí se encuentra simultáneo en el mismo plano. Volvamos al espíritu: al terminar la agonía, cada célula física, que hasta ese momento permanecía ordenada dentro del organismo por la acción preponderante del cuerpo astral, recobra su autonomía. La descomposición del cadáver comienza y cada uno de los pequeños seres celulares que lo constituían se dirige hacia sus puntos de afinidad más cercanos. Por su parte, el espíritu atraviesa una etapa difícil donde la conciencia intenta penosamente superar la falta de órganos físicos que ya están desconectados. Esta etapa crítica tendrá mayor o menor duración según la ayuda que reciba el espíritu, bien sea desde aquí o desde el otro lado, para su tránsito. En fin, al sobrepasar el trauma, el espíritu advierte que se encuentra en realidad más vivo que en su anterior estado terrenal, puesto que adquiere nuevos órganos, dotados también de nuevas facultades, y que la comunicación física con el plano material se presenta cada vez más lejana y difícil, ya que sólo subsiste el sentimiento como lazo de unión entre ese plano y su nuevo estado.

Entonces, el espíritu toma conciencia de que, al no estar aún en su verdadero centro, deberá tender hacia una segunda muerte, la del plano astral, para acelerar su evolución. Aquí entra en juego el grado de elevación moral del espíritu, viéndose obligado a sostener verdaderas luchas con seres del plano astral que intentan arrancarle hacia su astralidad inferior. Poco a poco se va despojando de su cuerpo astral superior, que va siendo reemplazado por el cuerpo espiritual o glorioso, en un proceso lento, átomo por átomo, y prosigue su evolución hacia el plano divino.

Todo el camino está jalonado por diversas pruebas, juicios e interrogatorios, que han sido muy bien resumidos por Valentin en su *Pistis Sophia* (traducida por Amelineau). Llega aquí el momento de entrar propiamente en el ciclo descrito en el *Libro de la salida a la luz del día*, por lo cual nos detendremos en este relato. Sólo nos queda anotar que una nueva encarnación física viene a menudo a acelerar una evolución tardía, y diremos algunas palabras sobre casos especiales como el de los suicidas. En seguida, pasaremos a tratar el tema de la evocación de los espíritus de seres difuntos.

Hemos visto como ejemplo la evolución de un espíritu corriente, puesto que existen raros casos de individuos que durante la vida terrenal han llegado hasta el umbral de la segunda muerte y por tanto no necesitan detenerse en su camino ni volver a encarnarse, salvo por su propio deseo, bajo el cometido de una «misión» definida, en donde guardan el recuerdo del pasado y el poder de tener contacto directo con los seres del plano espiritual. Estos hombres son los verdaderos y legítimos maestros y se les puede reconocer por su virtud curativa tanto como por su humildad. La certeza de la adquisición de todos estos misterios es mucho más atractiva para una inteligencia elevada que la salida en astral sobre la tierra, u otros procedimientos meramente mágicos, que suelen encerrar serios peligros. Pero estas evoluciones

excepcionales son, de acuerdo con los ocultistas, muy escasas y, por el contrario, resultan más frecuentes los casos de fuertes caídas evolutivas.

Como ejemplo, podemos tomar el de los suicidas, puesto que nos sirve para aclarar todos los demás. Ya Dante nos cuenta de aquel infeliz que se dio muerte por amor, al sobrevenir la muerte de su amada, y cada día llegaba hasta el límite del cielo sólo para escuchar: «La verás mañana». Así, todas las escuelas que han estudiado la constitución del plano invisible, incluso las más recientes que no poseen ninguna tradición, como es el caso del espiritismo, están de acuerdo en cuanto describen en idéntica forma los sufrimientos de los suicidas, que sólo se comparan a los de los criminales y asesinos. Al despertar de la angustia inicial, el suicida se percata, para su horror, de que se encuentra unido en forma extraña e invisible al cadáver material, siendo torturado por la sed y el hambre físicas y asistiendo a la descomposición de los órganos que en vida estaban a su servicio y que él mismo se ha encargado de destruir.

A estos sufrimientos cuasimateriales se añaden las angustias morales y los terrores de la lucha incesante contra las larvas del astral inferior que vienen a reclamar lo suyo. Al estar extrañamente atados a la tierra, que no han podido abandonar pese a su deseo, este tipo de espíritus suele influenciar a los cerebros débiles y a los médiums, y según la interpretación ocultista, por esta razón se han dado muchos casos de súbita locura. Luego, al llegar la época de su muerte normal, el espíritu del suicida se encuentra con sus ancestros y muy rápidamente vuelve a encarnar en un cuerpo deforme o estropeado para recomenzar el proceso de compensación evolutiva del cual había desertado en su vida anterior. Por otra parte, aquellos que practican en forma consciente los ritos involutivos de la magia negra son castigados con penas aún peores, como en el caso de los grandes criminales.

Hemos hablado algo sobre la evocación de los espíritus y quiéramos añadir nuevos detalles sobre este punto. Los ocultistas vienen a diferenciarse de los espiritistas precisamente por la dificultad que ellos entrevén para las verdaderas comunicaciones entre los vivos y los espíritus propiamente dichos de los muertos. A fin de darnos perfecta cuenta de las objeciones presentadas por los ocultistas al respecto, será preciso recordar la teoría de las imágenes astrales, de la que ya hemos hablado en un capítulo anterior.

Todos los actos y situaciones terrestres son grabados, podríamos casi decir fotografiados, en la luz astral, y esto es válido tanto para los hechos materiales, físicos, como para los pensamientos. Una idea humana es una energía dinámica y en cierta forma materializable, como el calor y la luz. De ahí el entrenamiento de la voluntad para el principiante. Cada idea deja huella de sus intenciones, buenas o malas, en el plano astral, y cada huella puede ser reconstruida mucho tiempo después. De igual forma, cada individuo deja en el plano astral las huellas de su paso por la tierra, como una imagen sutil. Es entonces dicha imagen la que los espiritualistas confunden, en la mayoría de los casos, con la real aparición del ser que ellos evocan. En otros casos, cuando no hay fraude por parte del médium, los hechos atribuidos por los espiritistas a los espíritus son para los ocultistas el resultado de fuerzas que emanan en realidad del médium, en ocasiones potenciadas por la intervención de los elementales.

No es menos cierto que los ocultistas afirman la posibilidad de comunicación entre los dos planos, y si admiten que una comunicación proviene realmente de un ser humano difunto, no lo hacen sin antes proveer por eliminación todas las pruebas indispensables. La magia intenta dotar a sus adeptos de esta facultad para practicar la evocación de los muertos, pero los ritos de la nigro-

mancia se consideran muy peligrosos tanto para el evocador como para el mismo espíritu evocado.

Existe sin embargo un camino de excepción que nos permite entrar en contacto con el plano invisible sin peligro alguno: la *teúrgia*. Con su ayuda, los maestros, que suelen conocer bien su práctica, tienen el poder de obrar conscientemente sobre los espíritus de la Naturaleza visible o invisible.

Para terminar, mencionaremos la teoría del alma-gemela, conforme a la cual los seres evolucionados en el plano astral se constituyen por fusión de dos almas terrestres que se encuentran después de siglos de búsqueda y acercamiento progresivo, conservando cada una de ellas su individualidad en forma integral. Esta concepción da lugar a encantadores discursos filosóficos y ha sido muy utilizada por los poetas.

Tales son las principales afirmaciones del ocultismo en cuanto a lo que les llega a través de la doble autoridad de la tradición y la visión directa del plano invisible. Se comprenderá ahora la respuesta de un brahmán, interrogado por un jesuita sobre el origen de sus ideas acerca de las transformaciones del alma después de la muerte, que se expresaba así: «He visto lo que ocurre tras la muerte, y ninguna revelación vale lo que esta certeza personal, sobre todo si la hemos verificado en más de una ocasión para darnos perfecta cuenta de sus detalles».

.....

Capítulo VI

LA SINARQUIA

El concepto de sinarquía

Tipos actuales de gobiernos

República

Monarquía

Teocracia

Instituciones representativas

Imperios

Los continuadores de la sinarquía

Anatomía social

Fisiología social

Patología social

*La economía política
y el método sintético*

«Acusados de ser demonios por unos, clérigos por otros, y magos negros o alienados por la mayoría, somos sencillamente fervientes caballeros de Cristo, enemigos de la violencia y la venganza, sinarquistas¹ decididos opuestos a toda anarquía proveniente de arriba o de abajo, en una palabra, martinistas.»

PAPUS.

No podríamos terminar la exposición filosófica del ocultismo sin dedicar esta sección a la sociología, que, desde siempre, ha sido objeto de serios estudios en los templos que designaron legisladores tales como Licurgo, Solón, Pitágoras, Numa, etc.

Desde la remota antigüedad, la sociedad fue entendida por los ocultistas como un organismo vivo. Un escritor contemporáneo, que se ha dedicado en particular a estas cuestiones, R. Ch. Barlet, ha llegado a determinar estrictamente esta ley, demostrando que la sociedad es un ser vivo, con el poder de crear o modificar sus órganos más esenciales.

Para el ocultista, la sociedad verdaderamente normal será aquella que más se aproxime a la constitución trinitaria de un organismo superior, con sus órganos correspondientes: abdomen, tórax y cabeza.

¹ Se trata de la sinarquía de Saint-Yves d'Alveydre, uno de los maestros de Papus, y no de la sinarquía llamada «imperio». (Ph. ENCAUSSE.)

La economía política viene a ser la representación del abdomen social, mientras que las fuerzas jurídicas y militares representan la doble polarización torácica, y los sistemas religioso y educativo la parte intelectual de la sociedad. Un estado moderno, organizado de acuerdo a esta concepción, llamada SINARQUÍA por Saint-Yves d'Alveydre, tendrá, pues, tres cámaras: una económica, delegada por los sindicatos, una jurídica y una universitaria y religiosa. El sufragio será organizado en forma profesional, estando cada votante representado según su situación social en cada uno de los tres planos. Esta organización tiene el mérito de no ser puramente teórica, puesto que ha funcionado durante varios siglos y por sí sola ha durado más tiempo que todas las formas posteriores reunidas. Saint-Yves d'Alveydre ha dedicado una extensa erudición, al lado de su gran talento, a la demostración de esta cuestión en su obra *Misiones*.

Por lo mismo, nos ha parecido de especial interés la exposición que procuraremos hacer ahora sobre la sinarquía, puesto que a este tema se vuelca la mayor parte de los ocultistas contemporáneos. Esto nos permitirá también exponer una nueva adaptación de la analogía al estudio de la sociedad.

La sinarquía

Después de haber pasado cerca de veinte años en el estudio profundo de la historia, un investigador de nuestra época, el marqués de Saint-Yves d'Alveydre, estableció la existencia de una ley en la organización de las sociedades, anotando que aquellos pueblos que habían aplicado dicha ley vieron durar muchos siglos su sistema de gobierno, mientras que, por el contrario, al perder de vista esta ley no tardaron en presentar serios desequilibrios más

o menos profundos. De ahí el nombre de síntesis de gobierno o *Sinarquía* dado a esta ley de organización social.

Ante todo, queremos diferenciar las investigaciones de Saint-Yves d'Alveydre de las concepciones más o menos utópicas de los socialistas contemporáneos. La sinarquía *ha sido aplicada* durante siglos por algunos pueblos y funciona aún con pocas modificaciones en China. No es un sueño, ni un invento destinado a experimentar sus pros y contras; es una realidad sobre la cual podemos haber tenido poca o mucha información, aunque hoy no exista en nuestro mundo.

La sinarquía es una ley de vida que existe tanto para el organismo social como para el organismo humano. Cualquier investigador que aplicara al organismo social los principios de fisiología vigentes en el organismo humano llegaría a deducir esta ley, considerando este último como el sistema más avanzado en los organismos animales.

Con sus diversas obras destinadas a la verificación de esta ley en la historia humana: la *Misión de los judíos*, donde expone la historia universal; la *Misión de los reyes*, la historia de Europa; la *Misión de los franceses*, la historia de Francia, Saint-Yves d'Alveydre se ha preocupado en demostrar cómo, por simple decreto, sería posible aplicar esta ley a la sociedad actual, sin tener nada que ver con la revolución pacífica o violenta propugnada por los socialistas, ni con la destrucción de los engranajes sociales imaginada por los anarquistas.

Lo que primero impresiona al investigador al consultar las obras de este autor es la generalidad de los principios, que allí se aplican exclusivamente a lo social. Podemos afirmar sin temor a contradecirnos que Saint-Yves d'Alveydre ha encontrado algo así como la fisiología de la humanidad, más aún, que ha llegado a determinar las leyes de relación entre los diversos grupos humanos.

Todo es análogo en el Universo; la ley que gobierna una célula

humana debe, por analogía, gobernar al hombre. Por consiguiente, la ley que rige a un individuo será también válida para una colectividad humana, una nación o una raza.

Repasemos, pues, rápidamente la constitución fisiológica del hombre. No será necesario entrar en muchos detalles, puesto que llegaremos a deducciones verdaderas en cuanto que ellas se apoyarán en los hechos comprobados de antemano y con frecuentes verificaciones.

El hombre se alimenta, el hombre vive, el hombre piensa.

Puede comer y alimentarse gracias a su estómago, vive gracias a su corazón y piensa gracias a su cerebro.

Sus órganos digestivos se encargan de dirigir la *economía* de todo el organismo, de reemplazar los déficits alimenticios y de reservar los excedentes para cuando sea preciso.

Sus órganos circulatorios tienen como función impulsar y distribuir por todo el organismo la energía necesaria para el movimiento de la maquinaria humana, al igual que los órganos digestivos proveen el material necesario para este impulso. En cuanto a la energía, se presenta como una potencia. Así pues, los órganos circulatorios hacen actuar esta potencia en el organismo.

En fin, los órganos nerviosos del hombre gobiernan todo su organismo. Por intermedio del gran simpático inconsciente, obran los órganos digestivos y circulatorios, y por intermedio del sistema nervioso consciente, los órganos motores. Los órganos nerviosos vienen a representar entonces la autoridad.

Economía, Poder, Autoridad: he aquí el resumen de las tres grandes funciones inherentes al hombre fisiológico. Ahora bien, ¿qué relaciones presentan estos tres principios entre ellos?

Mientras el vientre reciba el alimento necesario, la economía funciona bien. Si el cerebro, con un fin deliberado, restringe dicho alimento, el estómago clamará: «Tengo hambre, ordena a los miembros que me suministren alimento». Si el cerebro resiste,

el estómago causa la ruina de todo el organismo, y por consiguiente la del cerebro mismo. El hombre muere de hambre.

Mientras los pulmones pueden respirar a su antojo, una corriente de sangre purificadora, es decir *poderosa*, circula en el organismo. Por el contrario, si el cerebro impide la marcha normal de los pulmones o los lleva hacia un medio malsano, éstos van a prevenir al cerebro sobre su necesidad de aire, por una angustia que podría traducirse así: «Danos aire puro, si quieres que el organismo siga funcionando». Si el cerebro no tiene suficiente autoridad para poder hacerlo, las piernas dejarán de obedecerle, se tornarán muy débiles, todo se derrumbará y el hombre morirá por asfixia.

Podríamos proseguir nuestro análisis, pero pensamos que resulta suficiente para mostrar al lector el juego de estas tres grandes potencias, Economía, Poder y Autoridad, en el organismo humano. Veamos ahora estas grandes divisiones aplicadas a la sociedad.

Si reunimos en un solo rubro toda la riqueza de un país, con sus sistemas de acción, agricultura, comercio, industria, tendremos el vientre del país, donde se genera la fuente de su ECONOMÍA.

Al reunir de otro lado todos los ejércitos y los magistrados, tendremos el pecho de este país, donde hallaremos la fuente de su PODER de acción.

Por último, al agrupar los profesores, los sabios y los miembros de todos los cultos, junto con los literatos de una sociedad, constituiremos su fuente de AUTORIDAD.

Para establecer la relación científica de estos tres grupos entre sí, diremos:

VIENTRE	=	ECONOMIA	=	FUNCION ECONOMICA
PECHO	=	PODER	=	» JURIDICA
CABEZA	=	AUTORIDAD	=	» EDUCATIVA

Así, quedarán establecidas las correspondencias fisiológicas.

¿Qué ocurriría si, en un Estado, la autoridad rehusara dar respuesta a las justas reclamaciones de los gobernados?

Al establecer la analogía vemos:

¿Qué ocurriría si, en un organismo, el cerebro rehusara dar satisfacción a las justas peticiones del estómago?

La respuesta es fácil de prever. El estómago hará sufrir al cerebro y finalmente el conjunto morirá.

Vale decir: los gobernados harán sufrir a los gobernantes y al final toda la nación perecerá.

La ley es fatal.

Así, tanto en la fisiología de la sociedad como en la del individuo, encontramos una doble corriente:

1.º La que va desde los gobernantes a los gobernados, análoga a la corriente del sistema nervioso ganglionario sobre los órganos y vísceras.

2.º La corriente reactiva de los gobernados hacia los gobernantes, análoga a la corriente de las funciones viscerales sobre las funciones nerviosas.

Los poderes *Educativo, Jurídico y Económico* constituyen la segunda corriente, en tanto que la primera se forma de los poderes *Legislativo, Judicial y Ejecutivo*.

Tales son los dos polos, los dos extremos de la balanza sinárquica.

Hemos escogido esta forma de exposición del sistema de Saint-Yves d'Alveydre a fin de subrayar mejor su principal componente: la analogía, observada en forma muy estricta, tomando diversas manifestaciones de la vida en la naturaleza.

Tal es y será siempre la clave de una creación de cualquier tipo

que se precie de contener un esoterismo verdadero. Todo sistema social que no se adapte analógicamente a las leyes y evoluciones de la naturaleza no será más que un sueño sin bases reales.

Vemos, pues, que el principal aporte de la obra *Misiones* es el de la ley de los gobernados, *Educativa, Jurídica, Económica*, puesto que la de los gobernantes, *Legislativa, Judicial y Ejecutiva*, se conocía ya desde hace mucho tiempo, siendo transmitida por el mundo pagano.

Determinar científicamente la existencia y la ley de la vida orgánica de una colectividad, determinar igualmente la vida de relación de pueblo a pueblo y de raza a raza: tales son los problemas abordados en las obras de Saint-Yves d'Alveydre. Por doquiera, la vida debe seguir leyes análogas. Para mencionar, aunque sólo sea de pasada, la vida de relación de los pueblos europeos entre ellos, no hace falta tener muchas luces para advertir su organización antinatural. Imaginemos por un momento que los individuos obraran entre sí como obran las grandes potencias entre ellas. ¿Cuánto tiempo podrían estar impunes sin ir a prisión? La ley que regula hoy por hoy las relaciones entre los pueblos es la de los bandidos, siempre armados, siempre dispuestos a unirse para lanzarse sobre el más débil y repartir el botín. ¡Qué gran ejemplo para los ciudadanos!

Esta es la razón de que el investigador pueda hablar con bases científicas a los pueblos y decirles:

«Al cambiar vuestros reyes y vuestros gobiernos, no haréis más que agravar vuestros males. Estos males no provienen de la forma gubernamental, sino más bien de la ley que la constituye. Aplicad la gran ley de la naturaleza y el porvenir se abrirá radiante para vosotros y para vuestros hijos!»

Sistemas actuales de gobierno

La sinarquía, al actuar no como un sistema sino como una ley científica, permite apreciar la situación exacta que ocupan las diversas formas de gobierno en la jerarquía de las ciencias sociales. Aquí también debemos ceder la palabra a Saint-Yves d'Alveydre, con el fin de dar a conocer su trabajo, en que expone la definición de las diversas formas de gobierno.

Los párrafos siguientes han sido extraídos de *Misión de los reyes*, capítulo primero:

«En estas investigaciones sobre el origen del derecho común y del gobierno general de Europa, vamos ahora a decir algo sobre los conceptos de república, monarquía y teocracia.

Es preciso determinar la exacta y rigurosa acepción de estos nombres, sin proceder por abstracción ideológica, como ya ha sido el caso desde Platón hasta Montesquieu, sino mediante la observación y la experiencia tradicionales, de las cuales la historia se constituye en su proceso verbal.

Como no queremos engañarnos a nosotros mismos para sacrificarnos ante el misticismo político de los demás, no vamos a retroceder ante la verdad científica. Las formas de gobierno que intentaremos definir de acuerdo a su carácter histórico, son puras o mixtas, radicales o compuestas, según que su vocablo nominal sea o no expresión de su principio peculiar y del medio por el cual cada sistema tiende a realizar su fin.

República

El principio de la república pura es la voluntad popular.

El fin que se propone esta voluntad es la libertad ilimitada de los ciudadanos.

El medio por el cual este principio tiende a realizarse hacia su fin es la igualdad jurídica, sin distinción de planos y sin jerarquía de funciones.

La condición radical, el organismo típico que corresponde al empleo de este medio es el nombramiento directo de los magistrados por el pueblo, reunido en asamblea masiva, sin representantes ni delegados, en una palabra, sin intermediarios.

La garantía de esta forma de gobierno es la esclavitud doméstica, la servidumbre civil, agrícola o militar de la inmensa mayoría, el exilio o el ostracismo político.

Atenas realizó este tipo ideal de república, pero su brillo no debería deslumbrarnos, puesto que se origina más en las instituciones teocráticas que habían sido llevadas a Grecia desde Fenicia, y, sobre todo, desde Egipto: los misterios de Orfeo, los ritos de Delfos y Eleusis, las Anfictionías, etc.

La libertad de los ciudadanos tenía en esta república la contraparte de la esclavitud como garantía, y nadie estaba a salvo de esta temible y constante amenaza.

Es así que, si Nicetos no hubiera pagado el rescate por la libertad de Platón, este vulgarizador de Pitágoras, en lugar de aplicar su metafísica fantasiosa sobre la república se hubiera visto obligado a limitar sus virtudes republicanas a la práctica de sus deberes como esclavo, bajo la pena de ser azotado, torturado o golpeado.

Cartago tuvo también una república pura, con el terror como resorte y fortaleza, con la estatua de Molok y la esclavitud de los númeridos como base y pedestal, apoyo y garantía de la libertad.

Fundada por bandidos, el antiguo reducto de la Etruria teocrática, Roma, más burda que Atenas, más brutal aún que Cartago, se adapta igualmente al molde de la república radical, aunque con algunas modificaciones que le imponen los restos de la monarquía y la teocracia, que en todo momento trata de anular, borrando su influencia y su recuerdo.

Es así como el Soberano Pontífice romano, con su colegio de doce altos sacerdotes, está investido de un poder suficientemente considerable como para disolver y suspender las asambleas populares y, puesto que según la opinión del pirronismo, al perderse la relación entre la religión y la fe, cesa también para el Soberano Pontífice el crédito necesario a su función, la patria de Cincinnatus llegó a ser la de Sila, y Julio César pudo lucir sobre su cabeza la tiara y la corona imperial.

A la Roma republicana, para poder ser libre, no le bastaba la esclavitud doméstica; tenía también a su servicio a Europa y parte de Africa y de Asia.

En la era cristiana nunca ha existido una verdadera república.

El gobierno de las ciudades de Italia, Flandes u Holanda no fue republicano sino de nombre. Aunque fuera realmente representativo, el sistema de estas ciudades fue municipal o emporio-crático, quizá una amalgama de ambos, tal como son más o menos hoy en día Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, y como querría ser la democracia burguesa en Francia, sin llegar a lograrlo, por causas que no vale la pena exponer.

Monarquía

Cuando Montesquieu, luego de afirmar que el principio de las repúblicas era la virtud, ha pretendido que el de las monarquías es

el honor, lo que quería seguramente era adular a los reyes o a los pueblos, igual que lo hace hoy en día M. Prudhomme, aunque de forma distinta a Montesquieu.

El principio de la monarquía pura es la energía de su fundador, o sea del más fuerte y el más dichoso, si entendemos como tal a aquel que más favorece el destino.

El fin que se propone la monarquía pura es la autocracia.

El medio por el cual este principio tiende hacia su fin es la centralización de todos los poderes en la persona del monarca.

La condición jurídica indispensable para el empleo de este medio es que la ley emane directamente del déspota, sin representantes ni delegados reales distintos a los escribanos, jueces y verdugos.

La garantía de esta forma de gobierno es el asesinato legal: en las condiciones de anarquía pública que se hacen indispensables para la constitución de la monarquía pura, para salvar la unidad nacional será preciso al rey ser maestro de la muerte.

La monarquía pura tuvo lugar entre los asirios. Ciro, Atila, Gengis-Khan, Tímeo portaron en sí el carácter real.

Durante el cristianismo no ha habido nunca monarquía pura, en el sentido absoluto de esta palabra.

En cada país cristiano que ha propendido a la unidad, la autocracia ha sido sin duda el fin principal de las dinastías, pues de otra forma no hubieran podido tener motivaciones de fuerza suficiente para poder crear y conservar dicha unidad nacional.

Sin embargo, aunque la mayor parte de estos países no llegaron a desconocer las garantías del despotismo de sus predecesores asiáticos, tampoco lograron usarlo radicalmente en forma continuada.

Teocracia

El principio de la teocracia es la religión.

El fin que persigue es la cultura universal de las conciencias y de las inteligencias, su unión y su paz social.

El medio por el cual este principio tiende hacia su fin es la tolerancia de todos los cultos y su relación con un principio común.

La condición necesaria para emplear este medio es el libre asentimiento de los legisladores y los pueblos sobre la eficacia práctica de la ciencia y de la virtud del sacerdocio y de su fundador.

La garantía de esta forma de gobierno es la realización incesante de la perfección divina, por el desarrollo de la perfectibilidad humana: educación, instrucción, iniciación, selección de los mejores.

Antes del cisma de Irshou, Asia, Africa y Europa enteras fueron gobernadas por una teocracia, y todas las religiones de Egipto, Palestina, Grecia, Etruria, Galia, España y Gran Bretaña son la expresión de su desmembramiento y disolución.

Esta teocracia está descrita o indicada en los textos sagrados hindúes, persas, chinos, egipcios, hebreos, fenicios, etruscos, en la enseñanza de los druidas y bardos celtas, y hasta en los cantos y leyendas de la extrema Escandinavia y de Irlanda. La teocracia que aquí estamos mencionando fue fundada por el conquistador a que se refiere el Ramayana de Walmiki y los cultos dionisiacos de Nonus.

Gracias a esta unidad primordial, de la cual encontramos por doquier huellas positivas y cuya tradición se conservó en los templos antiguos, se hace posible la convergencia de ideas y doctrinas que vemos desde Damis y Filostrato, Apolonio de Tiana, contemporáneo de Jesucristo, entre todos los centros religiosos

del mundo, e igualmente entre los sacerdotes y los cultos, desde la Galia hasta el límite de las Indias y Etiopía.

En nuestros días, la francmasonería, armazón y esqueleto de una teocracia, es la única institución que lleva en sí este carácter universal y que, a partir del grado treinta y tres, se asemeja un poco, en sus líneas generales, a la antigua alianza intelectual y religiosa.

Moisés, iniciado a la ciencia del sacerdocio en Egipto, donde después del cisma de Irshou se implantó una teocracia mixta, quiso salvar de la disolución religiosa e intelectual algunos libros sagrados que guardaban, en forma muy velada, la ciencia fundamental de aquella antigua unidad.

Esta fue la razón de que Moisés fundara la teocracia de Israel, cuyas colonias religiosas posteriores han sido el cristianismo y el islamismo.

La cristiandad no ha sido nunca una teocracia, bien fuera pura o mixta, puesto que la religión cristiana, representada por iglesias rivales desde el siglo V, y subordinada por su constitución democrática a una forma política intermedia entre la república y el imperio, no hubiera podido nunca intentar como culto la tarea de unidad intelectual, la enseñanza científica, la selección y la iniciación que son la garantía de la teocracia.

Los medios necesarios para esta forma de gobierno: *tolerancia de todos los cultos, vinculados por un principio común*, nunca hubieran podido ser puestos en práctica, ni en los concilios generales de los primeros siglos, ni en los concilios parciales que han seguido a la separación entre las Iglesias griega y latina, ni tampoco por el pasado, el cual, dada su situación parcializante y política en la cristiandad, no hubiese conseguido, pese a todos sus esfuerzos, lograr otra cosa que un poder clerical y sectario, que viene a ser todo lo contrario de la autoridad teocrática.

Con todo, la influencia intelectual y moral de Jesucristo ha

sido tan poderosa, tan teocrática, que aunque fue relegada a la purificación del espíritu y la conciencia individual, y su obra no ha hecho efecto sobre los sacerdocios divididos ni éstos la han proyectado sobre las instituciones generales de Europa, sin embargo ha determinado para el mundo cristiano la fuerza universal de opinión que rechaza las cadenas de la demagogia y los instrumentos mortales del déspota y ha hecho imposible el establecimiento, bien sea de la república absoluta o de la monarquía radical, paralizando toda forma extrema de gobierno.

¡Sean, pues, el honor y la gloria dados por siempre a Jesucristo!

Sin embargo, y nos apenas decirlo, lo que no ha sido posible dentro de la cristiandad, se ha dado por doquier fuera de ella.

Las razas de Africa, y sobre todo las de Asia, aunque moderadas un poco por el Islam desde la toma de Constantinopla por los turcos, se hallan en condiciones que permiten la consolidación de la monarquía pura.

Nos engañaríamos al pensar que las armas materiales de nuestra civilización y los modernos sistemas de guerra nos pertenecen en forma exclusiva; por el contrario, ellos se adaptan mucho más al temperamento disciplinario de estas razas, acostumbradas a las invasiones masivas siempre que un déspota suficientemente enérgico las reúna y subleve.

No un millón, sino muchos millones de hombres armados y entrenados a la europea pueden ser lanzados, al reunir las huestes del Africa y Asia, sostenidas por el Islam y el imperio chino, sobre Europa, ya dividida en su interior.

Al recorrer su ruta, ya habitual, de las costas de Africa a Italia y España, y de allí hacia el corazón de Occidente, desde el Cáucaso hasta el Atlántico, esta marea humana puede volcarse de nuevo, arrasándolo todo a su paso.

El gobierno general de Europa se halla más predispuesto que

nunca a sufrir las consecuencias de este movimiento cíclico, que podemos prever tanto por sus indicios más aparentes como por otros de carácter secreto.

Al estar divididos entre ellos, sin tener lazos religiosos ni jurídicos que sean fuertes, los estados europeos se convertirían, unos contra otros, en los principales aliados de los invasores.

El mercantilismo estará presto a proporcionar las armas, siempre que obtenga una buena ganancia, y llegado el caso no tendrá inconveniente alguno en exportar cañones, fusiles, balas, municiones y pólvora.

La competencia colonial, la rivalidad de los Estados, la envidia entre los pueblos cristianos, harán que ellos envíen cada vez más los instructores, junto con la información necesaria sobre toda clase de tácticas militares.

Cada nación europea, puesto que el mal se habrá enseñoreado en ella, no abogará ciertamente por salvaguardar lo más inmediato o próximo; muy al contrario, se alegrará de su seguridad sin prever su catástrofe final, dado que la política internacional de los gobiernos mal llamados cristianos presenta toda suerte de inmoralidades y, por consiguiente, los sentimientos irracionales son los únicos que cabe esperar.

En cuanto al impulso capaz de arrojar estos dos continentes sobre el nuestro en una formidable balística de proyectiles humanos, éste saldrá, sin duda, como ya ha ocurrido otras veces, de la energía indomable de un asiático o un africano, cabeza de una monarquía absoluta y de un destino gigantesco y fatídico que busque transformar el alma de sus razas.

Tales reyes tiránicos no vacilarán, como tampoco lo han hecho en el pasado ante ninguna de las consecuencias de su principio político.

La monarquía más sencilla y radical se encarnará de nuevo en ellos, como ejecutora sin piedad de la sentencia del destino, ha-

ciendo rodar las cabezas de las familias imperiales o reales destronadas, arrasando países enteros por el fuego, degollando a los grandes y obligando a los pequeños a marchar en sus ejércitos, apoderándose de nuestros bienes, y, para vengar a sus pueblos de la inmoralidad de la Europa colonial, convirtiendo nuestras ciudades en un lúgubre montón de piedras y restos calcinados, ahogando en sangre nuestras naciones o dispersándolas a los cuatro confines del mundo.

La Europa cristiana carece de fuerza política para oponerse a estas calamidades, puesto que la república pura y la monarquía radical se hacen imposibles en ella, por la necesaria inmoralidad de sus garantías.

Por estos motivos, y por muchos otros, será preciso que busquemos, dejando a un lado la política, la posible unión de las naciones europeas. Hablaremos, pues, ahora de la modalidad por la cual se intenta desde hace ya algún tiempo reemplazar en Europa las garantías de la república o la monarquía absolutas. El lector habrá adivinado que nos referimos a las instituciones representativas.

Instituciones representativas

Se ha dicho que ésta es una idea moderna; es uno de los errores comunes en nuestros días. Así como cada aldeano considera su pueblo más bello que todos los demás, e infla su orgullo local atribuyendo a su campanario la supremacía sobre todos los pueblos vecinos, igual ha ocurrido a algunos de nuestros contemporáneos, que pretenden enseñar a los demás, siendo verdaderos aldeanos intelectuales que rehúsan salir en pensamiento de su

época y su medio ambiente, para observar y juzgar con objetividad lo que ellos han condenado de antemano.

La política es vieja como el mundo, y como tal en todos los tiempos sus medios se han dispuesto conforme a sus necesidades.

Basadas en las formas de gobierno de los antiguos pueblos celtas autóctonos, de la Iglesia primitiva, y antes de ella del neoceltismo de Odin que informó el sistema feudal de los godos, las instituciones representativas parecen adaptarse tanto a la república como a la monarquía.

Sin embargo, no bastan para moderar los intereses políticos de los gobiernos, que las entorpecen en sus principios, en sus medios, y las alejan incesantemente de sus fines. En efecto, la voluntad demagógica no puede estar representada sin faltar los dos poderes legislativo y ejecutivo. Por lo mismo, la fuerza del tirano no puede delegarse, sin ser relegada detrás de un parlamento o una corte de justicia.

En el primer caso, no existirá república pura, puesto que es la oligarquía representativa y no el pueblo llano quien legisla y gobierna, nombra los magistrados y limita la libertad de todos y cada uno. En el segundo caso, no habrá monarquía pura, puesto que será la oligarquía representativa y no el monarca quien legisle y comparta el gobierno, bien sea bajo la mira de su propia ambición o bajo la de los partidos, pudiendo abusar de la ley e incluso llegando a eliminar por muerte al monarca, despojándole así del uso exclusivo de los medios y de las garantías de su función.

En las monarquías bastardas o representativas estas dos corrientes, la voluntad del demagogo y la fuerza del monarca, se combatirán de continuo de una manera latente o declarada.

En las repúblicas bastardas o constitucionales el enfrentamiento tendrá lugar entre la demagogia y la oligarquía representativa, y el dualismo estará así, en una u otra forma, declarado.

Así pues, ocurrirá sin remedio una de estas dos cosas: que el rey

y la oligarquía representativa, en el caso de la monarquía, o bien la oligarquía y su cabeza representativa (presidente, jefe supremo, protector o como se llamare), en el caso de la república, lancen su demagogia sobre las colonias de ultramar o la orienten hacia conquistas militares.

En el primer caso, si se trata de las colonias, tanto la república como la monarquía irán hacia la emporiocracia, es decir, el predominio de los intereses económicos considerados como móviles de gobierno.

En el segundo caso, tanto una como otra irán hacia el Imperio, si la conquista militar de los pueblos extranjeros se produce con éxito, y se traduce, por consiguiente, en dominación política.

Tiro, Cartago, Venecia, Génova, Milán, Florencia, España, Portugal, Holanda e Inglaterra, entre otros, han sido emporiocracias, en tanto que mantuvieron las bases republicana o monárquica de sus potencias.

Roma, y después de ella la mayor parte de las potencias continentales que esbozaron los esquemas generales de la Europa cristiana, al fundamentar sus respectivas unidades nacionales se han orientado igualmente hacia el imperio: Inglaterra, durante la Guerra de los Cien Años; España y Suecia, durante la guerra de los Treinta Años, y la Francia denominada a sí misma republicana, durante las guerras de la Revolución.

En la emporiocracia como en el imperio, el problema político de la utópica alianza de los dos principios de la monarquía y la república, o de la oligarquía constitucional y la voluntad popular, ha sido aplazado, ya que no resuelto, en el momento en que las colonias han logrado emanciparse de la emporiocracia y los pueblos conquistados del Imperio. El gobierno se reduce ahora al dualismo de su vida interior, sin poder beneficiarse de los resultados que traería un libre ejercicio de las voluntades y una verdadera satisfacción a sus energías.

Hemos definido ya con detenimiento, por ahora, los términos de teocracia, monarquía y república, así como las instituciones representativas y la emporiocracia. Nos falta ahora definir el Imperio.

Imperio

Dentro de su carácter monárquico especial, tiende a dominar a la vez varios gobernantes, repúblicas o reinos, pueblos o razas.

Es por esto que el poeta épico hindú Waimik nos pinta a Ram utilizando la forma política imperial a fin de poder implantar luego su teocracia.

También Homero, en menor escala, nos muestra a su Agamenón como el emperador de todos los reyes y pueblos de la antigua Grecia.

En fin, es así como Alejandro, Julio César, Carlomagno, Carlos V y Napoleón I reinan, bajo la forma imperial, sobre las razas conquistadas y sobre sus gobiernos o representantes.

En la misma forma, hoy en día el gobierno emporiocrático de Inglaterra reina imperialmente sobre varias razas y Estados de América, Europa, Asia, Africa y Oceanía.

Como podemos ver por lo anterior, el imperio puro se presta, como la emporiocracia y las instituciones constitucionales, a formas políticas muy variadas, dado que, al dominar sobre distintos gobiernos y razas múltiples, no los reúne bajo su poderío sino a condición de respetar hasta cierto punto sus propias instituciones, o en el peor de los casos, de desplazar una fuerza militar, con lo cual se menguan los beneficios que el Estado imperial disfruta por su régimen colonialista.

En la Europa actual, los otros gobiernos que llevan el título de

imperio lo portan de una forma más bien honorífica, sin un verdadero carácter imperial radical, a excepción de Prusia y Rusia.

Todas las formas de gobierno que acabamos de repasar se relacionan con alguna de las tres grandes divisiones de la vida social: *Religión, Política y Economía*.

A la religión corresponde la teocracia; a la política corresponderán la república y la monarquía puras o mixtas, y a la economía la emporiocracia.

En los anales de la humanidad, la teocracia pura ha sido la forma que menos se ha adoptado en los gobiernos, puesto que exige de su fundador, además de genio, sabiduría y ciencia excepcionales, circunstancias favorables que son poco comunes y pueblos suficientemente iluminados para poder implantarla. La longevidad de los gobiernos teocráticos es sin embargo admirable y extrema.

Egipto, la India y la China de Fo-Hi, incluso Israel, a pesar de la pesada carga que Moisés le impuso a través de siglos al hacer a los hebreos guardianes de las ciencias secretas de la antigua unidad, todos estos sistemas de gobierno teocráticos llegaron a perdurar por cientos y hasta miles de años y legaron al mundo todos los conocimientos que hoy en día constituyen el patrimonio común de la civilización.

Aunque su duración en la historia ha sido más corta que la de los sistemas teocráticos, es de anotar que los reinos y los imperios han permanecido más tiempo que las repúblicas, las cuales muy raramente sobrepasan una centuria.

Esta diferencia en la duración de los sistemas de gobierno se apoya en la mayor o menor energía que encierra su principio de vida.

La sabiduría y la ciencia no llegan a tener parte efectiva en el gobierno de una sociedad, sino en el sistema de la teocracia.

En la monarquía, la energía intelectual y moral del fundador

deja siempre su obra a merced de todo azar, puesto que poco tiempo puede durar su propia vida y, por tanto, queda a merced de la debilidad o estupidez de los sucesores y, por consiguiente, de los partidos o la inminente restauración del principio republicano.

En la república, su principio de vida es aún más débil, a pesar de que la voluntad popular, tan ruidosa y agitada, nos pueda dar la ilusión de tener mucha energía. El signo predominante en esta voluntad es dividirse sin cesar en contra de ella misma, engendrando partidos entre los partidos y poniendo en peligro al Estado en forma constante.

Así, todo el arte de los grandes legisladores de Atenas, Roma, Tiro o Cartago consistía, para tratar de alargar la duración de su sistema republicano por algunos siglos, en rodearlo de instituciones prestadas a otros regímenes diversos, donde la incurable mediocridad política de las masas pudiera complementarse con algunos detalles tomados de la grandeza ajena al sistema.» (Fin de la cita.)

Ahora, nuestros lectores podrán considerar la importancia de la obra emprendida por Saint-Yves d'Alveydre. La ignorancia del gran público, y aun del sector intelectual, en lo tocante a sus *Misiones*, nos demuestra por lo demás la modestia del autor, ya que no ha buscado en la fama una confirmación pasajera de su autoridad. Es, pues, un deber de justicia, que nos hemos propuesto cumplir, dar a conocer mejor a este verdadero sabio, continuador laborioso de sus investigaciones y que será el primero en sorprenderse al ver sus trabajos comentados o patrocinados para su publicación.²

Ahora nos damos cuenta de las ventajas que encierra la sinar-

² Papus tuvo tres maestros: Eliphas Lévi, ya fallecido; el marqués de Saint-Yves d'Alveydre, a quien llama su «maestro intelectual», y en los últimos años de su vida, el maestro Philippe, de Lyon, taumaturgo y «hombre de Dios», a quien consideraba como su «maestro espiritual», quien hizo de Papus un fiel discípulo de Jesucristo, y esto último, al margen de cualquier Iglesia. (Ph. ENCAUSSE.)

quía. Veremos en seguida cómo los investigadores contemporáneos, al tomar el camino señalado por Saint-Yves, han podido prever la reacción demagógica cuyos primeros efectos se hacen sentir en la actualidad bajo el nombre genérico de anarquía.

Con base en los trabajos de Saint-Yves sobre la sinarquía, un grupo de investigadores se ha propuesto continuarlos, y tras cuatro años de esfuerzo los resultados obtenidos han demostrado ser de gran interés, hasta el punto de haber presentado las primeras conclusiones públicamente.

Recalquemos una vez más que se trata de investigadores con verdadero carácter científico, cuya meta es llegar a establecer una anatomía social positiva, pasar de allí a la fisiología social y llegar por fin hasta una psicología de lo social. Tal empresa ha requerido comenzar por un serio análisis de los órganos de la sociedad, seguido por una síntesis de las funciones creadas por estos órganos, y también por una búsqueda de las leyes fundamentales que presiden dichas funciones. Todo esto explica el largo tiempo necesario para tal estudio, que ha sido emprendido por F.-Ch. Barlet, Julien Lejay y vuestro servidor, y que no terminará hasta dentro de algunos años.

Los antiguos egipcios pretendieron poseer la ley de organización y funcionamiento de las sociedades, y llegaron a probarlo al enviar a sus iniciados, Orfeo, Licurgo, Solón, Pitágoras, Moisés, a organizar Grecia y sus colonias los cuatro primeros, y el pueblo judío en el caso de Moisés, con el resultado de formar en éste un verdadero espíritu de raza que le ha permitido sobrevivir a los más tremendos cataclismos.

Hoy en día, aquellos sedientos de reformas sociales reclaman casi en forma unánime, bien una nueva humanidad para aplicar sus proyectos, bien una destrucción total de los estamentos sociales vigentes en la actualidad. Suelen ponerse de acuerdo para destruir, pero cuando se trata de edificar se callan o pronuncian

frases conmovedoras. El problema no consiste en matar al enfermo para criar a sus hijos de otra forma; consiste sí en atacar esta enfermedad respetando sus órganos vitales, y restablecer así la salud a la sociedad, allí donde la putrefacción ha comenzado a hacer desastres.

Que nuestra sociedad adolece de mala salud en un hecho muy claro y bastaría para comprobarlo observar nuestras audiencias legislativas y criminales. Varios investigadores, entre ellos M. Quaerens³, han llegado a esbozar un diagnóstico al respecto. En un estudio magistral, Jules Lermina⁴ intenta poner en claro el punto de partida de nuestros males actuales. Todos los esfuerzos realizados en este sentido deben merecer la atención del filósofo. Veamos rápidamente los delineamientos generales de las conclusiones analíticas a que han llegado los continuadores de la sinarquía.

Por desgracia, el ámbito de nuestro estudio no nos permite más que resumir en forma muy rápida el método empleado, sin llegar a profundizar en los medios de realización práctica e inmediata aportados por este método.

Los constructores de sistemas sociales extraen sus deducciones de su imaginación, o de las enseñanzas de la historia, o también a veces de la simple rutina. Los investigadores a que ahora nos referimos no pretenden haber inventado nada nuevo, sino que se esfuerzan por estudiar a fondo los procedimientos que emplea la naturaleza para la construcción de todo organismo, y al considerar la sociedad como un organismo especial intentan aplicar las leyes de la vida a ese organismo así entendido. El primer resultado de sus esfuerzos ha sido constatar que todos los sistemas de gobierno *que funcionan* se adaptan estrictamente a un organismo vegetal o animal más o menos perfeccionado.

³ *Cachexie Stercorale* (París, *Initiation*, 1893).

⁴ *Ventre et Cerveau* (París, 1894, Chamuel).

Alentados por esta primera prueba de la validez de sus investigaciones, analizaron el organismo humano y se dedicaron a buscar aplicación en la sociedad de las leyes generales en acción respecto al primero. Recordaremos las tres divisiones globales: Vientre social o Economía política; Pecho social o Poder; Cabeza social o Autoridad, que constituyen la base de todos estos trabajos.

Veamos ahora las grandes divisiones establecidas dentro de este análisis por F.-Ch. Barlet ⁵:

«La sociedad es un *ser vivo*, compuesto por seres voluntarios y responsables.

»Está sujeta a las leyes biológicas, pero su voluntad es más consciente y dirige más el funcionamiento fisiológico que en el caso del individuo humano. Incluso llega a tener la facultad de disponer *órganos* bajo su responsabilidad.⁶

Su estudio es así similar al de cualquier biología.

ANATOMIA	FISIOLOGIA	BIOLOGIA GENERAL
—	O BINOMIO SUBJETIVO	O BINOMIO OBJETIVO
—	—	—
Estudio de los órganos de un grupo social	Funcionamiento de los órganos de un grupo social	Funcionamiento de la humanidad social
	CONSIDERADO EN FORMA AISLADA	CONSIDERADO EN SU MEDIO
	—	—
	Política interior	Política exterior

⁵ Para más detalles, véase F.-Ch. Barlet, *Principios de sociología sintética*, París, Chamuel, 1894.

⁶ Se sabe que, en el ser humano, la marcha del sistema de la vida orgánica (corazón y circulación, hígado y digestión, gran simpático e innervación) escapa a la influencia de la voluntad.

Para comprender mejor estas divisiones, vamos a extraer algunos conceptos relativos a la anatomía, la fisiología, y aun la patología sociales, para indicar con claridad el carácter de estos estudios.

Anatomía

Todo grupo social comprende:

- 1.º *Individuos* (que son sus elementos constituyentes): el cuerpo;
- 2.º Una unidad que forma un ser de estos elementos: el *Estado*;
- 3.º Unidades intermediarias: familiares y corporaciones;
- 4.º Un puente entre los individuos y las unidades: el *Gobierno*, cuya función es doble:

- A) Satisfacer a los individuos como individuos;
- B) Integrarlos al Estado como elementos.

Por consiguiente, y en forma recíproca, los individuos tendrán igualmente una doble función:

- A) Satisfacer al Estado como unidad;
- B) Adaptarse a las necesidades de sus elementos singulares.

Este sistema de gobierno se basa entonces en la libertad y la responsabilidad humanas (sin embargo, existen principios fijos que son guías obligatorias).

De forma análoga ocurre en el interior del organismo humano. Los individuos son las células. El estado es el cuerpo total. La

salud depende del gobierno que el alma ejerce sobre los individuos a través del estado y sobre las células mediante un régimen higiénico.

La Sociedad, como todo organismo superior, posee *cuerpo*, *alma* (espiritual e intelectual), *espíritu* (mente) y *voluntad* deliberada para regir las relaciones vitales entre estos sistemas, lo cual nos lleva a lo que en sociología se denomina *Gobierno*.

Su espíritu se constituye por los principios que la determinan (el espíritu público, la conciencia colectiva, según la expresión corriente).

Su alma espiritual es la *autoridad*, el poder espiritual.

Su alma intelectual es el *poder*, o más exactamente el poder temporal (al cual corresponden las constituciones *a priori*).

Su cuerpo estará constituido por los diversos tipos de grupos sociales (familia, tribu, comuna...), que son los órganos o sistemas anatómicos en el organismo social.

El espíritu y el alma espiritual carecen de forma, puesto que pertenecen al mundo abstracto. Por el contrario, el poder y los grupos sociales son esencialmente formales.

Fisiología

¿De qué manera cumple sus funciones el Gobierno?

En forma análoga a la voluntad.

1.º *Recibe las impresiones* (que provienen de los cuatro elementos: individuo, familia, corporación, o de él mismo, de su propia iniciativa): EXHORTACIONES, PETICIONES, PLIEGOS, INICIATIVA.

2.º *Delibera* de acuerdo a su conciencia (grandes hombres), a su inteligencia o al sentimiento (conquistadores), o también a sus sensaciones (tiranos): DE AHÍ LOS CONSEJOS DE DISTINTA ÍNDOLE.

3.º *Ordena*: LEYES, DECRETOS, ORDENANZAS, ETC.

4.º *Hace ejecutar*: por ejecución activa (REALIZACIÓN POR ADMINISTRACIÓN DIRECTA); o pasiva (CONTRATOS); o también intermedia (MAGISTRATURAS), que deciden si tiene o no lugar dicha ejecución.

El gobierno deberá contar con la facultad de sensibilidad y sus órganos correspondientes:

- de deliberación;
- de ordenanza (autoridad);
- de ejecución (poder).

La fisiología normal, la ley suprema del Gobierno, es:

- 1.º Inspiración de la autoridad por el espíritu;
- 2.º Consagración del poder por la autoridad;
- 3.º Dirección del cuerpo por el poder, de suerte que el cuerpo sea la expresión viva del espíritu.

Esta vía constituye un ideal hacia el cual marchará la sociedad que dé una creciente importancia a uno de los elementos: el que produce la evolución social.

Patología

Un desequilibrio o problema se produce en la sociedad:

1.º Por el *individualismo* (la enfermedad viene de la célula), bien sea del individuo aislado o como parte de un grupo (la anarquía, la conspiración, la usurpación, etc.), o *modificación del poder*.

2.º Por *variación del espíritu público* (la enfermedad viene de la moral), o *Modificación de la autoridad*, que lleva a la Revolución.

3.º Por un *ataque del exterior* (la enfermedad proviene del medio externo al sistema. Es la *guerra internacional*, que podrá adoptar variadas formas, entre familias, tribus, naciones, pueblos o razas).

Estas anotaciones no tienen otro fin que indicar a la mente del lector el método empleado, sin querer prejuzgar los resultados obtenidos. Este mismo método ha permitido a F.-Ch. Barlet, autor del que venimos tratando, establecer desde hace ya dos años, en un estudio sobre *La evolución de la idea* (1 vol. en 18.º), indicaciones muy interesantes sobre el período demagógico y de manifestación anárquica en el que hemos irrumpido. He aquí un extracto de dicho estudio:

«Tal ha sido el camino, global o detallado, hacia el santuario, la escuela o el pueblo a través de los siglos o en las pequeñas etapas que ven morir un sistema económico, filosófico o religioso. Por doquier encontraremos al comienzo un hombre o un grupo de individuos inspirados. Al período de infancia, pleno de fe, sucederán el de análisis y el de síntesis final, a excepción de los que vemos interrumpirse por accidentes de muerte o enfermedad.⁷

»No debemos, pues, preocuparnos por las fluctuaciones y agitaciones, aun las más terribles, dentro de la escuela o la sociedad, no al menos tanto como por el sacrificio de vidas humanas reque-

⁷ El filósofo V. Cousin no ha olvidado señalar estos fenómenos: «Por doquier, nos cuenta, donde reina una gran religión está enunciada la base de una filosofía... No dejaremos de repetirlo, la religión es el fundamento de toda civilización; es la religión quien proporciona las creencias comunes..., la que contiene también la filosofía... En un comienzo, la religión aparece aislada; luego, de ella nace la teología, y de ésta nace finalmente la filosofía...» (*Historia general de la filosofía*, pp. 35 y 43.)

rido por la vida universal. Esto no es obra del Destino. Un único pensamiento merece nuestros cuidados: la realización de aquel ideal que ha sido activado por la involución, que somos libres de aceptar o no por el uso de nuestra inteligencia y nuestra voluntad.

»Mas ¿cómo podremos realizar el ideal? ¿Qué podemos hacer como representantes de nuestra época por y para la evolución de la idea?

»Para comprenderlo, bastará considerar qué momento evolutivo representa nuestro siglo. Es éste un tiempo que se nos presenta como particularmente crítico, de análisis y divisiones extremos, mitigado por su tendencia hacia la Federación. Para la sociedad, esto significa la infancia de la democracia, amenazada por la enfermedad de la demagogia. Para el pensamiento público, es el positivismo materialista en peligro de disolución por el epicureísmo o el escepticismo.

»No obstante, parece que hemos superado el momento crítico del camino si vemos que, en el ámbito de la educación, como en el ambiente global, la tendencia general va hacia la síntesis, y es allí donde puede estar nuestra solución para el propósito actual.

»No debemos temer, pues, ni las amenazas de la anarquía social, ni las sombras desesperanzadas del nihilismo. Ambos son producto necesario de la oscuridad que el destino nos ha condenado a atravesar, pero que nos conducirá, si sabemos recorrerla, al esplendor de una ciencia y de una organización social desconocida desde hace largos siglos.

»Todos nuestros esfuerzos deben ahora encaminarse hacia la concentración de fuerzas propias en todos los órdenes: fuera de la educación mediante el altruismo y la fraternidad, que consiste para cada uno en olvidar su individualidad en provecho de lo universal, y dentro del sistema educativo, por la síntesis de todos nuestros conocimientos y el logro final en nuestro ambiente de aquel fin que nos hemos propuesto construir, que hemos comen-

zado a plasmar sobre la base del positivismo y para el cual hemos reunido un tesoro considerable de materiales.

»Y como, según la bella expresión de Carlomagno, *si más vale hacer las cosas bien que saber, sin embargo es preciso saber antes de hacer*; en última instancia es la idea la que mueve el mundo y nada requiere más atención y esfuerzo de nuestra parte que aquel órgano de la sociedad en donde se genera la idea: el sistema educativo. Allí debemos ante todo reconstruir, resucitar por nuestro trabajo y renovar, mirando hacia su fuente primordial, la unidad oculta, ahora rebajada, diseminada en las sombras del mundo sensible.

»Allí, como en cualquier sentido, la primera condición de este difícil y grandioso movimiento es el olvido de la individualidad en favor de la unidad; sólo así podrán realizarse las condiciones fundamentales de la ciencia sintética: la unión de los principios trinitarios en el pensamiento, a fin de evitar la escisión mortal de la especialización, y la organización jerárquica de todas las fuerzas educativas, a fin de que la división del trabajo venga a apoyar eficazmente a esta síntesis, en una armoniosa concentración de las voluntades.»⁸

A causa de esta división exagerada, de este período de anarquía moral y física que tendremos que atravesar, los investigadores se han ocupado cada vez más de la sociología. Esta representa ahora el estudio del vientre, de la parte más material de la sociedad. *M. Julien Lejay* ha expresado muy bien esta tendencia en algunos artículos de notable interés, de los que copiaremos algunos párrafos. El lector encontrará indicadas en ellos las leyes efectivas que orientan, aun sin ellos saberlo, a la mayoría de los «reformadores» actuales.

⁸ F.-Ch. BARLET, *La evolución de la idea*, pp. 160-162.

La economía política y el método sintético

Un rasgo dominante en todos los pensadores que se ocupan de la economía política o de la sociología es el querer apegarse exclusivamente a un principio de acción y negar *a priori* todo valor a las investigaciones de aquellos que se orientan bajo un punto de mira distinto al de ellos.

Ahora bien, el manejo de la analogía nos permite considerar en forma sintética los esfuerzos de todos aquellos que han abordado la cuestión y, por consiguiente, inferir el estado de evolución de sus mentes, partiendo de la base de que, en el caso de los reformadores exclusivistas que pretenden transformar su época, no se trata en suma de otra cosa que una interpretación pasiva de las actuales aspiraciones de nuestras colectividades.

El primer deber del sintetista será buscar la *ley general* que ha guiado y orienta aún en su búsqueda y conclusiones a los economistas y autores sociales de todas las épocas, y partir de esta ley general para un exhaustivo análisis del tema.

El ser humano individual es influenciado por tres tipos de aspiraciones: las aspiraciones sensuales, las pasionales y las intelectuales. Mediante el equilibrio de sus fuerzas entre estas tres influencias llegará a armonizar su salud física y moral.

Aquel individuo que se abandona por entero al placer sexual no tarda mucho en ver disminuidas sus facultades intelectuales y físicas, hasta caer enfermo si persiste demasiado en ello. Por el contrario, el trabajo excesivo y exclusivo de las facultades intelectuales producirá resultados análogos. Es en el equilibrio donde se halla la verdadera solución del problema.

Pero la sociedad también basa su equilibrio en las leyes básicas de salud y enfermedad que gobiernan al individuo, desde el punto de vista analógico, y es curioso constatar que todos los sistemas

de reforma social son exclusivos y tienden a subordinarlo todo a la satisfacción de una sola de las aspiraciones sociales.

Podría demostraros que existe una sociología espiritualista, donde todo se subordina al bienestar de la aristocracia, una sociología racionalista, donde impera el de la burguesía y, finalmente, una de carácter sensualista según la cual el pueblo debe eliminar a las otras clases y satisfacer sus propias necesidades. Cada sistema pretende imponerse en forma única, olvidando que el hombre no sólo se compone de la cabeza, el tórax o el vientre por separado, sino que es precisamente el intercambio armónico de funciones entre sus órganos, cerebro, corazón y estómago, lo que permite la subsistencia de su ser.

Mejor aún, en cada uno de estos sistemas sociológicos exclusivos existen subdivisiones que han dado origen a diversas escuelas, las cuales afirman que la moral, la política o la economía deben considerarse cada una como lo más importante en la práctica.

Es así cómo hoy impera lo económico, luego de haber pasado por las otras dos fases, y sólo se considera digna de estudio la economía política. Quisiera insistir algo más sobre este punto, considerando en su conjunto las conclusiones que cada sector ofrece, siempre bajo la consideración parcializada hacia el abdomen de la sociedad, o sea la economía política.

Pero no basta imaginar a los seres humanos compuestos tan sólo de un vientre y subordinar todo a lo económico; se ha ido aún más lejos y se ha querido subordinar todos los órganos a uno de ellos, de tal suerte que cada escuela de economistas intenta hacer que un solo órgano se encargue de todo y que los demás no sirvan para nada, si aceptamos que existen.

En efecto, nos encontramos en este análisis con una economía política espiritualista, otra racionalista y otra sensualista, cada una con la pretensión de tener toda la verdad de su lado —naturalmente—. Veamos un poco algunos detalles.

La riqueza emana del Estado, es su primera afirmación; el Estado es el creador de la riqueza y el valor (económico) reside en la abstracción, es decir, en la moneda. Por consiguiente, todas las funciones económicas deberán subordinarse al Estado, creador de la moneda. Esto afirman los partidarios de la economía política espiritualista, entre ellos Law, como uno de sus famosos representantes.

Pero, según los economistas racionalistas, están equivocados, dado que *la riqueza emana del trabajo*. Para ellos, el valor reside en el trabajo, es decir, en el hombre que la produce. Ahí, Adam Smith y Saint-Simon son los más brillantes representantes.

A su vez, los economistas sensualistas niegan la razón a los dos primeros, ya que según ellos *la riqueza emana de la naturaleza*, el valor reside en sus productos y no en otra parte. De ahí su idea del impuesto único sobre la propiedad de bienes raíces y todas las teorías de los fisiócratas agrarios, así como el éxito colosal de Henry Georges al erigirse en portavoz de sus aspiraciones.

Antes de llegar a formular sus teorías actuales, estas escuelas se manifestaron en el pasado bajo la actitud de protesta. Así el caso de Turgot y los fisiócratas originales, quienes sentaron su base sensualista en la época del predominio de la corriente económica espiritualista, mientras que los comunistas de 1848, Babeuf, Fourier, Cabet, etc., han sostenido una tesis análoga en oposición a los economistas racionalistas de su época.

Me preguntaréis entonces, ¿cuál es el papel del sintetista, del ocultista activo, frente a toda esta variedad de sistemas encontrados entre sí? Buscará conciliar y unir sus diversos principios para constituir un organismo social compuesto por cabeza, tórax y abdomen, análogo al hombre mismo. En nuestro caso actual, puesto que se trata de economía política, el sintetista se ocupará en precisar el papel de cada uno de los órganos abdominales de la

sociedad, representados casi todos por una escuela determinada.

Desde el punto de vista sintético todo es verdadero. Basta profundizar en los diversos temas y, sobre todo, evitar el eclecticismo como uno de los más funestos errores.

En el abdomen del individuo existe una materia orgánica que, con todas sus células, va a sostener cuantos órganos se localizan en dicha zona, pero estas células podrían interrumpir su función y morir si otro elemento distinto al vientre, como es la sangre y sobre todo el oxígeno que ella porta, no viniese a *animarles*. En fin, dichas células podrían vivir, pero no cumplirían ninguna función si otro elemento exterior al vientre, el influjo nervioso, no obrase para ponerlo en *movimiento*.

Estos tres principios activos, la materia orgánica, la energía animante y la fuerza motora, se encuentran en tal forma intervencidos y son tan necesarios el uno al otro, que no es posible concebirlos obrando por separado. En el abdomen social (economía política), la *materia orgánica* primordial, representada en la naturaleza, sostiene el todo y forma la base sobre la cual se apoyan los otros dos principios de acción. El *trabajo*, producido por el individuo, viene a dar valor a esta materia primordial, y finalmente la *especulación*, de la cual es objeto dicho valor (se entiende aquí especulación despojada de su sentido peyorativo), vendrá a dar la plusvalía y el movimiento a los otros principios.

Es, pues, de la relación *armónica* de estos tres principios, Especulación, Trabajo y Realización física, de donde resultará la salud del abdomen social.

CONCLUSION

Hemos intentado exponer la filosofía del ocultismo con la extensión de nuestro radio de comprensión. Hemos querido dar al menos un vistazo rápido a todas estas teorías sobre el astral, el mediador plástico o la evolución del espíritu, que muchos críticos sólo conocen a través de las deformaciones hechas por los autores de tratados clásicos o enciclopedias. No debemos perder de vista que estas ideas esbozadas en la obra han dado lugar a grandes profundizaciones, que el investigador ávido de certeza tendrá que consultar con preferencia a este breve estudio.

Se habrá notado igualmente nuestro esfuerzo por no sacrificarlos a las ideas de nuestra época, y desde luego somos conscientes de que lo expuesto sobre la Tierra, considerada como un ser vivo, sobre Cristo y la Redención, sobre las facultades místicas del ser humano o sobre la oración va a ser motivo de asombro para muchos y de crítica para aquellos imbuidos de las ideas científicas contemporáneas, si es que llegan a abrir las páginas de este libro.

Nosotros mismos hemos recorrido las distintas etapas que jalonan esta evolución intelectual, desde el materialismo ateo hasta el panteísmo filosófico, y de ahí a un cristianismo racional, despojado de todas las algas y musgos clericales.

Nuestra convicción es cada vez más firme. Se pretenderá inventar nuevos términos, o negar los hechos psíquicos más evidentes, pero, en última instancia, siempre se acudirá a las teorías

del ocultismo y a sus métodos para poder explicar en una forma clara y racional los fenómenos de telepatía o visión profética, de fenómenos físicos provocados a distancia o de exteriorizaciones, todo lo cual llegará a ser cada día más frecuente y palpable.

Es, pues, bajo esta óptica que durante quince años hemos venido luchando contra el materialismo, de un lado, y el clericalismo, del otro. Y ha sido gracias al apoyo que estos esfuerzos han encontrado en los fieles amigos y camaradas que hemos podido asistir a la victoria parcial de nuestras ideas.

Por doquiera se establecen hoy sociedades de estudios psíquicos, publicaciones de psicofisiología, laboratorios experimentales, destinados todos ellos a obtener un poco de claridad sobre estos fenómenos ocultos. Se puede decir ahora que los medios científicos han recibido la llamada que los espiritualistas sintieron hace ya mucho tiempo y que quisieron transmitir a los primeros.

También es hoy, cuando uno de nuestros más eminentes maestros, el marqués de Saint-Yves d'Alveydre, ha concluido su *Arqueómetro*, destinado sin duda a proyectar una fuerte luz sintética sobre el caos analítico contemporáneo.

Así, nuestras sociedades, nuestras escuelas y publicaciones avanzan incluso por delante de lo que esperábamos.

Los investigadores, conmovidos por las experiencias hechas en las sociedades psíquicas; las mentes, agitadas por la lectura de los hechos consignados por Camile Flammarion en su obra *Lo desconocido*; los estudiosos, deseosos de conocer mejor nuestras ideas, nos hacen el honor de venir a diario para inscribir sus nombres, bien en la Sociedad de Conferencias Espiritualistas¹, en nuestra Escuela Hermética o en las filas de la Orden Martinista.

Por último, esperamos que, al lado de las violentas críticas que seguramente van a provocar las páginas precedentes, también

¹ Hôtel des Sociétés Savantes, 28, rue Serpente, Paris.

surgirán de su lectura algunas almas para redescubrir el camino que conduce al único ideal que vale la pena buscar sobre la Tierra: LA PAZ DEL CORAZÓN, conseguida mediante la certeza científica de la supervivencia y por la comprensión de la justicia del Verbo en todos los planos.

Tal es nuestra esperanza.

PAPUS.

COLECCION LA TABLA DE ESMERALDA

EL ESOTERISMO EN EL SIGLO XVIII, *por Antoine Faivre.*

ZOROASTRO, *por Jean Varenne.*

ELIPHAS LEVI Y EL CONOCIMIENTO MAGICO, *por Alain Mercier.*

ANTOLOGIA DEL OCULTISMO, *por Robert Kanter y Robert Amadou.*

LA REENCARNACION, *por PAPUS (Dr. Gérard Encause).*

PARACELSO O EL TORMENTO DE SABER, *por Pierre Mariel.*

TRATADO METODICO DE MAGNETISMO PERSONAL, *por P. C. Jagot.*

FORMULARIO DE ALTA MAGIA, *por P.-V. Piobb.*

EL KYBALION, *por Tres Iniciados.*

LAS CLAVES DE LA ASTROLOGIA, *por Jacques Halbronn.*

EL OCULTISMO, *por PAPUS (Dr. Gérard Encause).*

LIBRO DE LOS PRINCIPIOS CABALISTICOS, *por A.-D. Grad.*

SENDA DIVINA, *por Suami Sivananda.*

EL LIBRO TIBETANO DE LOS MUERTOS (BARDO-THÖDOL).

LA GUERRA SECRETA DE LO OCULTO, *por Jacques Bergier.*

I CHING (EL LIBRO DEL CAMBIO), *por J. Blofeld.*

LEVITACION, *por S. Richards.*

EL LIBRO EGIPCIO DE LOS MUERTOS, *por Albert Champdor.*

METALES MAGICOS, *por Mellie Uylert.*

CARTAS ASTRALES, *por John Filbey.*

MAGIA EXPERIMENTAL, *por J. H. Brennan.*

LA APERTURA DEL TERCER OJO, *por el Dr. Douglas Baker.*

EL MISTERIO DE LOS SUEÑOS, *por Thylbus.*

TALISMANES REVELADOS, *por Ives Gaël.*

TODA LA NUMEROLOGIA, *por Jean-Pol de Kersaint.*

ESOTERISMO DE LAS PLANTAS, *por Mellie Uylert.*

EVIDENCIAS SOBRE LAS APARICIONES DE LA VIRGEN, *por Kevin McCluren.*

LEYES DEL KARMA, *por Douglas Baker.*

MAGIA EGIPCIA PRACTICA, *por Murry Hope.*

MEDITACION TRASCENDENTAL, *por R. Hollings.*

PIEDRAS QUE CURAN, *por J. Lorrusso y J. Glick.*

LOS PRIMEROS PASOS EN EL RITUAL, *por D. Ashcroft-Nowicki.*

LA RADIESTESIA, *por Jean-Pol de Kersaint.*

EL TAROT DE MARSELLA, *por Paul Marteau.*

EL SUEÑO DE ESCIPION, *(versión de Percy Bullock).*

COMO INTERPRETAR UNA CARTA ASTRAL, *por Martin Freeman.*

DEMONOLOGIA, *por Claudio Marchiaro.*